

HUGO CORREA

EL QUE MERODEA EN LA LLUVIA



ZIG-ZAG

EL QUE MERODEA EN LA LLUVIA

por Hugo Correa.

Hugo Correa significó una revelación entre los escritores jóvenes de Chile cuando en 1959 publicó "Los Altísimos", novela de ciencia-ficción que tuvo extraordinario éxito, al punto de que varios críticos coincidieron en decir que hacía recordar —tras las necesarias comparaciones y diferencias— la concepción y el vuelo imaginativo de Huxley y de Orwell en sus famosos libros titulados "Un Mundo Feliz" y "1984".

Cedomil Goic, crítico exigente y severo, refiriéndose a esa novela, expresó entre otras cosas: "Los Altísimos" es una de las novelas más sorprendentes que se han escrito entre nosotros. A su condición de novela de extremada fantasía, ejemplar rarísimo en una tradición novelística de mediocre realismo, une el raro valor de ser una excelente novela, de sostenida coherencia en una perspectiva difícil de proyectar".

Posteriormente, una nueva novela de Hugo Correa, "Alguien Mora en el Viento", obtuvo el Premio Alerce, otorgado por la Sociedad de Escritores de Chile.

De otra parte, la obra de Hugo Correa alcanzó resonancia fuera de Chile, cuando uno de los mejores escritores en el género, Ray Bradbury, presentó al novelista chileno en las principales revistas de ciencia-ficción de los Estados Unidos, publicando, además, en "The Magazine of Fantasy and Science-Fiction", su relato titulado "El Último Elemento".

En esa misma trayectoria, Hugo Correa publica ahora EL QUE MERODEA EN LA LLUVIA, novela donde adapta al paisaje y a la idiosincrasia chilenos la moderna línea de la ciencia-ficción, eludiendo en lo posible el aspecto científico en beneficio del psicológico y de las tradiciones folklóricas de tipo demoníaco. Agil, lleno de suspenso, este libro será leído con interés por el lector que busca seguro y apasionante entretenimiento.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

El que Merodea en la Lluvia

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1961.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 23796.
Santiago de Chile.
1962.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

HUGO CORREA

EL QUE MERODEA
EN LA LLUVIA



Z I G - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Ministerio de Imp. y Bibl.

7 JUL. 1912

Depósito Legal

A

MIGUEL ARTECHE,
cuya fe inquebrantable, lealtad y generosa ayuda han hecho posible que este escritor persevere en su oficio.

Eramos como hombres que en un lodazal de hedionda oscuridad avanzásemos a tientas; no nos atrevíamos a susurrar una oración ni a dar curso a nuestra angustia. . .

OSCAR WILDE

—ESTE es el lugar.

Don Carlos, de pie ante una concavidad oblonga, de regular profundidad, cuyo fondo y costados desnudos de malezas exhibían una tierra rojiza, húmeda con la reciente lluvia, extendió la vista al bosque que empezaba a media cuadra de allí y subía en suave pendiente por la falda de la montaña.

Juan miró el foso con avidez. Una gran excitación reflejábase en su rostro de rasgos finos y vivaces. Se pasó una mano por el pelo revuelto, tratando de volver a su sitio un mechón que caía sobre la frente.

Salvador observó el socavón, indiferente. Luego sus ojos recorrieron el agreste panorama, ya olvidados de aquél. En su cara angulosa —veintidós años que parecían treinta— notábase una poco disimulada irritación.

(¿Para ver este agujero hemos hecho la caminata? Juan tiene cada ocurrencia... Debí quedarme en la casa con Celinda. ¿Qué estará haciendo? Coqueteando con Felipe, de seguro. Y yo aquí...)

Hizo un gesto de impaciencia.

—Va a hacer un año, ¿no, tío? —Juan se inclinó sobre la depresión.

—En noviembre próximo se cumple —exclamó don Carlos, con su timbrada voz. Alto y delgado, sus

sesenta años le daban un aspecto sereno, sólo desmentido por el constante moverse de sus dedos largos y huesudos—. Deberían erigir un monumento, ¿verdad?

(¡Espléndida situación para un monumento! Los conejos y los tiuques tendrían un punto ideal para intercambiar comentarios sobre la espectacular hazaña.)

—¿Cómo es que no lo han hecho?

Encogióse de hombros don Carlós.

—El aislamiento de la región, por una parte, y la apatía de la gente de aquí, por otra. Además, los científicos quedaron irritados con el desenlace de la experiencia. El golpe destrozó el instrumental. Si a eso agregas la mala fama tomada por la localidad con los acontecimientos posteriores, puedes estar seguro de que el monolito no será erigido.

—Creo que ya es hora de regresar —insinuó Salvador, con timidez.

—¿Nada especial te produce contemplar esta huella? ¿No comprendes que aquí aterrizó el Luna VII, después de haber estado dos horas en la Luna, en el Mar de las Tormentas?

Una sonrisa levemente irónica contrajo el cansado rostro de Salvador.

(A ti tampoco: dentro de una hora te habrás olvidado.)

—¿Y qué se ganó? Tu mismo tío dice que los propios rusos consideraron un fracaso la prueba, y los pobladores de la región, como si eso fuera poco, piensan que el sitio quedó maldito.

—Sí, es cierto —reconoció Juan, en voz baja—. No todas las experiencias científicas satisfacen a la gente. ¡Poco significan para la mayoría! Pero con el tiempo los descendientes de los que hoy se burlan o las atacan serán los que van a disfrutarlas.

El estudiante de ingeniería volvió a inclinarse sobre el cráter. Allí había caído el Luna VII, el primer cohete que lograra alunizar por control remoto, y el cual luego de dos horas de descansar en el satélite emprendiera regreso a la Tierra. Cumplió con precisión su recorrido, entró en órbita de aterrizaje, disminuyó de velocidad conforme a lo calculado, y entonces... Algo falló. Los técnicos perdieron su control y el cohete se estrelló violentamente contra la tierra, deshaciéndose en fragmentos.

—Bueno: Salvador tiene razón, Juan. Volvamos. Son las seis de la tarde. Pronto obscurecerá. —Añadió con una extraña sonrisa—: No es recomendable que la noche nos sorprenda aquí.

—¿Cree en esa superstición? —preguntó Salvador.

—Los asesinatos siguen en el misterio. —Don Carlos, calmoso, se puso en marcha. Era necesario bajar por un faldeo de poco declive, cubierto de matorrales y boscajes, el cual iba a rematar en una quebrada honda y arcillosa, con grandes lajas que le conferían una pálida fisonomía.

—¿Qué le habrá ocurrido al satélite? Una mala maniobra de los técnicos, sin duda. Y venir a caer aquí, tan lejos. Es demasiado pedirles a los instrumentos.

Nadie hizo eco a los comentarios de Juan. Todo tan sabido: durante meses los diarios y boletines radiales sólo informaron sobre el Luna VII. La gente quedó saturada de cohetes, órbitas, cerebros electrónicos, cibernética, etc. Ese verano el paraje se convirtió en un centro de atracción turística, a pesar de las mínimas comodidades que ofrecía; pero la falta de una propaganda adecuada, de una mejor organización para visitar el apartado sitio, dejó a los turistas sin ánimos de volver. Hacer un viaje para ver un

agujero, por mucho que éste lo haya excavado un cohete espacial, no constituye por sí mismo un gran aliciente. El Luna VII estuvo veinticuatro horas en aquel cerro antes de ser hallado por los helicópteros, debido a la lluvia que esa tarde —la astronave se estrelló al mediodía— imposibilitó la búsqueda. Tampoco la larga permanencia del proyectil, abandonado en esas desoladas sierras, constituía un motivo de atracción. Ya en febrero la gente dejó de acudir, y los que vinieron regresaron decepcionados. El cohete había sido rescatado con toda premura: los técnicos registraron el territorio durante dos semanas: únicamente dejaron para los curiosos el pequeño cráter, que pronto desaparecería por la erosión y la maleza.

(¡Cómo se reirá Celinda de mí! El imbécil se fue a pasear para botarse a interesante, debe pensar, mientras le hace guiños y morisquetas a Felipe...)

Don Carlos se detuvo: contempló el fondo del precipicio.

—Allí ocurrió el derrumbe que vio Pedro. —Indicó un punto al pie de unos maquis, en la misma orilla de la barranca—. Pedro estaba al otro lado, entre esos boldos. Eran las siete de la tarde.

La obscuridad aumentaba: desde temprano espesos nimbos cerníanse sobre la región.

El Elegido estaba allí. Obedecía al nombre de Salvador: tratábase de un espíritu desconfiado y medroso.

Desde su escondite, no lejos del lugar del estrellón, el Oculto siguió inspeccionando la zona con sus debilitadas percepciones.

Pedro, un muchachón de El Guindo, villorrio dis-

tante una legua de allí, sintió el estruendo producido por la caída del cohete. Huyó despavorido, dejando botada el hacha con la cual cortaba leña a menos de doscientos metros del lugar de la colisión. A las siete de la tarde de ese día —a la “hora de la oración”—, cuando la lluvia amainó, Pedro volvió en busca de su hacha. Guiado por un impulso —según explicó después—, aproximóse al despeñadero. El ruido seguía resonando en sus oídos como algo por completo fuera de lo común. Vino del lado opuesto, donde empezaba la parte menos boscosa del collado. Se disponía a bajar la barrosa pendiente cuando sintió un rumor como si algo pesado se abriese camino entre los sotos de enfrente. De pronto el sonido cesó. Entonces se produjo el desplome: alcanzó a divisar, antes de emprender la fuga, que una porción de tierra, al parecer desprendida del borde, caía al fondo de la rambla.

—El ruido se detuvo entre esos maquis, a varios metros de la orilla —concluyó don Carlos.

—Pudo ser un animal, un buey o un caballo, que al acercarse causó el desmoronamiento.

—Pedro lo habría visto, Salvador. En noviembre a las siete está claro: no como ahora.

Bajaban con cautela, utilizando un caminillo angosto y pantanoso. Goterones gruesos y aislados comenzaron a caer, arrancando un sordo murmullo en el vecino bosque. Apretaron el paso, aunque lo abrupto de la pendiente tornaba peligroso el descenso. Arrebió el aguacero.

—Es sólo una nubada pasajera —informó don Carlos—. Esta noche va a llover a cántaros.

En el refugio el Acechante recibió las primeras gotas de agua: un intenso frío esparcióse por los de-

*rredores. Pronto los hombres cruzarían frente al Ocul-
to por segunda vez.*

Fue el primer hecho extraño acaecido a contar del retorno del Luna VII. Al día siguiente aparecieron los helicópteros, y pronto en el tranquilo lugar reinó una endemoniada actividad. Los "gringos" registraron cada metro cuadrado de terreno en dos leguas a la redonda. El cielo rugió con los motores; los hombres, en su mayoría militares, hormiguearon en las quebradas, cerros y espesuras. Al cabo de quince días desaparecieron: la paz volvió a la región, por lo menos durante el verano.

(Celinda sabe lo que quiere. ¿Le gustará Felipe? ¿Le atraerá su cara de intelectual? ¿O sus digresiones sobre literatura y otras tonterías? No lo creo: es demasiado superficial. ¡Celinda intelectual! Da risa.)

Salvador iba a la zaga de don Carlos. Tras él, Juan, callado, examinaba cada detalle del cauce, cuyo aspecto bajo la chaparrada tornábase más y más lúgubre.

(No es para mí. Sin embargo... Conoce todos los métodos para trastornar a los hombres. Rafael dijo que era una fresca. Se deja abordar en la calle. Bueno: así la conocí yo también.)

Iba por una de las calles centrales cuando la muchacha pasó. Recordó su mirada y la sonrisa que se esbozó en su cara de finas facciones. El pelo, corto y negro, resaltaba contra su tez blanca. Continuaba ella su camino: unos metros adelante lo cató por encima del hombro y volvió a sonreír. Entonces se había decidido: se puso a su derecha, al borde de la acera. Po-

co experto en aquellas maniobras, no hallaba cómo iniciar la conversación. Fue ella quien rompió el silencio. Se rió, simplemente, quizá de su azoramiento, y miró en seguida un escaparate, sin aminorar el paso.

—Voy atrasada, ¿tiene buena hora?

Presto satisfizo la demanda, señalando hasta la fracción de segundo.

—Me encanta la precisión. ¿Para dónde va usted?

—Por ahora la acompaño.

—¡Qué amable! Le advierto que voy a juntarme con un amigo. Me invitó al teatro. ¿Qué va a hacer usted? Tal vez a mi amigo no le guste que lleve un acompañante.

Cosas así. No tuvo inconveniente en darle su teléfono y dirección. Al día siguiente la visitó. Vivía en una casa elegante, en el barrio alto, que revelaba la posición social y económica de su familia. Le presentó con naturalidad a sus padres y a su hermano Juan: gente toda muy acogedora. Pero Celinda... Allí empezaron sus desazones. Porque se preocupaba de él: lo llamaba para invitarlo a comer, o para que la acompañara a una fiesta, o al cine. Nada más. ¿Y qué hizo él? Siguió frecuentando su casa; mal que mal, era una familia conveniente de cultivar. Podía felicitarse de haberla conocido a través de un vulgar abordaje callejero, y que estuviese dispuesta a aceptarlo sin preocuparle su condición de simple empleado bancario, recientemente trasladado a Santiago.

Helo aquí ahora, pasando un fin de semana en la casa del tío de Celinda, Carlos, visitando un lugar que ni en sueños pensara conocer.

Pero Celinda había venido.

Los tres hombres estaban ahora en el fondo del barranco. Era el momento de probar al Elegido.

Don Carlos se quedó bajo el boldo, sobre unas lajas resquebrajadas, entre las cuales la greda aparecía semilíquida. El frondoso árbol los protegió de las aguas.

—Ahí se encontró el cuerpo de Pedrō —anunció con voz solemne—, sobre esa laja partida. Estaba de espaldas, cubierto de barro. ¡Pobre chiquillo!

Celinda desapareció de la imaginación de Salvador: ante sus ojos perfilóse la torrentera, profunda y solitaria, que más arriba semejaba una titánica cuchillada, sus altos bordes difuminados por la lluvia.

El hecho había ocurrido en mayo, siete meses después de la caída del Luna VII. Las palabras de don Carlos, que denotaban una ligera emoción, reseñaron el incidente, conocido por Salvador a la semana siguiente de sucedido, una vez que comía en casa de Celinda. La muchacha llevaba un vestido blanco y reía constantemente. La chimenea encendida: crepitaba la leña, y las llamas alumbraban con rojizos fulgores un gran sector de la sala de estar, opacando las luces de las lámparas, ocultas bajo enormes y oscuras pantallas. Estaba otro amigo de Celinda, un señor Zañartu, médico, de más de cuarenta, desagradablemente dueño de sí mismo. Llovía y, de tarde en tarde, las ráfagas de agua azotaban los vidrios. Salvador observaba el fuego: la risa de Celinda, que coqueteaba con el doctor, inclinándose continuamente para exhibir su escote, ante el cual el facultativo permanecía incólume, arrancaba ecos en los rincones del salón.

Llegó Juan. Saludó con breves palabras, y dirigiéndose a Celinda le dijo, agitado:

—¿Te acuerdas de Pedro? Apareció muerto anoche, en la misma quebrada donde se produjo el derrumbe.

La muchacha se estremeció, exteriorizando una

brusca alteración que, de inmediato, se esforzó por disimular.

—¿Cómo murió? —A pesar de sus propósitos, la pregunta salió temblorosa.

—Asfixiado con barro.

—Asfixiado con barro —repitió el médico, sorprendido—. ¿Cayó a un pantano?

—Ahí no hay pantanos; eso es lo raro. —Juan acercó las manos al fuego—. Tenía el rostro cubierto de lodo; se le metió en las narices, los ojos y la boca.

—¡Qué horror! —balbuceó Celinda, llevándose una mano al pecho.

—¿Un crimen?

—Eso creen, aunque no hay motivos para que alguien lo hubiese asesinado. Un muchacho muy bueno. Todos lo querían.

—Sí; era simpático —terció Celinda, desviando su atención al fuego. Sus ojos negros y vivaces se concentraron en las llamas: daba la impresión de hallarse ausente, pues no volvió a despegar los labios, una melancólica expresión grabada en el rostro.

—Hay algo muy raro en esa muerte —murmuró Juan. El fuego producía una luz vivísima; la lluvia tamborileaba en los vidrios y en la tierra húmeda—. Que haya muerto ahí, en el mismo lugar donde creyó ver el desmorone. Y tan cerca del sitio donde se estrelló el satélite lunar.

Proyectó el Ocullo su poderosa mente.

Salvador experimentó, en aquella ocasión, un escalofrío. Ahora, donde aconteciera el hecho, no pudo menos que recordar la escena, y de nuevo sintió una desagradable aprensión. Tuvo la ocurrencia de

que alguien lo observaba desde un punto relativamente distante. Como estar enfocado por un telescopio cuyo propietario tuviese la peculiaridad de proyectar, junto con su mirada, una singular dosis de odio. Nada descubrió en el carcavón, pero su tétrico aspecto, que al frente subía abrupto hasta trasponerse a cosa de media cuadra en una profunda curva, recalcó su inquietud. Si alguien lo estaba espionando, debía encontrarse en las laderas boscosas del macizo, por lo menos a un kilómetro de allí, casi invisibles aquéllas a través de la lluvia.

—He preferido relatarles los sucesos donde ocurrieron, y cuando regresamos, para que conozcan la historia en el orden cronológico, y se formen así una idea más inteligible —expresó don Carlos—. Porque es evidente: todo empezó con la caída del Luna VII. Jamás antes se habían producido acontecimientos dignos de mención. Los dos o tres crímenes que recuerdo se debieron a riñas de borrachos, y uno, a un hombre que enloqueció. Los lugareños tienen fama de buenos y pacíficos. Pero desde entonces algo flota en el ambiente. El aspecto es igual, pero hasta los animales se niegan a venir.

—¿Sí? —Juan, apoyadas las espaldas en una rama ahorquillada, atendía con interés.

—Cuando murió Pedro, el teniente Rojas trajo tres perros especializados en rastrear delincuentes. Los animales llegaron hasta el comienzo del bosque, y se negaron a seguir. Al incidente no se le dio mayor importancia. Llovía en forma torrencial: se atribuyó la deserción de los animales al hecho de que se encontraban entumidos. Don Panta, cazador de conejos de El Guindo, me contó después que los perros estaban aterrorizados, y que por eso se retacaron.

—¿Así que nada se sabe sobre los posibles hechos?

—Todo ha quedado en el misterio. Claro que las cosas ocurrieron en una fecha reciente, hace apenas cuatro meses; pero la completa falta de motivos y de huellas tiene a ciegas a la policía.

—Alguien nos está mirando —interrumpió Salvador.

QUEDABA UN RASTRO de luz. Don Carlos apartó las ramas y escudriñó los cuatro puntos cardinales.

—Vamos. —De tres ágiles trancos alcanzó la pendiente opuesta. Volviéndose a Salvador le dijo—: Parece que lo afectó mi historia.

—¿Sentiste eso en realidad?

—Lo prometo. Estoy seguro de que me miraban desde allí. —Señaló un punto remoto, en los oscuros faldeos del monte, mientras trataba de no resbalar por la cuesta—. Fue muy extraño: me pareció que el que miraba se hallaba lejos, pero al mismo tiempo próximo. Van a pensar que estoy diciendo disparates —terminó disculpándose.

—Pasan cosas raras en este sitio —jadeó don Carlos—. Más todavía cuando llueve.

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —indagó Salvador.

—Nada... Sólo que a mi edad no conviene hacer desarreglos.

Llegaron agotados a la cima; tomaron aliento y se internaron, acto continuo, entre los robles, cuyas corpulentas siluetas formaban una techumbre de tinieblas. Había un gran silencio, sólo interrumpido por el rumor de las pisadas y de la lluvia, la cual tendía a menguar. Nadie hablaba. Junto con las últimas gotas, que llegaron desleídas a sus oídos, una brisa húmeda arrancó un leve murmullo de ramas y hojas secas.

Automáticamente los hombres apretaron el paso. La figura de Celinda cruzaba fugaz por la imaginación de Salvador. El recuerdo de la fresca sonrisa de la muchacha reanimábalo en su marcha. Sólo aminoraron el tranco cuando el último roble hubo quedado atrás, y ante ellos el paisaje tornó a aclararse. Estaban cerca del jeep.

Estaba demostrada la perceptibilidad del Elegido. Quedóse el Acechante absorbiendo el debilitado chaparrón.

Don Carlos y ambos jóvenes se detuvieron en el linde del bosque; el suelo, duro y compacto, recamado de piedrecillas blancas, con hirsutas hierbas que se erguían aquí y allá, subía hasta un altillo gredoso donde crecían romeros: tras él el camino. Un sol rojizo, que se asomaba en un marco de negros nubarrones, desgarrados por el viento norte, iluminaba las cadenas del levante, azulinas y redondeadas. Plena cordillera de la costa. La nubarrada había concluido: el panorama ofrecía un aspecto melancólico en el atardecer.

—Allí apareció Diego. —Don Carlos, de nuevo sereno, indicó a la derecha del lugar por donde emergieran—. El segundo hombre que fuera asesinado en forma tan enigmática como Pedro.

La historia de Diego, individuo célebre por su intemperancia, revestía particulares características. Como todos los guindanos, vivía de su hacha: talaba espinos que luego los hacía carbón en un horno de su propiedad, situado a dos cuabras de allí, en el interior

del bosque, a la sazón abandonado. Diego y Pedro mantenían una estrecha amistad: siempre salían juntos a cazar conejos, que luego se comían en la cabaña del primero en medio de abundantes libaciones.

La muerte del joven leñador lo afectó de tal modo que, a contar de esa fecha, se le veía frecuentar, aunque lloviese, la quebrada maldita, a pesar de las reiteradas advertencias de su mujer. Como su horno quedaba en las inmediaciones, lo utilizaba de pretexto para recorrer los contornos, aun en los días en que las inclemencias del tiempo retenían a los guindanos bajo techo, calentándose alrededor de los braseros. Reconoció el barranco en todas direcciones, lo mismo las vecinas florestas y sierras, en busca de una huella que le permitiera aclarar el enigma, en una época en que los propios carabineros tenían abandonadas las pesquisas en vista de los nulos resultados obtenidos. Una de las primeras conclusiones a las cuales arribó Diego fue la de que el diablo en persona enseñoreábase en aquellos parajes. Fue quien más contribuyó a dar origen a la historia vaga y contradictoria del Merodeador. ¿Qué se conocía bajo ese nombre? Todo era demasiado confuso como para formarse una idea clara sobre él; los supersticiosos guindanos, que nunca lo vieron, considerábanlo un engendro satánico, el cual se arrastraba ruidoso en las noches de lluvia, esparciendo un penetrante hedor a cieno, y cuyo sitio preferido para realizar sus incursiones era, precisamente, la quebrada y sus aledaños. Diego, el primero en suponer su existencia, aducía como pruebas que, a pesar de no haberlo visto hasta ese instante, oyó en diversas oportunidades, a la hora de la oración, extraños rumores en el bosque: pasos, crujidos en los matorrales. No hacían gran caso de sus historias: conocían su debilidad, pero muchas de tales anécdotas, varias confirmadas más adelante, hicieron nacer en

las mentes de los guindanos la leyenda del Merodeador o del Oculito, o también, del Acechante, que, en el fondo, venían a ser nuevos sinónimos del diablo.

Una tarde se hallaba Diego en su horno, donde acostumbraba guardar vino —había llovido todo el día; el suelo estaba barroso y hacía mucho frío, por lo cual se empujó la botella de un solo trago—, cuando oyó a sus espaldas un ruido de pasos apagados. Se dio vuelta y descubrió, semioculta tras un boldo, una figura oscura, de contornos indefinibles, que le acechaba. Sin perder la calma —según contó más tarde—, hizo la señal de la cruz, y seguro de tener que vérselas con el propio Lucifer, lo cubrió de insultos. No contento con eso —viendo por otra parte que el silencioso espía no se amilanaba ante la retahíla de denuestos—, avanzó decidido esgrimiendo con firme brazo su hacha. Antes de llegar al árbol, el otro retrocedió. Envalentonado, Diego se lanzó en su persecución, invocando la ayuda de Dios y de la Virgen Santísima. Huía el otro a grandes zancadas, apartando y rompiendo ramas. Sólo entonces reparó Diego en un detalle: quedaba en la senda seguida por el fugitivo un extraño olor a barro. Un tufo desagradable, agudo y fétido, que se acrecentaba por momentos. Más y más excitado, aceleró la carrera. Advirtió que el perseguido perdía terreno: sus pasos hacíanse lentos y pesados. Cuando creyó tenerlo a su alcance desembocó en un claro de la espesura. Esperaba encontrarse a boca de jarro con el enemigo, pero, ¡oh sorpresa!, allí no había nadie. Recorrió los alrededores sin mayor éxito. El fugitivo habíase desvanecido, dejando como único testimonio de su presencia esa misteriosa emanación que Diego notara segundos antes.

El Elegido interiorizábase de la historia. En lo hondo de su conciencia la prueba a la cual lo sometie-

ra el Oculto latía furiosa, presta a desencadenar la chispa que lo sumiría en la serie de reflexiones necesarias para llevarlo al buen camino.

—Porque el barro y el olor a barro (un olor especial) tienen gran importancia en esta historia.

Don Carlos volvió a ponerse en marcha.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió Salvador, interesado.

—Eso fue todo. Dos días después Diego apareció muerto, en el sitio que les indiqué. Tenía las narices, los ojos y la boca atiborrados de barro.

—¿A qué hora lo mataron? —preguntó Salvador.

—A la oración. Se le terminó el vino que tenía en su rancho, y, a pesar de la lluvia, partió al horno en busca del repuesto. No regresó aquella tarde. Alrededor de las nueve de la noche dieron con él.

Cruzaron el promontorio, y se encontraron ante el *jeep*. El vehículo inclinado sobre las ruedas de la izquierda, a la orilla del camino; las lluvias y las carretas habían excavado dos zanjas paralelas en la greda, dejando al centro un lomo redondeado, que el *jeep* cabalgaba precariamente. A ambos lados de la senda, paredones gredosos, con lajas que despedían débiles fulgores.

—Tampoco se ha podido determinar quién fue el o los autores de ese crimen, ¿no, tío?

Don Carlos, a modo de respuesta, hizo un gesto negativo con su imponente cabeza.

—Y todo empezó con la caída del Luna VII —comentó Juan, con un tono bajo y lejano.

—¿Qué relación hay entre una y otra cosa? —La voz de Salvador resonó escéptica. A lo lejos, el canto penetrante de los pequeños arrancaba distantes ecos.

—No digo que exista una relación directa —defendióse Juan—, pero sí hay una rara coincidencia.

Se quedó al lado de la portezuela para dejar que Salvador subiera y se acomodara en el asiento posterior. Luego trepó él; a su derecha sentóse don Carlos. Antes de poner en marcha el motor, Juan dio una última mirada al panorama: hacia la quebrada el collado descendía paulatinamente, cubierto de selvas. A lo lejos se divisaba el cerro donde cayera el Luna VII; tras aquél la montaña continuaba elevándose, ve-teada por tierras rojizas en los calveros.

—Es triste esto.

—Sí; no es alegre —admitió Salvador.

Volvía a su mente la imagen de Celinda. Suspiró por lo bajo.

(Podía haber venido. Algo se le habría ocurrido para alegrar el paseo. Una de esas salidas que no vienen al caso, pero que no sé por qué dichas por ella cuadran con cualquier situación.)

El *jeep* se bamboleaba por la estrecha carretera. Aves nocturnas salían de sus guaridas: cerníanse lentas describiendo amplios círculos, en busca de caza.

(No es éste un lugar apropiado para Celinda. Sin embargo, a ella le gusta. E ignora o finge ignorar qué ha ocurrido aquí. ¡Siempre se desentiende de lo que le desagrada!)

El camino ascendía con cerradas curvas. Años que estaba en desuso. La carretera de la costa, que corría veinte kilómetros al este, lo había tornado inútil; los propios guindanos sólo utilizaban el tramo que lo conectaba con el nuevo camino. Salvador, que en medio de sus meditaciones miraba distraído el paisaje, cuyos detalles se disfumaban en el crepúsculo, reparó en un rancho semiculto entre boldos y maquis, emplazado a la izquierda del camino, en mitad

de una ladera, la cual de seguro iba a terminar en la quebrada.

—¿Quién vive ahí?

Fue don Carlos quien respondió:

—Nadie. Está abandonado desde hace años. He oído decir, sin que me conste, que en abril de este año, antes de la muerte de Pedro, un desconocido lo habitó durante un mes, aproximadamente. Se decía que era un extranjero.

—¿Y qué vino a hacer aquí?

—Seguramente a esconderse. El hecho es que pasó inadvertido, en la práctica, pues únicamente se conoció su historia, de manera muy vaga, a través de las investigaciones que siguieron a la muerte de Pedro y Diego.

—¿Qué se averiguó? —Un interés repentino se despertó en Salvador.

—Muy poco —replicó don Carlos. Ya el rancho había desaparecido de la visual—. Colillas, latas vacías, restos de fogatas.

—¿Tendría que ver algo con los crímenes?

—No, Salvador. —Juan, atento al volante y que había permanecido callado, intervino—. Desapareció sin dejar rastros un mes antes de los asesinatos. La idea que tienen los carabineros es que era un ruso, un tal Dmitri Stepanov, integrante del equipo de ingenieros que vino a recuperar el Luna VII, el cual, luego de desertar, vino a ocultarse aquí.

—¡Dmitri Stepanov! —exclamó Salvador, sorprendido—. Recuerdo el caso. Pero se dijo que se había quedado en Argentina. Fue ahí donde se le vio por última vez.

—Por eso ha dicho el tío Carlos que son puras suposiciones. A nadie le consta. El Guindo está cerca: alguien lo habría visto.

—Pudo conseguir que mantuviesen el secreto.

—Sí —aceptó don Carlos—, la gente de aquí es leal. ¡Pero fue tan poco lo que se consiguió averiguar! Pudo ser cualquiera.

—Pero ¿por qué Dmitri? ¿A quién se le ocurrió?

—El culpable fue el finado Diego —exclamó don Carlos, riendo—. Contó que había visto a un tipo rubio, de buena figura, cuya cara se le antojó conocida, rondando su horno. Que ese hombre huyó al verlo. Pero Diego estaba tan borracho que cuando lo interrogaron se había olvidado de todo, y además entró en numerosas contradicciones en cuanto a lugar, hora, circunstancia. A pesar de que su aventura ocurrió antes de la muerte de Pedro, los carabineros insistieron en este hecho cuando descubrieron los rastros en esa cabaña.

—Pero ¿por qué Dmitri? —insistió Salvador, intrigado.

—Una deducción del teniente Rojas —explicó don Carlos—. Conoció a Stepanov cuando vino en busca del cohete, y las vagas descripciones de Diego coincidían. Si se toma en cuenta que en esos días todavía se hablaba de la huida de ese tipo, ató cabos. No era tan descabellado que llegara a esconderse en El Guindo: conocía el lugar y sabía lo aislado que era. Pero ni siquiera se confirmó que Dmitri Stepanov hubiese huido a Chile. Después de que ese misterioso extranjero desapareció de aquí, alguien lo habría visto en otra parte, salvo que sea especialista en disfrazarse.

—Podría ser —murmuró Salvador, caviloso.

(¡Qué de leyendas es capaz de originar un acontecimiento como la caída del Luna VII! Claro que es un suceso fuera de lo común. Dmitri Stepanov. Es una razonable suposición. Se hizo de amistades entre los guindanos; por eso pensó en este sitio cuando decidió huir.)

—Como sabía castellano a la perfección, tiene

grandes posibilidades de mantener el incógnito indefinidamente. Creo que era el único que lo dominaba; por lo menos así me contó Celinda.

—¿Celinda? ¿Lo conoció?

—Claro: estaba aquí, en la casa del tío Carlos, cuando cayó el satélite, ¿no lo sabías?

—SI, SI —tartamudeó Salvador, agitado—, lo sabía. Pero ignoraba que Celinda hubiese conocido a Dmitri.

Celinda, junto con su tío, acudieron en dos o tres oportunidades a presenciar el registro de la zona; conoció de pasada al joven ingeniero, le explicó Juan.

—Celinda jamás conoce de pasada a un hombre. (Ella lo ha dicho.) —Preguntó, en el tono más ingenuo posible—: ¿Cuántos días estuvieron los ingenieros rusos?

—Quince —replicó don Carlos, echándole una rápida ojeada.

—Fue bastante, en realidad —comentó Salvador, como al desgaire; pero el temblor de la voz delató su emoción—: ¡No es raro entonces que Celinda lo haya conocido!

—¿Te parece lógico? —Juan tomó con cuidado una vuelta, en medio de una abrupta pendiente—. Mientras permanecieron aquí los rusos no descansaron un instante. Fue una verdadera casualidad. —Se interrumpió para añadir—: El Guindo.

El *jeep*, luego de rebasar una altura, llegó a una explanada circundada de bosques, entre los cuales se destacaba, al fondo, uno de eucaliptos. La carretera se bifurcaba, yendo a dar la nueva rama a un grupo de casas de barro en mal estado, a medias ocultas por maquis, boldos y canelos, los cuales se alineaban a la

vera de la huella. Los eucaliptos, altos y erguidos, descollaban al final del poblado; sus ramas recortábanse nítidas contra el cielo, que aparecía azul y despejado en un extenso sector sobre el horizonte. Al sur, densos vapores amagaban eclipsar las estrellas que empezaban a cintilar.

—Ya van a hacer tres meses que se encuentra abandonado —observó don Carlos, melancólico.

Juan detuvo el *jeep*; pero nadie se bajó. El aspecto de la población deprimía.

(Ahora comprendo por qué Celinda rebatió con tan buenos argumentos a Juan las trayectorias de los *Sputniks*. “¿Cómo sabes tanto?”, le preguntó Juan. Y Celinda se cortó. La primera vez que la he visto perder su desenvoltura. Se puso roja. ¿Qué dijo? ¡Ah! Que lo había leído en una revista. ¡Tartamudeaba la pobre! Ella, que no lee ni las historietas. Cuando mucho, las notas sociales. ¡Pero sabía de órbitas de satélites artificiales! Como para desconcertar a Juan, que se lleva estudiando esos temas. Y que es ingeniero. ¡Dmitri la puso al día! Si ella recordaba tan bien fue porque la persona que la informó le produjo una impresión especial. ¡No la voy a conocer yo! Ahí ha pasado algo. Algo que influyó de manera notable en su personalidad. El mismo Juan dice que su hermana ha cambiado de un tiempo a esta parte. ¡Se lo dijo a ella una vez, en mi presencia! Y Celinda se molestó. ¿Por qué? Porque le dieron en el punto flaco. Y el cambio debió producirse por la misma época de la caída del Luna VII. Aún más: Celinda rompió su noviazgo... ¡Eso es! Lo rompió en diciembre del año pasado. Un mes después de conocer a Dmitri. En su casa atribuyeron a eso su estado nervioso. “A la pobre la afectó tanto haber terminado con Raúl”, dijo la mamá. “Estaban muy enamorados, pero Raúl ¡era

tan celoso! Le hizo la vida insoportable." Seguramente le confesó que estaba enamorada del ruso...)

Revolvióse inquieto en el asiento trasero. A medias escuchaba las frases intercambiadas por tío y sobrino, en un tono apesadumbrado, con olor a responso fúnebre, recordando los motivos que indujeron a los guindanos a abandonar el rancherío. Un invierno infernal. Y, noche a noche, el miedo rondando por los alrededores. Ruidos de pasos; fugas precipitadas en medio de la noche; la sombra de alguna escalofriante figura que huía en cuanto alguien osaba asomarse. Los perros se arrastraban debajo de las camas gimiendo de terror. Y el olor a barro; ese olor penetrante, el cual no surgía de la tierra húmeda sino de algo desconocido, quien parecía utilizarlo como un perfume identificador, y lo irradiaba de pronto en las noches, a través de las puertas, en tal forma de despertar a la gente. Y comprendían que muy cerca, al otro lado de los débiles muros, su causante, invisible y fatídico, acechaba. No: los guindanos no podían aguantar tanto. Antes de llegar la primavera, en pleno junio, en mitad del invierno, dejaron sus casas; y como la mayoría tenía parientes en los vecinos pueblos, emigraron. El diablo bajo la forma de ese desconocido engendro llamado el Merodeador se había adueñado del caserío: nada fue capaz de desalojarlo de allí. No respondió a las invocaciones y sahumeros contra él esgrimidos desde tiempos inmemoriales. Nada consiguieron las oraciones, las mandas, las misas. Y la gente dismanteló su aldea para que el Merodeador hiciera de las suyas durante todo el invierno, y por los siglos de los siglos si era su capricho.

Lentamente las palabras, o el ambiente por ellas creado dentro del vehículo (tibio con el calor de los cuerpos, enervada la atmósfera por el cigarrillo de Juan, o quizás la noche, que se cernía en un enjambre

de remotos soles, presto a desaparecer tras los negros nubarrones impulsados por el norte en las alturas, o el obscuro aspecto de las construcciones, apenas visibles), despertaron su atención.

—¿Por qué no le cuenta a Salvador lo escuchado por usted cuando se quedó una noche aquí para comprobar esas historias?

Y la voz de don Carlos, parsimoniosa y musical, volvió a ejercer su rara fascinación sobre Salvador. Celinda aún se agitaba en su mente, siempre risueña, siempre lejana, siempre enigmática. Pero la historia, o la manera de contarla, o tal vez el privativo encanto del narrador, polarizaron su interés. O, quizás, fue la advertencia de que todo cuanto se vinculaba con lo sobrevenido en El Guindo después de la caída del Luna VII conectábase, de una manera o de otra, con Celinda. Se sintió melancólico al pensar así: una tristeza amalgamada con impotente furia ante su propia debilidad. ¿Qué importaban los amores de Celinda con el ruso? Era un asunto lejano. Pero había dejado hondas huellas en la muchacha. Probablemente ella sabía más de la historia que Juan y su tío juntos. ¿Nada sospecharían éstos? ¿Cómo Juan, que se dislocaba por todo lo relacionado con el Luna VII, no obtuvo de su hermana la confesión de su amistad con Dmitri? Claro que Salvador podía haberse precipitado al pensar así. Pero Celinda... Había que conocerla. Intuirla, mejor dicho. ¿O lo engañaban sus presentimientos? Ella nunca se abría. Siempre se cerraba llegado el momento; oponía una tenaz barrera cuando él sospechaba que le había tocado alguna fibra. Incluso dejaba ver una inmediata hostilidad, atribuida por él muchas veces al hecho de haber cometido un desliz, de haberla herido sin querer cuando formulaba tal o cual apreciación sobre su persona.

Arriba, en el fondo de una cuenca de nubes, abriense los ojos de la noche: los ojos de los hombres, entorpecidos por el sueño, no tardarían en cerrarse, quedando sus mentes a merced del que acechaba en las sombras.

—...nos quedamos junto al brasero, tomando mate, que servía Elvira, la mujer de Sofanor. A las nueve de la noche todo el mundo estaba en sus casas, atrancadas las puertas. El perro de Sofanor dormitaba al lado del fuego. La lamparilla de gas alumbraba malamente la habitación. Sobre el tejado la lluvia rebotaba como peñascos. Y soplaba un norte, con largas y furiosas ráfagas, que hacía crujir el envigado. Sofanor contaba historias de aparecidos...

Juan gobernaba con lentitud, para no truncar la historia del tío. Por otra parte, la tortuosa senda impedía manejar con mayor velocidad. Los faros del vehículo iluminaban los carriles paralelos, producidos por el ir y venir de las carretas, y también los baches del lomo central. A ambos lados de la vía sucedíanse las dubas gredosas, interrumpidas a veces por grietas, o por tallares débilmente agitados por la brisa.

Conversaron hasta las once de la noche. Elvira, después de revolver las brasas y agregar carbón, guardó el mate en un cajoncito, y se dio a dormir. Un mes hacía de la muerte de Diego. Sofanor repitió la historia de su compadre, adornándola con toda suerte de hechos nunca ocurridos, sacados de su propio magín, ya aletargado con el sueño y el gas carbónico. La lluvia y el viento habían aflojado un tanto. De pronto el perro, que dormía profundamente, despertó. Levantó la cabeza y sus orejas se irguieron, al mismo tiempo que todo su cuerpo, esquelético y recubierto con una pelambre gris con manchas blancas, se ponía tenso.

—¡Mírelo, don Carlos! —cuchicheó Sofanor, pálido—. Así se pone siempre.

Entonces el can lanzó un leve gemido, prolongado, el cual remató en un agudo trémolo. Pero no se movió.

—¿Siente el olor a barro? —tartajeó Sofanor.

Don Carlos comprobó que una penetrante tufarada a cieno, a barro fresco y pestífero invadía la habitación.

—¡Ave María Purísima! —masculló Elvira, despertando. De inmediato se persignó.

Y don Carlos sintióse acometido por un inexplicable terror: comprendió, vagamente, que algo superior a sus fuerzas le impedía moverse, incluso articular una palabra.

—Que conste que no soy miedoso. Al contrario: los guindanos me han tenido siempre por descreído.

El perro, también paralizado, dejó de gemir, pero temblaba convulso y, de tarde en tarde, emitía sordos gruñidos. Entonces, destacándose apenas del borbotar del aguacero, se escuchó un rumor de pasos, o algo semejante; eran pisadas producidas por una cosa lenta y pesada, la cual se desplazaba con un chapaleo, debido a la capa de agua que en esos instantes recubría el suelo. Paralelo a ese ruido, un zumbido persistente, con resonancias submarinas, taladró los oídos de los tres. Y tanto este zumbir como las pisadas cobraron cada vez mayor intensidad. Una atmósfera fantasmal pesaba en la habitación, difuminando los contornos de las cosas. En forma imprevista, cuando los trancos llegaban frente a la puerta, los sonidos cesaron. Afuera, en medio de la lluvia y la noche, alguien acechaba. ¿Entraría? El olor a barro se hizo insoportable. Pero entonces tornó a escucharse el sobrenatural zumbido, y los pausados pasos se alejaron, chapoteando en el agua, hasta confundirse por último

con el estruendo de la tormenta. Asimismo perdió fuerza el hedor, y en pocos segundos no quedaba en la habitación ni un deajo de él.

—Lo más curioso —concluyó don Carlos— es que el perro, cuando el fenómeno hubo pasado, agachó las orejas y volvió a dormitar, como si tal cosa. ¡No hay nada que hacer con el instinto de los animales!

—¿Sabe, tío? Esas sensaciones descritas por usted son similares a lo que leí, un tiempo atrás, sobre los efectos provocados por un nuevo gas, el cual aún está en su etapa experimental. Lo llaman el gas del terror, y piensan que sería muy útil en la guerra para reducir a los enemigos. Una de sus principales características es, precisamente, la de inmovilizar, pues actúa directamente sobre el sistema locomotor. Claro que es inodoro y, por cierto, no hace oír ruidos aterradoros.

—¿Y qué explicación le da usted? —preguntó Salvador, sugestionado con la anécdota, y relegando a segundo término el comentario de Juan.

—Para mí no tiene explicación. Después de pasar por la prueba, les hallo toda la razón a los guindanos para haber evacuado cuanto antes sus casas. Les aseguro que no me prestaría para pasar otro susto igual.

—También lo sintieron los carabineros, ¿no? Y los detectives que vinieron de Santiago a investigar los crímenes —comentó Juan.

—Sí —asintió don Carlos—. El teniente Rojas en persona pasó la prueba. Se reía de la historia. "Apenas oiga que se para frente a la puerta lo zurzó a balazos", decía. Por cierto, se olvidó de que llevaba revólver. Lo mismo les ocurrió a sus compañeros. Los tres se quedaron en una de las casas, solos, para tener

más libertad de acción. Hubieron de concordar, al final, que El Guindo era visitado a medianoche por algo de origen desconocido.

Antes de dos meses desde que se desatara el terror las seis familias tomaron sus bártulos y emigraron.

—¿Cuándo ocurrió eso? —indagó Salvador.

—Empezó antes de la muerte de Pedro. Agreguen los asesinatos y podrán comprender que el éxodo no sólo fue necesario, sino también indispensable. ¡Todos temían terminar sus días atragantados con barro!

—En su casa nunca ha oído ni, digamos, olfateado nada, ya que también se trata de olores, ¿no?

—Quédese tranquilo. Los tres kilómetros que nos separan de El Guindo han sido respetados por el Merodeador.

El *jeep* arribó a una cumbre erizada de árboles de escasa corpulencia; a unas dos cuadras, al final de una cuesta, la casa de don Carlos con sus ventanales iluminados contrastaba con la soledad del lugar. Bosques de pinos y eucaliptos alzábanse en sus alrededores, proyectándose sombríos contra el cielo.

—Según las mejores tradiciones, los hechos de horror ocurren de noche, y la mayoría de las veces en noches de tempestad. Suena raro, ¿no? Aun en este siglo de portentos científicos los fantasmas siguen afeerrados a sus costumbres. ¿Qué dices, Juan?

Rió el interpelado.

—Sí, suena raro. Si no fuese por el testimonio del tío, y de toda esa gente, me habría parecido una vulgar añagaza de viejas supersticiosas.

—En este caso especial —agregó don Carlos— hay un detalle importante: los hechos ocurrieron siempre durante una lluvia.

EN EL ILUMINADO SALON, arrimada a la chimenea, Celinda, con un traje negro ajustado, desnudos los hombros, escuchaba extasiada a Felipe, el cual, compenetrado del interés que sus palabras despertaban, hablaba con términos precisos y seguros, fruncido el ceño tras los anteojos de negros y gruesos marcos.

SALVADOR: (El profesor dicta cátedra. Debe haber progresado una barbaridad durante la tarde. Claro que si sólo se ha limitado a hablar... ¿Qué se habrá hecho Delia? ¿Los dejaría solos para no interrumpir? ¡Siempre dispuesta a hacerle el juego a Celinda.)

La muchacha, el codo en la rodilla descubierta, apoyada la barbilla en el dorso de su diestra, hacía continuos movimientos de cabeza, cortos y rápidos; y reía constantemente, acentuando la risa con sus expresivos y oscuros ojos. Miró de soslayo a los recién llegados, y concentróse de nuevo en Felipe.

JUAN: —¿Y Delia?

En ese instante Felipe percatóse de la presencia de los otros.

SALVADOR (*Repitiéndose la última frase oída a Felipe*): ("El Septimino de Beethoven es, para mi gusto, su obra maestra." ¡Imbécil! Hablando de Beethoven con Celinda. ¿Cuándo podré comprenderla? Jamás me ha puesto esa atención. ¿Lograría algo Fe-

lipo? Domina la situación. Demasiado mimada. Siempre ha tenido de todo. Le han dado gusto hasta en sus menores caprichos. ¿Qué podría ofrecerle? Mi sueldo y eso. Además, en su familia están llenos de prejuicios. Claro que los disimulan.)

CELINDA (*Haciendo caso omiso de la pregunta de Juan*): —¿Cómo estuvo el paseo?

Felipe vestía con una elegancia natural y, sin ser alto, su figura y modales le hacían sobresalir. El pelo negro y ondulado coronaba una faz de rasgos intelectuales, pálida, con una nariz ligeramente aguileña. Un tipo ideal para salones y sitios afines. Además, tras él una familia cuyos antepasados se remontaban a la época colonial, propietaria de extensos fundos —una de las pocas que consiguieron conservarlos—, respaldaba su reposado modo de ser.

CELINDA (*A Salvador*): —¿Viste el hoyo del satélite?

SALVADOR: —Este... , sí. Me pareció interesantísimo.

CELINDA: —Mm. ¡No hay tipo más entretenido que Felipe! Me ha hecho gozar esta tarde hablándome de música, de pintura, etc. ¡Qué agradable tener una cultura así! Creo que voy a decidirme por seguir un curso. No creo que tú, Felipe, estarás dispuesto a hacerme clases.

Felipe sonrió.

JUAN: —¿Te ha aburrido mi hermana?

FELIPE (*Muy serio*): —No, en absoluto. Y si la he lateado, ha sabido disimularlo. ¡Tienes una hermana encantadora, Juan! Increíble que la haya perdido de vista tanto tiempo.

CELINDA: —Siempre he pensado que el tiempo es una de las pocas cosas posibles de recuperar, ¿verdad, Salvador?

SALVADOR (*Traga saliva. Le incomodan las ma-*

nos; las mueve sin ritmo, haciendo desesperados esfuerzos por darles algún destino): —Me parece que sí... (No tener la desenvoltura de Felipe para hablar. ¿Por qué cuando estoy con ella nada me sale bien? Sin embargo, la abordé en la calle como a una vulgar... Es decir, se dejó abordar.)

DON CARLOS: —Tome asiento, Salvador.

Ronaldo, el mozo, trajo una bandeja con tragos. La conversación se desenvolvía en un tono cordial: se destacaban las hábiles intervenciones de Felipe y la risa de Celinda. Llegó Delia; venía del dormitorio, de blanco, con una falda globo. Saludó con una tímida sonrisa. De mayor estatura que Celinda, y un poco más gruesa, poseía un especial atractivo debido quizás a su pelo rubio y largo, o a sus suaves modales, o, también, a su voz ligeramente ronca, que jamás alzaba.

CELINDA: —¡Qué elegante! Me acomplejas, Delia. Debí cambiarme para la comida. Este traje de tarde es incómodo y me queda estrecho. ¿O estaré engordando? (*Levanta una pierna, dejando entrever los muslos.*)

SALVADOR: (Si se lo toleraran, andaría desnuda. Todo el tiempo provocando. Felipe se hace el impertérrito: ni una arruga en su rostro. En cambio, en el mío deben reflejarse todos los apetitos. A mí debería darme clases Felipe. Sabe tratar a las mujeres. La misma Delia lo mira. Estas mujeres calladas son las peores. ¡Cómo se sentirá Felipe al ver que las dos se interesan por él! Puede elegir a su gusto. Claro que prefiere a Celinda. Pero está en condiciones de hacer lo que se le antoje con las dos. Y Delia debe ser más fácil que Celinda. Su familia no es de tantos recursos. Le gusta salir con hombres ricos, que tengan auto, que la lleven a lugares caros. Y después... Se hace la mosca muerta, no más. Celinda, al menos, es más franca.)

DELIA: —Sabes que cada día estás mejor, Celinda. No he conocido a una mujer que le siente tanto el negro como a ti.

FELIPE (*Puntualizando*): —En realidad, te viene mucho el negro, Celinda. Harías una espléndida viuda.

SALVADOR: (¡Cómo adula Delia a Celinda! Y a Juan. Y a Felipe. Y a don Carlos. Sólo a mí no me co-tiza. Estoy seguro de que Juan ha pasado buenos momentos con ella. Es complaciente.)

CELINDA (*Riendo*): —Qué pesado eres, Felipe. Ya quieres verme de viuda. ¡Es el colmo!

SALVADOR: (Aunque Celinda también... ¿Qué ocurriría entre ella y Dmitri? Esa parte de la historia la calla. Estoy seguro de que... Pero no. ¿Por qué se me ha metido esa idea en la cabeza? ¡Qué raro! Se me ocurre cada cosa.)

CELINDA: —¿No encuentras, Salvador, que es el colmo querer verme de viuda?

SALVADOR: —Sí, sí. Eso no está bien... (¡Qué imbécil soy! Los comentarios míos. ¡Grandiosos! Y la cara de pena que debí poner.)

Celinda rió de buena gana. Delia la imitó, y no por adularla esta vez. Salvador enrojeció.

CELINDA: —¿Han conocido hombre más amor que Salvador? Tómame un trago a mi salud.

SALVADOR: (Le dio conmigo. ¿Qué le pasará? Se está luciendo delante de Felipe. Eso es. Y me utiliza a mí. Cuando se trata de pasarlo bien, como dice ella, no vacila en medios. Pero apenas se encuentra a solas conmigo se cierra, se enquistas, se pone a la defensiva. Parece aburrirse.)

JUAN (*Va al ventanal y aparta una cortina*): —¡Está lloviendo, tío Carlos! Una noche apropiada para las apariciones, ¿no?

CELINDA: —Ya vamos a empezar con esas historietas, ¿no tienen otro tema?

Salvador pugnó por descubrir detrás de la frívola observación de Celinda un gesto o actitud sospechosa. Pero la muchacha, con un visaje de infantil enfurruñamiento, dióse vuelta hacia Delia.

CELINDA: —Qué fósil es Juan, ¿no, Delia? De lo único que sabe hablar es de satélites, cohetes, y cuando viene para acá, de las apariciones.

SALVADOR (*Que se dispone a ir a la ventana, donde están Juan y don Carlos —Felipe limitase a volver cortésmente la cabeza—, encara a Celinda*): —¿No crees en el Merodeador?

CELINDA (*Hace un cómico mohín de fastidio*): —Nunca he dicho que no crea. (*La luz arranca apagados fulgores de su piel.*) El tío Carlos oyó cosas raras en El Guindo. ¿Voy a dudar de él?

DON CARLOS (*Festivo, desde la ventana*): —¿Hay algo que no seas capaz de poner en duda, Celinda?

Salvador notó en el rostro de Celinda una fugaz contrariedad. Algo rápido, casi imperceptible, pues de inmediato la joven lanzó una carcajada.

CELINDA: —¡Tío! ¿Qué van a pensar Salvador y Felipe? Me desacredita usted.

Delia, silenciosa, sentada a medias en el brazo de un sillón, cerca de Celinda, observaba a su amiga con una vaga expresión. Sonrió por lo bajo ante la observación de don Carlos, cosa que no pasó desapercibida para Salvador. Felipe contemplaba el fuego fumando un largo cigarrillo.

SALVADOR: (¡Qué ostentoso es el escepticismo de Celinda! Es la primera vez que la noto falsa. ¿O será más superficial de lo que parece? Eso podría explicar su actitud. Quizás me he precipitado al juzgarla. ¿Qué pruebas tengo de que ha conocido a ese ruso

con cierta intimidad? Ninguna: sólo una impresión. Claro que mis corazonadas pocas veces me engañan. No: no es tan vacía como aparenta. Se ha preocupado de mí. Porque, ¿qué soy al fin y al cabo delante de pretendientes como Felipe? Si hubiese sido un mero capricho, hace rato que me habría dejado. Al contrario: ha querido que me haga amigo de Juan, de su tío, de sus padres. Y no lo ha hecho para deslumbrarme.)

FELIPE: —¿Llueve mucho en abril, don Carlos? Me gustaría venir a cazar, pero sin embarrarme demasiado.

SALVADOR: (Tiene grandes cualidades, sin duda. Ahora, por ejemplo, estaba interesada de que viniera a pasar estos días de feriado aquí. Claro que también invitó a Felipe. ¿O lo habrá hecho para molestarme? Sabe que soy susceptible. Pudo hacerlo para coquetear con Felipe delante de mí, teniéndome siempre cerca, no como en Santiago, donde únicamente me ve a ratos.)

DON CARLOS: —Poco, Felipe. Una que otra lluvia, ¿no es así, Celinda?

CELINDA (*Que conversa en ese instante con Delia*): —¿Qué, tío?

DON CARLOS: —Tú estuviste en abril. ¿Cuántas veces llovió?

CELINDA: —Cuatro veces, creo.

SALVADOR: (¡Abril! En ese mes creyeron ver al extranjero se escondió en ese rancho Celinda estuvo en abril...) (*Haciendo lo posible para que la pregunta carezca de trascendencia*): —¿En abril de este año estuviste aquí, Celinda?

CELINDA (*Su nervioso ademán retrata una repentina tensión. Sus negros ojos brillan serenos; serena, enfrenta a Salvador, mientras replica con voz fir-*

me): —Sí; en abril de este año. Todavía no me conocías.

Se paró: su espigada silueta recortóse contra el fuego. En seguida atravesó frente a Salvador, sin mirarlo; sonrió a Felipe, y se dirigió a la radio, en el muro opuesto a la chimenea.

CELINDA: —Sería bueno oír un poco de música, ¿no?

SALVADOR: (El detalle que faltaba todo se explica se conocieron en noviembre cuando cayó el Luna VII el ruso se entusiasmó cómo sería su entusiasmo que se arriesgó a desertar para volver a Chile y esos tipos no se andan con bromas si regresó a verse con Celinda tuvieron que pasar muchas cosas para que ella haya venido a pasarse todo el mes de abril aquí. ¡Ha tenido que ser su amante! Ya me parecía que tenía mucho que contar. El ruso se lo ha enseñado todo. ¡Cómo sería eso!)

Celinda, de espaldas a los demás, inclinóse sobre el tocadiscos y extrajo un álbum. Felipe la estuvo contemplando unos segundos con aire crítico. Salvador le daba tímidas ojeadas, temeroso de que lo sorprendieran, tal si estuviese cometiendo un acto punible. Delia fue a acompañarla, para poner término a su exhibicionismo, o, por lo menos, para compartir con ella la atención de los hombres.

La lluvia cantaba en voz queda, acompañada por un crujir de ramas balanceadas por el viento. Don Carlos, Felipe y Juan charlaban de caza. Ambas muchachas intercambiaban comentarios, en tanto seleccionaban discos. Una vez Celinda miró a Salvador. Le sonrió.

SALVADOR: (Hipócrita. Todas las mujeres son iguales. Estas, que son de la clase alta, que deberían tener más decencia, son las peores.)

Volvió Delia. Celinda, después de colocar las gra-

baciones, se quedó apoyada en el mueble: la música se esparció por la habitación, desplazando el gorgotear de la lluvia.

SALVADOR: (Cierto que hay algo poco claro. ¿Por qué venir para acá? Pudieron quedarse en Santiago: habría sido más seguro para ambos. ¿Por qué venir a El Guindo? En Santiago nada hubieran sospechado. En cambio, aquí don Carlos pudo pisparla. ¿O el viejo estará en el secreto? ¡Viejo cabrón! No sería nada de raro. Se ve serio, pero de nadie hay que fiar. Hay un hecho cierto: el extranjero que estuvo alojado en el rancho fue Dmitri. Y Celinda por esos mismos días estaba aquí. Demasiada coincidencia.)

Sorprendió a la muchacha que lo estaba observando pensativa. Calculó que su cara debía estar descompuesta. Avanzó Celinda. Llegó junto a él e hizo algo imprevisto: sentóse en un brazo del sillón y apoyó una mano en el hombro de Salvador.

CELINDA (*Con voz melindrosa*): —¿Qué le pasa a usted?

5

SALVADOR (*CORTADO, sintiéndose blanco de todas las miradas*): —Nada... Pensaba en lo ocurrido después de la caída del Luna VII. (*Agrega, con una sonrisa forzada*): ¡No es para quedarse muy tranquilo!

El cuerpo de la muchacha contigo a él; la mano afirmada en su hombro.

FELIPE (*Meditabundo, espira una bocanada de humo azul que vela el fulgor de sus lentes*): —¿Qué se pretende al decir que "todo comenzó con la caída del Luna VII"? (*A don Carlos*): ¿Trajo una maldición del más allá? ¿O alguien cree, seriamente, que los crímenes y demás hechos están encadenados de alguna misteriosa manera con el cohete?

Desvaneciése la cortina de humo: una leve ironía brillaba en los ojos de Felipe, ironía que los reflejos de sus anteojos agudizaba.

CELINDA: —¡Eso es lo que nunca he podido entender!

Salvador, tranquilizado, invadido de un dulce bienestar. El perfume de Celinda y su cuerpo, tan próximo, en lugar de enervarlo, lo llenaron de una extraña paz. Delia los observaba de reojo. Le sonrió. ¿Para complacer a Celinda, sin duda?

FELIPE: —Tengo entendido que el cohete no traía nada. Excepto que un selenita se haya colado de "pavo".

Rieron las muchachas con la observación de Felipe. Salvador sentía la mano de Celinda sobre su piel, como si el trozo de tela que los separaba hubiera desaparecido.

SALVADOR: (¿Qué le pasará a Celinda? Nunca antes la había visto tan cariñosa conmigo. ¿Sospechará que yo sospecho?...) . . .

JUAN: —No; los rusos afirmaron que el cohete sólo traía cámaras con películas y fotografías del Mar de las Tormentas. Todo eso se encontró intacto, a pesar del estrellón.

FELIPE: —Bien pudo un vivo aprovecharse del pánico para cometer los asesinatos.

JUAN: —¿Y lo que el tío Carlos escuchó? ¿Y lo que oyeron los carabineros y los detectives?

FELIPE (*Se encoge de hombros, calmoso. Evidentemente, le repugna aceptar la historia*): —Sí, es cierto. ¿Saben que me está dando curiosidad por hacer la prueba? (*A don Carlos*): ¿Cree usted que todavía pasarán esas cosas en El Guindo?

Don Carlos movió la cabeza afirmativamente.

FELIPE: —Iría a pasar una noche allá. Mañana, por ejemplo. ¿Alguno de ustedes me acompañaría?

CELINDA: —¡Las cosas que se te ocurren, Felipe! ¿Crees que alguien se va a arriesgar a pescarse una pulmonía en esas casuchas?

Al decir esto Celinda quitó su mano. Salvador sintió que el flujo por ella transmitido se había cortado de súbito. Alzó la vista: se encontró con los pechos de la muchacha casi junto a su rostro. Celinda había-se echado para atrás, torciendo levemente el busto y afirmando la cabeza en una mano acodada en el respaldo del sillón. Siguió levantando los ojos: una cara que sonreía insinuante, con picarescos destellos en las pupilas. El perfume que emanaba de ella provocó-le un ligero vértigo. Bajó la mirada: sobre el brazo

del sillón una rodilla descansaba envuelta en un halo níveo.

SALVADOR: (Todo esto lo conoció Dmitri. Me está provocando por puro gusto.)

FELIPE: Tendremos algo extraordinario que contar en Santiago. ¿Me acompañarías tú, Salvador?

En lugar de replicar, Salvador tornó a levantar la vista. Entre los senos, ceñidos por la negra tela, el rostro sonreía misterioso e incitante.

DELIA (*Candorosa*): —Celinda no se opone, Salvador.

Todos rieron.

SALVADOR (*Dominando su turbación*): —Claro que iría.

Soltada la frase, se arrepintió. Ya no había remedio.

CELINDA: —Qué tonto eres, Salvador. (*Se desliza al suelo. Parada, dando las espaldas a Salvador, lo mira por encima del hombro, sorprendida*): Te vas a arrepentir.

SALVADOR: —¿Por qué?

CELINDA: —¡Qué ridículo eso de pasarse una noche en esas casas fétidas y llenas de pulgas para escuchar ruidos raros!

SALVADOR: (Ese cuerpo lo acarició el ruso a su sabor: quedó ahíto de manosearlo.)

DELIA (*Irónica*): —A los hombres les gustan las hazañas heroicas.

JUAN: —Yo también voy. ¿Quiere venir usted, tío?

DON CARLOS (*Preocupado*): —No. Les aconsejo desistirse: recuerden que hubo dos asesinatos. Ambas víctimas murieron ahogadas con barro. ¿Entienden? No a balazos ni a cuchilladas, sino con la boca atiborrada de cieno. Eso implica que el asesino es un hombre de excepcional fuerza.

FELIPE: —¿Y si los aturdió primero?

DON CARLOS: —No tenían contusiones, Felipe. Se supone que el hechor sujetó con su cuerpo a las víctimas, y les metió el barro. Sólo un maniaco pudo hacerlo.

La lluvia efectuó un solo sobre los vidrios, acompañada por un lúgubre ulular, en el breve período que medió en un cambio de disco. Un escalofrío recorrió a Salvador.

DON CARLOS: —Que yo sepa, ningún loco andaba suelto por la comarca en esos días.

DELIA (*Trémula*): —Estas historias me ponen la carne de gallina.

CELINDA: —Creo que es hora de comer.

Tocó el timbre, disimulado en la pared: desde allí volvióse a Salvador. Desazonado, el muchacho vislumbró un ligero desencanto en el rostro de la joven.

FELIPE (*Que no parece afectado con las advertencias del caballero, o al menos lo disimula con una voz ligeramente desafiante*): —Si es un loco, las balas lo atajarán; ¿no es así, don Carlos? Iremos armados. Nos vamos temprano, encendemos un brasero, llevamos un frasco de whisky, y a esperar al cuco. Somos mayores de edad: no vamos a cometer disparates.

La música llenaba el ambiente, con el fondo fragoroso del agua. Celinda, que durante la comida apenas despegó los labios, dirigióse a la radio y comenzó a escoger discos. Felipe se le aproximó: entre ambos entablóse un diálogo en voz queda, al mismo tiempo que hojeaban un álbum. Delia instalóse al lado de la chimenea. Juan tomó asiento junto a ella, e iniciaron una charla sazónada por constantes risitas.

(Ya se emparejaron. ¿Tendré que dedicarme a

don Carlos? Celinda está molesta conmigo. Delia, que en todo le sigue la corriente, también.)

—Siéntese, Salvador —invitó don Carlos—. ¿En qué trabaja usted?

—En el Banco Carrera, sección cambios.

Juan y Delia fueron a reunirse con Felipe y Celinda. Don Carlos y Salvador se quedaron solos frente al fuego.

—¿Desde cuándo que está ahí?

—Desde que salí del colegio. Tuve que retirarme cuando cursaba quinto año de humanidades, al morir mi papá. Mi madre no tenía medios para educarme.

El mozo sirvió coñac. El trago y el calor de la chimenea devolvieron los ánimos a Salvador. Don Carlos era un tipo ameno. Desde su jubilación vivía allí. Sólo de tarde en tarde viajaba a Santiago: le deprimía el tránsito metropolitano. Aquí, en la casa que hiciera construir especialmente, en una propiedad heredada de sus padres, tenía todas las comodidades. Siempre invitaba a Celinda y Juan —sus sobrinos favoritos— a pasar parte de sus vacaciones con él.

—¿Desde abril que Celinda no venía?

—Sí: adora El Guindo, igual que yo.

—Es única Celinda —comentó Salvador con lentitud, midiendo sus palabras—. Nunca la habría imaginado sola en un lugar tan apartado como éste: está acostumbrada a hacer una intensa vida social.

—Esta sobrina mía tiene su personalidad. Es difícil conocerla. ¿Ha de creer que estuvo todo el mes de abril conmigo, encantada de la vida? Aún más: durante esa época tuve que hacer constantes viajes a Santiago y Talca, para liquidar negocios pendientes, y Celinda se quedaba aquí con el mozo y las empleadas, en una ocasión por una semana entera, feliz en su papel de dueña de casa.

* * *

¿Era posible que don Carlos nada barruntase? Si se consideraba que se había enterado de la historia del extranjero con posterioridad, y no teniendo por qué relacionarla con la visita de Celinda, por desusadamente extensa que ésta fuese —menos aún si la muchacha acostumbraba pasar largas temporadas acompañándolo—, difícil era para don Carlos ver algo anormal en la conducta de su sobrina. ¿Por qué El Guindo para el encuentro? He aquí que el motivo empezaba a perfilarse: había un hecho no considerado por Salvador, algo que debió tener presente en todo instante: el ruso volvió al lugar de la caída del Luna VII. Regresó en busca de algo cuya identidad era arduo anticipar. ¿Por qué la deserción? Eso continuaba en la obscuridad. ¿Por amor a Celinda? El descubrimiento de los probables móviles del ingeniero para retornar destruía aquella hipótesis como la única plausible.

Celinda entretanto había apagado las luces centrales, para darle ambiente al lugar, según manifestó riendo. Las dos parejas empezaron a bailar. Salvador, excitado por el alcohol, vio cómo Celinda se adhería a Felipe, uniendo su mejilla a la del muchacho, quien se sacó los anteojos para mayor comodidad. El cuerpo de la muchacha se movía con sensualidad al compás de la música.

En la casa de la colina, la misma donde las percepciones del Oculito la encontraran por primera vez, Ella, Celinda, gozaba el momento. El Elegido sufría. Pero aún debería sufrir más: lo sometería a la segunda prueba sin que Salvador, por cierto, nada sospechase. Porque los hombres siempre creen actuar guiados por sus propios móviles. Para dominarlos basta hacerles sentirse dueños de sus destinos.

En el villorrio abandonado (que los hombres lla-

maban El Guindo), los realizadores de la experiencia, venidos desde lejanas tierras, se entregaban de nuevo a sus inútiles artimañas. Desplazábanse cautelosas sus siluetas entre los viejos ranchos. Pronto serían definitivamente burlados por el Acechante.

—¿Baila usted? —le preguntó don Carlos.

—Muy poco —replicó avergonzado de que el anciano hubiese notado su agitación.

Juan y Delia, lejos de la chimenea, disimulaban sus figuras en la penumbra. Però a Celinda le gustaba exhibirse.

—¿Me das el próximo? —La pregunta salió trémula. Aprovechó un momento en que la pareja daba vueltas junto a él.

Celinda pareció o fingió no oírle. Cuando insistió, pálido y temblón de pensar que estaba haciendo el ridículo, disimuló su disgusto. Salvador, decidido, incorporóse cuando la melodía terminaba. La actuación de Celinda con él fue distinta a la observada con Felipe: mantúvose a prudente distancia, cuidando de que su cara, la cual desprendía un suave ardor, no se rozase con la de él las veces que Salvador se aproximaba demasiado.

—¿Hace calor, no? —comentó ella, con voz fría.

Salvador coligió que, al decir esto, había hecho una seña de auxilio a Felipe, quien conversaba con don Carlos, sin preocuparse de cuanto ocurría en la pista. Y sintió calor. Deseó que el baile terminase: se dio cuenta de que la muchacha lo repelía abiertamente, sin importarle lo que él pudiera pensar. No era un gran bailarín: trató de entablar una conversación; pero el hablar y seguir simultáneamente el ritmo de la música le hizo cometer torpezas: equivocó los pasos, sintió sobre sí la compasiva mirada de los demás.

Celinda, hermética, por completo insensible a sus penurias, apenas se preocupó de que no hiciera el ridículo en forma demasiado notoria.

Lanzó un suspiro de alivio cuando sonó la nota final.

El Elegido, abatido por la frustración, estaba en condiciones de soportar la prueba siguiente.

Desde el refugio, estimulado por el fluido vital, la mente del Oculto se irradió sigilosa.

Hallábase en medio de un paisaje iluminado téticamente, y vio a sus pies agrandarse una sombra. Levantó los ojos: lentamente precipitábase sobre él un cohete dotado de una rara palpitación, que agitaba unos brazos articulados, todo en el más completo silencio. Intentó huir. Plúmbeos los pies, apenas consiguió desplazarse algunos metros. El proyectil seguía bajando inexorable, siempre apuntándolo con su afilada proa, como si hubiera corregido la dirección para impedirle toda posibilidad de fuga. En su desesperación miró los derredores: en el centro de un campo amarillento, bastante próximo, Celinda y un desconocido. Una enigmática y lejana sonrisa en los labios de la muchacha. Llevaba un vestido transparente: a veces veíase desnuda. El hombre no le quitaba la vista. Súbitamente alargó sus manos ávidas, tratando de cogerla, contraído el rostro por un deseo bestial. La muchacha, riendo provocativa, lanzando continuas ojeadas a Salvador, retrocedió dos o tres pasos, sin que ello implicase una huida. Por último los brazos del hombre le rodearon la cintura. Debatióse ella riendo, en tanto las manos, grandes y velludas, trajinaban su cuerpo con rudeza. Cayeron a tierra: el diáfano vestido, ya desgarrado, fue tirado lejos por el hombre, yen-

do a caer junto a Salvador, luego de flotar sobre el lúgubre escenario. Una sombra lo envolvió. El cohete se hallaba a menos de un metro. Unas garras metálicas alargáronse para pescarlo.

Despertó transpirando. Por suerte no gritó. Cerca de él Juan dormía profundamente. La lluvia con su cristalina monotonía. Revolvióse inquieto. La imagen de la muchacha, en brazos del ingeniero, que la manoseaba impúdico, sin ella resistirse, volvía a su mente. O su figura, balanceándose al compás de atávicas melodías, estrechándose contra Felipe. ¿Qué papel le cupo desempeñar en los sucesos de El Guindo? Aunque lo suyo no pasaban de ser conjeturas, apoyadas en precarias impresiones, cada vez ahondábase más en su ánimo el presentimiento, la seguridad casi de que Celinda sabía más, infinitamente más de cuanto aparentaba. Oscuramente debatíase en su imaginación una tenebrosa historia protagonizada por Celinda y el enigmático ingeniero desertor. Estuvieron en condiciones de verse a sus anchas por la involuntaria complicidad de don Carlos. ¿Qué fue de él? Y mientras una transpiración untuosa y fría adhería el pijama a su cuerpo, provocándole una molesta comezón, concluyó, el cerebro ofuscado por el insomnio, que necesitaba averiguar la verdad, establecer en forma fehaciente todo cuanto Celinda hizo durante su larga permanencia en El Guindo en el mes de abril de ese mismo año. ¿Cómo lograrlo? Encararía a la muchacha y, sin más ni más, le tiraría al rostro sus sospechas. Si era culpable, por fría que fuese, habría de traicionarse en algún gesto, en una palabra, en la más mínima actitud comprometedora. ¡No permanecería impasible! Se vería en la necesidad de abrirse, de confesarle sus amores con el ruso; veía su cara demudada, muy

abiertos los ojos, temblorosa la voz, rogándole discreción, implorándole que supiese comprenderla. Se quedaría impertérrito para conseguir su ablandamiento definitivo. No vacilaría amenazarla en caso de que se resistiese. Cedería.

Sus insomnes especulaciones, que se retorcían en una atmósfera pringosa, la cual desfiguraba arteramente la realidad, se vieron interrumpidas por un levísimo chasquido. Instantáneamente, hasta la última de sus células se puso al acecho. El ruido provenía de afuera, del pasillo. Aguardó. La lluvia y el viento llegaban como un apagado eco. De nuevo el rumor. De un salto estuvo en el suelo, preocupándose apenas de que sus movimientos no despertaran a Juan. En dos segundos junto a la puerta. Arreció el fragor eólico: la hoja entreabierta, lo suficiente para asomar el rostro, y mirar, a través de las tinieblas, en dirección al punto de donde surgiera el rumor. Allí terminaba el pasadizo en una puerta que daba acceso al dormitorio de Felipe. Se encendió una luz: fue percibible breves instantes antes de que la hoja se cerrara. Una silueta de mujer, en camisa de dormir, perfilóse en el interior de la alcoba, aún junto a la puerta que ella misma empujaba. Alcanzó a escuchar, con un acre sabor en la lengua, un ahogado ¡chist!

Celinda había entrado en el dormitorio de Felipe. Sintióse enfermo y débil. Arrastrando los pies, llegó al lecho. La luminosa esfera de su reloj señalaba las tres de la madrugada. Subió la furia de la tormenta. En la alcoba de Felipe reiniciábase, ahora en la intimidad, lo que se preludiara en el salón, al compás de tropicales melodías.

Los amantes, en el lecho, no oirían como él el desolado ametrallar de la lluvia.

6

—¡QUE MADRUGADOR es usted, señor!

Ronaldo, el mozo, manipulaba una aspiradora en la sala de estar. Interrumpió la tarea cuando entró Salvador: venía pálido y ojeroso, sin que la larga ducha alcanzara a sacudirle la modorra, fruto de la noche en vela. Sólo a las seis de la madrugada Celinda dejó la alcoba de Felipe. Una hora después Salvador, sabiendo que le sería imposible dormir, procedió a vestirse. Juan roncaba a más y mejor.

—No siempre —replicó el muchacho—. Pasé una mala noche.

Había cesado el aguacero. Tras las cortinas descorridas, el cielo, de un intenso azul, entre desgarrados nubarrones que un viento ligero empujaba hacia el norte.

—Vamos a tener solcito —manifestó el hombre, reanudando su labor—. En cuanto termine le serviré su desayuno. ¿Por qué no pasa al escritorio, señor? Enciende la radio y oye las noticias.

Obedeció con torpeza. Estuvo a punto de tropezar en la alfombra enrollada. Hundido en un sillón, percibiendo a medias a un locutor que comentaba los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, con el suave zumbir de la aspiradora como fondo, veía al viento proseguir la limpieza del cielo, haciendo desaparecer las nubes tras los cerros, tal si fuesen engu-

llidas por otra aspiradora que alguien accionara detrás del horizonte. Un cielo límpido, como sólo es posible observar después de una lluvia, se brillantaba en el oriente presagiando la salida del sol. Evitaba pensar en el suceso de la recién concluida noche. Dejó descansar la mente, pugnando por ocuparla únicamente en la contemplación del amanecer.

—¿A qué hora se levanta la gente? —preguntó a Ronaldo, cuando éste le servía el desayuno.

—Nadie antes de las once, señor.

—¿Sabe? Me gustaría visitar esa casa abandonada que hay cerca de El Guindo —expresó, sin tener aún una idea precisa de lo que en realidad quería.

—¿Cuál, señor?

Algo en la voz del criado —una brusca e imprevista cautela, o quizás una mal fingida ingenuidad— lo puso en guardia. Observó al hombre con el rabillo del ojo. Ronaldo, luego de retirar la paila y colocarla en una bandeja, se disponía a dirigirse a la cocina.

—Donde creen que se alojó el extranjero. ¿No la conoce usted? ¿O es nuevo aquí?

—Soy de estos lados, señor —contestó presto el hombre—. Ya sé a qué casa se refiere. ¡Don Juan lo puede llevar!

—Me gustaría ir ahora —interrumpió con voz inocua, cuidando de restarles importancia a sus palabras—. Quiero aprovechar el tiempo que me queda antes de que se levanten los demás.

—¿Sabe manejar, señor?

—Sí, pero no me gusta conducir vehículos ajenos.

—Bueno. —El hombre pareció contrariado—. Si gusta lo llevo, señor. Déjeme servirle el café y partimos.

* * *

El plan del Oculito se desenvolvía en forma satisfactoria. Salvador reaccionaba favorablemente: su elección había sido acertada.

El jeep bajaba despacio por el camino, cuyos baches llenos de agua le hacían dar continuos vaivenes. El sol, ya sobre las cumbres de los montes del este, derramaba una gélida luz. Lentas replegábanse las sombras en los boscosos faldeos. Un frío húmedo emanaba del aire y de la tierra. Salvador procuraba no elaborar un plan, sino ir dando curso a sus impulsos encaminados todos a desentrañar, de mala gana, un enigma que la nocturna visita de Celinda a Felipe relegara a segundo término. Si bien siempre la consideró coqueta, y muchas veces abiertamente provocativa, lo atribuyó a un modo de ser natural, innato, que no correspondía en ningún caso a la realidad recientemente puesta en evidencia. Tres horas con Felipe: que se hubiese acostado asimismo con Dmitri perdía importancia el hecho. ¿Fue su primer amante? Apenas tenía diecinueve años en la actualidad. Aunque la aventura de Celinda confirmaba su hipótesis sobre la verdadera personalidad de la muchacha, esta confirmación, obtenida en semejantes circunstancias, lo deprimía en lugar de satisfacerlo. ¿Acaso no pensó desde el principio que Celinda y Dmitri habían sido amantes? ¿Qué lo movió a pensar lo peor? ¿El deseo de encontrar un asidero para decepcionarse de ella, o, tal vez, en el fondo quería comprenderla, ganarse su confianza? ¡Haberse metido en la alcoba de Felipe! ¿Por qué no fue él quien la visitó? Celinda tenía pieza sola, al igual que el muchacho. ¿O ella había acudido sin previo aviso?

—¿Cuántas veces vio usted al extranjero amigo de Celinda? —Escuchó sus palabras como si no hu-

biesen sido pronunciadas por él. Se sorprendió incluso de su audacia y aplomo, una vez que hubo formulado la pregunta. De inmediato agregó—: Nada tema. Fui amigo de él, y le prometo que nadie sabrá nada de esta conversación.

El hombre se sobresaltó: por poco dejó al *jeep* estrellarse contra un terraplén, al mismo tiempo que le lanzaba cortas miradas, reflejadoras de más sorpresa que temor.

—Me refiero al que se alojó en abril en el rancho a donde vamos —aclaró, para evitar cualquiera escapatoria—. A Dmitri Stepanov.

—No sé cómo se llamaba, señor —replicó Ronaldo, repuesto de la sorpresa—. Apenas lo vi tres o cuatro veces, muy de pasada.

Salvador ahogó un suspiro.

—¿Por qué me lo pregunta, señor?

—Fue un gran amigo mío: estoy tratando de averiguar qué le ocurrió.

—¡Ah! La señorita Celinda es la única que puede saber algo, señor.

—A ella no le voy a preguntar, como se comprenderá —dijo calmoso, ya dueño de sí mismo.

—Sí, es cierto. Creía que era el único en conocer ese lío. A nadie se lo he contado, señor.

—Ignoro qué ocurrió aquí. Lo último que supe de él fue su viaje para acá a juntarse con Celinda.

Reflexionó que se estaba arriesgando demasiado: en su entusiasmo corría el peligro de dejar en descubierto algún hecho importante, el cual estuviese en conocimiento de Ronaldo. La cara del mozo le restituyó la confianza: difícil que semejante palurdo fuese capaz de sutilezas.

—Bueno: sé muy poco. La señorita Celinda llegó a la casa a principios de abril. Vino sola, para acompañar a don Carlos. Al día siguiente me llamó apar-

te: me dijo que necesitaba mi ayuda. Siempre me ha querido mucho. —El buen hombre afirmó esto con orgullo—. Es buena, pero tiene muy mala suerte.

—¿Y?

—Me contó que estaba enamorada de un hombre que no les gustaba a sus padres, y que para verse con él se había venido a El Guindo.

—¿Por qué no se veían en Santiago? Allí habría sido más fácil!

Se arrepintió de la pregunta.

—Usted fue amigo de él: sabrá que andaba arrancando de la justicia.

—Este, sí. Pero en Santiago también es más simple ocultarse.

—¿Usted cree que es más simple? ¡Hay tanta gente! Pueden verlo a uno en cualquier parte.

Por suerte Ronaldo enfocó el asunto desde otro ángulo. Salvador siguió interrogándolo, tratando de quitarle trascendencia a su curiosidad, formulando las cuestiones al desgaire, para que Ronaldo no se enterase de su completa ignorancia. Improbable tarea la de obtener una relación hilvanada a través del sirviente: sus recuerdos, asaz vagos, los exponía en forma enrevesada. El hombre ignoraba los motivos del extranjero para venir a El Guindo. Únicamente sabía que llegó casi junto con Celinda. ¿Cómo se las ingeniaron para no despertar los recelos de los guindanos? Salvador recordaba que para llegar al rancho se precisaba pasar frente al caserío. Minutos después comprobó que aquello era fácil de eludir: medio kilómetro antes del villorrio empalmaba con la carretera una huella abrupta, la cual descendía describiendo zigzag hasta el fondo de una hendidura boscosa; en seguida trepaba por la ladera del monte entre espesa vegetación, hasta rematar en un claro rodeado de árboles, donde estaban los restos de un aserradero. El rancho se ha-

llaba a dos cuadras de allí. Para alcanzarlo se necesitaba remontar un sendero de cabras, disimulado por matorrales y bosquecillos. De ese modo Celinda visitó cuantas veces quiso a su amado sin que en El Guindo nada maliciasen. A las diez de la noche, cuando todos dormían tanto en el poblado como en casa de don Carlos, Ronaldo la llevaba en el *jeep* hasta el aserradero, donde el extranjero la esperaba. Esto se repitió durante un mes, casi noche por noche, pues sólo en contadas ocasiones Celinda dejó de acudir.

—¿Nadie iba a ese rancho, ni siquiera por curiosidad?

Le explicó Ronaldo que los guindanos lo rehuían, pues años atrás ocupábalo una mujer —la misma que lo construyera—, la cual, según la creencia regional, tenía pacto con el diablo y se entregaba por las noches a toda suerte de brujerías. Fueron tantas y tan horripilantes las consejas tejidas sobre ella, que la anciana permaneció una semana encerrada en su casita, después de ser sorprendida por la muerte una noche, antes de alguien tener la idea de aproximarse, y por el hedor descubrir que allí ocurría algo anormal. Desde ese día se rumoreó que quienes osaban pasar por las inmediaciones oían, cerca de “la oración”, gemidos, gritos y espeluznantes ruidos, los cuales provenían, sin duda, de la casa abandonada.

—¿Usted fue al rancho cuando estaba el extranjero?

—Una sola vez, señor. Fui a avisarle a la señorita Celinda que se estaba haciendo tarde.

—¿Qué había adentro?

Solamente implementos de campaña. Lo más decente una cama, detalle que no sorprendió a Salvador. ¡Celinda gustaba de la comodidad! Lo recorrió un escalofrío erótico al pensar en eso, que fue reemplazado por un estado de ánimo depresivo, mientras el

jeep, hábilmente conducido por Ronaldo, descendía por la escabrosa ruta. Parecía increíble que hubiese sido recorrido de noche por un mes entero sin registrarse accidentes. Pero ¡qué bien garantizaba la discreción con sus innumerables recovecos! Ni que hubiera sido trazado a propósito para trasladarse al rancho a hurtadillas de El Guindo. Umbríos bosques de robles y una empinada falda separábanlo del pueblo y sus alrededores a lo largo de toda su trayectoria. Si a ello se agregaba la complicidad de la noche, se comprendía cómo Celinda permaneció en la incógnita.

El sol se distanciaba paulatinamente de los cerros, acortando las sombras. Trinos de pájaros emergían de la floresta. El cielo, límpido y refulgente, constantemente cruzado poravecillas. Sin embargo, por el sur surgían amenazadoras nubes que auguraban efímera vida al hermoso día.

—Conque una cama cómoda y grande —repitió Salvador, como para sí, al mismo tiempo que observaba pensativo el agreste panorama.

Ronaldo rió por lo bajo, sin malicia, divertido por el acento del joven.

—Fue un préstamo que le hizo el finado Pedro.

EL COMENTARIO de Ronaldo, hecho con naturalidad, produjo el efecto de una explosión en Salvador. Su conmoción no se tradujo en atropelladas preguntas; consciente o inconscientemente se dominó para no asustar al hombre. ¿El finado Pedro? ¿El mismo que fuera asesinado en extrañas circunstancias dos meses después? ¿Mantuvo relaciones con el extranjero? En medio de su ofuscación intentaba recordar otros incidentes vinculados con Pedro. ¿No había sido el mismo que escuchara el estrellón del Luna VII? Aún presenció algo más: un desmoronamiento de tierra, precedido de un rumor. ¿Había conocido a Dmitri? Con seguridad los rusos interrogaron a los pobladores de El Guindo, y en especial a Pedro, en vista de su aventura. No era descabellado suponer entonces que el infortunado leñador conociera al ingeniero desde esa época. Salvador comprendió que debía preguntar a Ronaldo, aunque el criado se alarmase.

—¿Cómo conoció Pedro al extranjero?

Formuló la interrogante con voz incolora, catando a su acompañante de reojo. Amedrentóse el sirviente.

—¡Por Dios, señor, no vaya a decir que yo se lo he contado! Eso no lo sabe nadie. ¡Por hablador me pasa!

Lo tranquilizó Salvador: tuvo que hacer uso de toda su elocuencia.

—¡No quiero meterme en líos, señor! Sé que el forastero nada tuvo que ver con la muerte de Pedro, pero cuando vino la investigación, y los agentes empezaron a hacer averiguaciones sobre el rancho abandonado y sus ocupantes, me callé. ¡Habría comprometido a la señorita Celinda! Pensé que no hacía nada malo cerrando la boca; nada me preguntaron tampoco.

Salvador interrumpió sus gimoteos con serenas frases de apaciguamiento.

—¿Cómo se conocieron?

Ronaldo lo ignoraba. Cuando Salvador le expresó su creencia de que el extranjero debía ser uno de los rusos llegados a El Guindo para recuperar el Luna VII, el rostro del hombre se iluminó. ¡No se le había ocurrido asociar ambos hechos! El mozo, como si hablara consigo mismo, hizo una serie de reminiscencias sobre Pedro y el extranjero, llegando por último a la misma conclusión. Siempre llamó su atención la intimidad que el finado mantenía con el afuerino. Nada le explicó Celinda sobre el particular; tampoco él se habría atrevido a interrogarla. Cuando cayó el Luna VII hallábase hospitalizado en Santiago por una operación a la vesícula; desconocía cómo Celinda trabó amistad con Dmitri.

—¿Usted vio al extranjero con Pedro?

—No, señor.

Salvador encaminó entonces sus indagaciones sobre la vida de Pedro. ¿Habría imaginado el día anterior que, antes de doce horas, estaría haciendo tantos descubrimientos? Y todo había comenzado con una corazonada.

La historia de Pedro, simple y sin interés antes de la caída del cohete. Huérfano a temprana edad, vivía solo en el rancho heredado de sus padres. El único soltero de El Guindo. Se caracterizaba por su

buen trato y su espíritu de trabajo. Le gustaba leer —cosa extraña en El Guindo—, y siempre acudía a la casa de don Carlos para conseguir libros y revistas. Don Carlos le tenía mucho cariño; al igual Celinda, que lo conocía de niño, llevándose sólo unos pocos días de diferencia en edad.

El *jeep* iba llegando al fondo de la quebrada. Un sitio pintoresco: el cauce de un antiguo arroyo, seco a la sazón, cuyos restos —pozas u “ojos de agua”— cabrilleaban en medio de la abundante vegetación. El vehículo rodó con lentitud por el breñoso terreno; abundaban cascajos sueltos y piedras de todos tamaños.

—¡Qué bonito lugar! —exclamó Salvador.

—Aquí cerca pasó algo raro —explicó Ronaldo—. A mí no me gusta por eso. Siempre me daba miedo cuando cruzaba este paso por las noches, con la señorita Celinda.

—¿Qué ocurrió? —Poco a poco Salvador empezaba a interesarse por todas las historias de la región.

—Unos niños, hijos del dueño del aserradero, don José Alvarez, lo contaron. Claro que a nadie le consta, y esos chiquillos tenían fama de mentirosos.

Ronaldo frenó al otro lado de la vertiente, cuando iniciaba la subida de la ladera opuesta.

Ricardo y Alfonso, hijos de don José, de nueve y siete años, respectivamente, acostumbraban recorrer los alrededores del aserradero; su lugar favorito era la quebrada, la cual visitaban cada vez que se lo permitían.

Una tarde calurosa los niños, después de explorar los sitios habituales, descubrieron en las vecindades de un ojo de agua, en el fondo de la depresión rodeada de chaguales y lajas, una tierra de raro color

oscuro, vetada con franjas tornasoladas. Compacta y casi impalpable, distinguíase de la rojiza greda adyacente. El lugar, de difícil acceso, se encontraba en una hendidura rocosa, donde la quebrada se transformaba en una gigantesca gradería, cuyos tramos descendían cubiertos de lajas y escasos vegetales. Los chicos, acostumbrados a trepar por los cerros más empinados, pronto encontraron un medio para bajar. Removieron la tierra, y entusiasmados con su coloración, se les ocurrió hacer figurillas de barro con ella, para cuyo efecto necesitaban agua. Como carecían de baldes, decidieron abrir una acequia para conducir el agua del pozo superior, con lo cual obtendrían además una cascada. Eran las tres de la tarde de un día de enero; el sol quemaba con inusitada violencia. Pronto el agua deslizábase por la canaleta y se precipitaba sobre la reseca arcilla formando una linda caída de dos metros de altura.

Excitados por el suceso, los chicos descendieron a la cárcava. Disponíanse a modelar el barro cuando advirtieron que aquél comenzaba a borbollar, despidiendo un penetrante olor a cieno. Y a medida que el agua se extendía por la superficie tornasolada, la greda adquirió un movimiento de rotación, tal un remolino, al mismo tiempo que se hinchaba a ojos vistas, todo esto acompañado de un leve zumbido. Aterrorizados, los niños emprendieron la fuga, sin aguardar el desenlace del fenómeno. Relataron el portento a su padre, el cual, incrédulo, creyendo que se trataba de una añagaza, se negó en un comienzo a acompañar a sus hijos. Por último accedió.

Al llegar al sitio señalado sólo pudo ver un pozo turbio, donde se había vaciado el ojo de agua superior, gracias al arroyuelo, sin notar nada fuera de lo común. Por más que los chicos juraron y perjuraron

que allí existía una gran cantidad de rara tierra, el señor Alvarez no encontró ni rastros de ésta.

—Como usted ve, señor, el fondo del pozo es la misma roca, apenas tapada con una capa de fango.

Salvador contempló el agua que, bastante limpia, reflejaba los rayos del sol dos metros más abajo.

—¿También ocurrió después de la caída del Luna VII?

—“Todas” las cosas raras han pasado después, señor. Fue en enero de este año, a los tres meses de la caída.

Pensativo, Salvador se puso en camino hacia el *jeep*, trepando por el fragoso terreno, obligado continuamente a agacharse para sortear los árboles y zarzas que, en abundancia, crecían a ambos lados de la grieta central.

—¿Dónde va a dar este barranco?

—Sigue como dos leguas cerro abajo.

—¿Es el mismo donde encontraron los restos de Pedro?

—Sí, señor.

—Imagino que la historia de los chicos la sabrá todo el mundo.

—No crea, señor. Pocos la conocen; no la toman en serio por la fama de embusteros que tenían esos mocosos.

—¿Usted la cree?

Vaciló Ronaldo.

—No sabría decirlo, señor. ¡Son tantas las cosas inexplicables que pasan aquí! Una noche que esperaba a la señorita Celinda junto al aserradero, me sucedió algo curioso. Llovía, y tuve que bajarme del *jeep* para orinar, cuando de repente sentí muy cerca, detrás de unos árboles, un ruido pesado, de algo que se

arrastraba. ¡En mi vida he sentido tanto miedo, señor! Estoy seguro de que algo me aguaitaba desde la oscuridad. Sentí unos ojos terribles clavados en mí. Gracias a Dios que "eso" se alejó, siempre arrastrándose, hasta perderse para estos lados. Jamás pude averiguar qué era. Sé que fue algo malo, como de otro mundo. Seguramente era lo que los guindanos llaman el Merodeador, un engendro de Satanás.

(¡Qué extraño! Ayer tuve la misma impresión. Estoy seguro de que algo me espiaba. Era por completo una sensación maligna y fuera de lo común.)

Casi todos los elementos estaban en poder del Elegido. Era necesario preparar ahora el descubrimiento del miedo artificial.

En El Guindo un perro rondaba los ranchos. Las percepciones del Acechante, debilitadas por la falta de agua, eran no obstante lo suficientemente poderosas para influir sobre el animal. Lo guió entre las casas y lo indujo a escarbar el suelo.

La visita al rancho no agregó nada. Las revelaciones de Ronaldo y el recuerdo de lo presenciado la pasada noche habían sumido a Salvador en un estado melancólico, el cual se agudizaba por momentos. Sentíase mareado por el insomnio, y su cerebro, flojo y torpe, era incapaz de coordinar la multitud de ideas dispersas que por él vagaban; piezas sueltas de un todo inasible, el cual giraba lento, tornándose más y más enigmático, y como irreal. ¿Qué había ocurrido allí? ¿En qué forma se concadenaban ambos asesinatos con el resto de la historia? ¿Qué había de cierto tras esa tétrica leyenda del Merodeador? Porque todo debía estar enlazado entre sí. Salvador tenía la intui-

ción de que lo acaecido en El Guindo como sucesos aislados, sin una aparente ilación, estaba en el fondo íntimamente ligado. ¡Cuántas preguntas sin contestar! Y en el trasunto de todo, la muchacha. Sin duda, la piedra de tope del misterio. Al pensar que entre aquellas inmundas paredes, agrietadas por el tiempo y la lluvia, ella y Dmitri reuníanse noche a noche, sintióse aplastado. ¡Cómo sería la pasión de Celinda para arriesgarse a tanto! Jamás la habría creído capaz de hacer una cosa así. Siempre se le antojó frívola, un poco hueca, incapaz incluso de sostener una conversación seria por un tiempo decente. Con él al menos acostumbraba echarlo todo a la chacota, con intempestivas salidas que, si bien simpáticas y graciosas, lo confundían y frustraban. La aventura con el ruso justificaba, en cierto modo, la superficial conducta de Celinda. Demasiado vivir para una muchacha mimada por la vida y sus benévolos padres.

—¿Seguro que don Carlos no se enteró de nada?

—Don Carlos es muy serio y eso le habría parecido mal. La señorita Celinda lo engaña como quiere. El se mira en ella.

La historia del barro que giraba y se hinchaba a la vista de los niños acudía esporádicamente a entrometerse en sus flojas reflexiones. Presentía que aquel suceso, de tan dudosa verosimilitud, de alguna manera se relacionaba con el enigma. ¿Cómo encajarlo en ese rompecabezas? Abatido, hubo de admitir que su tarea recién comenzaba. ¿Sería capaz de llevarla a cabo? ¿Qué obtendría de lograrla? No el amor de la muchacha, por cierto. Celinda jamás aceptaría ante él haber corrido esa aventura. Al revés: le tomaría odio y desprecio. Quizás si esto último ya se lo tenía debido a su timidez e indecisión. A ella le gustaban los tipos como Felipe, que no se arredran ante nada, que saben disimular sus sentimientos, o, tal vez, que son

capaces de dosificarlos e irlos entregando de a poco, sin descubrirse nunca por entero. El no era así; sus reacciones, demasiado translúcidas, debían reflejarse en su semblante, en sus ademanes, en su tono de voz, en su mismo modo de mirar. No; decididamente no era como Felipe, y tampoco como el ruso. Porque éste también debió pertenecer a esa clase de hombres endurecidos, que han conocido muchas mujeres, y que se han visto enredados en mil y un líos sentimentales, de los cuales se desentendían con la misma facilidad con que él se complicaba. Hombres para quienes los sentimientos son secundarios; que enamoran a las mujeres únicamente para satisfacer sus apetitos, como quien se toma un trago o se come un succulento plato, sólo porque tiene sed o hambre.

El *jeep*, una vez que hubo trepado por la derruida huella, desembocó en la carretera.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Salvador, interrumpiendo sus melancólicas cavilaciones.

Un lejano fragor, bronco y sonoro, que decrecía en forma intermitente, tal el estruendo de un remoto oleaje.

—El mar, señor.

SALVADOR HABIA olvidado que el Pacífico estaba a menos de diez kilómetros al oeste. No era raro escuchar el rugido de la resaca en los días de tempestad, le explicó Ronaldo. Otra vez el cielo tapado de nubes, que avanzaban a impulsos del norte.

La chimenea, atestada de crepitantes troncos, irradiaba un agradable calor. Don Carlos, Felipe y Juan conversaban con sendos aperitivos en sus manos. Delia elegía discos en la radio, con un aspecto de intensa concentración. No se dio vuelta cuando entró Salvador, tal si no hubiese notado su arribo. El muchacho saludó con una forzada sonrisa; sintióse incómodo, pues los tres hombres interrumpieron la charla al verlo. Celinda no estaba. Su ausencia le produjo un íntimo desencanto. Quizás la muchacha habría salido con uno de sus exabruptos, pero el conocer su aventura nocturna le daba confianza en sí mismo para hacerle frente con desenvoltura.

—¿Dónde andabas, Salvador? —preguntóle Juan.

—Salí a dar un paseo —explicó nervioso—. Desperté temprano; quise aprovechar la mañana.

Felipe, dedicándole una protectora sonrisa, le alargó un vaso lleno.

—Muy bien me parece, Salvador, que aproveche su estada aquí —apoyó don Carlos, con una amistosa sonrisa—. ¿Dónde fue?

—Para el lado de El Guindo —agregó con cierta precipitación, deseoso de cambiar de tema—. Qué distinto es este lugar con sol. Cambia del cielo a la tierra. Ayer me pareció deprimente. En cambio ahora...

—Sí, es muy pintoresco —corroboró don Carlos—. A mucha gente le ha pasado lo mismo. Años atrás...

(Felipe me mira en forma rara. ¿Qué estará pensando? Como si sospechase. ¿Será por lo de anoche? ¿Se habrán enterado de que los pillé? Es difícil. No. Es imposible. Nadie pudo oírme, y menos verme...)

—Desde entonces Pancho es uno de los más grandes admiradores de esta zona. —Don Carlos dio fin a la anécdota con un largo trago.

—Buenos días, Salvador. —La voz de Delia sonó ligeramente falsa—. No te había visto llegar.

Salvador no alcanzó a replicar; Celinda hizo su entrada. Recién venía de levantarse, sin duda, pues saludó a los circunstantes con una económica sonrisa. Apenas reparó en Felipe, quien, a su vez, le dirigió una distraída ojeada.

(Intimidades del lecho. Tan compuestos ahora. Tan separados. Tan en sus papeles de gente de mundo. Y anoche... ¡Qué hipócritas son las mujeres! ¿Quién pensaría al verla así, vestida a la última moda, con sus cansados modales de mujer bien educada, que anoche, desvestida a la usanza antigua, era una vulgar mujerzuela, que se revolcaba con este otro? ¿O también harán esas cosas con finura, con refinamiento, como corresponde a su alcurnia? ¡Yegua asquerosa! Cómo me gustaría escupirle todo cuanto sé en su cara. Hacerla ponerse pálida, enrojecer de vergüenza...)

Celinda llevaba un vestido de lana, ceñido, como la mayoría de sus tenidas. El color rosa de aquél armonizaba con su tez blanca, un tanto pálida. Se sentó frente al fuego, y se quedó con la vista clavada en las

llamas, adoptando su acostumbrada actitud de ausencia.

Salvador no le despegaba los ojos. También escudriñaba a Felipe, el cual, sereno, fumaba uno de sus aromáticos cigarrillos.

(No se miran. ¿Para qué? Se conocen en forma tan íntima. Este petulante engréido debe hacerlo todo con premeditación. Ya lo veo acomodando a Celinda en su cama, dándole precisas instrucciones con ese tono meloso que adopta cuando les habla a las mujeres. ¡Todo por receta! Según los cánones establecidos en el *Kamasutra*.)

Celinda volvióse distraída hacia Felipe. Brillaron los ojos de la muchacha. Una casi imperceptible sonrisa apareció en sus labios. Tembló Salvador. Sintió una infinita amargura, mezcla de piedad y furor consigo mismo, y, en especial, de odio contra los demás. Celinda con Dmitri y Felipe; el rancho abandonado; las sigilosas escapadas nocturnas de la muchacha; las confidencias de Ronaldo; todo ello hervía en su mente como una mezcolanza de imágenes sucias, impregnadas de una atmósfera oleaginosa, corrosiva. Esos estados que sólo se pueden sortear lanzando un prolongado aullido. Aullido que uno se sabe incapaz de dar.

De súbito, sin que mediaran motivos, una duda le asaltó. Todas aquellas ideas que se debatían oscuras, sin asidero racional, se materializaron en un vago temor, el cual, lentamente, perfilóse, a medida que tomaba conciencia de sus causas. Los dos crímenes: he ahí algo que había omitido valorizar. Dos hombres fueron asesinados sin haber sido posible hasta la fecha capturar a los asesinos. Uno de los muertos, Pedro, el campesino que tan enterado estaba de lo ocurrido en El Guindo. De pronto columbró que los crímenes modificaban la trama, le daban una nueva faceta: el peligro. Hasta entonces consideróse un mero

espectador, mejor dicho, un auditor de los sucesos. Pero ahora, después de las confesiones de Ronaldo, su posición variaba. Conocía determinados aspectos de la historia ignorados por la mayoría. En cierto modo habíase convertido en un protagonista. Dos asesinatos. Únicamente al tomar conciencia de su nueva situación los crímenes abatiéronse sobre su espíritu como una sombría amenaza. Todo lo demás estaba bien: la caída del cohete, la llegada de Dmitri, su posterior deserción y regreso; su encuentro con Celinda, la complicidad de Ronaldo y Pedro en el asunto, pero no las muertes. Y una de las víctimas era Pedro, que estaba en posesión de comprometedores secretos. ¿Habría sido eso lo que lo condujo a su trágico fin? Nebulosamente esbozábase un motivo para su desaparición: el saber demasiado. Ciertamente que también Ronaldo sabía parte de la verdad y vivía. Pero cuanto conocía era poco en comparación del leñador. ¿Y qué había pasado con Dmitri?

(Perfectamente el autor del crimen pudo ser Dmitri. Claro que eso pasó hace bastante tiempo. El ruso se hizo humo. ¿Sabrá Celinda dónde se encuentra?)

—¿En qué piensas, Salvador? —La voz de Celinda interrumpió sus meditaciones. La pregunta la formuló con ternura, con una extraña suavidad.

—En todas esas historias. . .

—Son fascinantes, ¿no? —acotó Felipe, con rapidez—. Vale la pena probar.

—A Felipe le gusta probar —comentó Celinda, con voz incolora.

Felipe rió cínicamente.

(Con dinero todo se puede probar. Hasta Celinda. ¿Le habrá parecido bien al distinguido Felipe? ¿Lo habrá dejado satisfecho? Delia se muere por ser probada también. ¡Y anoche la pobre se quedó sola! ¿O ha-

brá ido con Celinda a visitar a Felipe? ¡Son tan buenas amigas!)

A través de los ventanales un manto de oscuros vapores atajaba el sol. Chisporroteó el fuego en la chimenea. Celinda emitió un apagado suspiro.

(Es la única que nada teme. ¡Cuántos recuerdos debe traerle este lugar! Imposible deshacerse de ellos así no más. ¿Serán razones sentimentales las que la impulsan a volver? ¿O habrá otras causas de por medio? Más lógico que le hubiese tomado aversión a El Guindo. Mentalidad morbosa. Goza al recordar que ella, que finge una total indiferencia por los misterios de la región, fue la protagonista. ¡Qué imbéciles debe encontrarlos a todos! Si quisiera los dejaría con la boca abierta, al igual que cuando rebatió a Juan sobre las órbitas de los Sputniks. Claro que Felipe... ¿Lo sabrá todo este petimetre? En la cama son pocas las cosas que se ocultan.)

Celinda se retiró a su dormitorio para la siesta. La imitó Felipe. Juan y Delia se quedaron en la sala de estar a oír música.

(Poco disimulan Celinda y Felipe el agotamiento de anoche. Tienen que prepararse para la próxima jornada. Juan y Delia también quieren aprovechar el tiempo. Ella siempre ha estado dispuesta a complacer a Juan. ¿Habría sacado partido de esas facilidades mi amigo?)

Sin que la pareja se percatara de sus pasos, dirigióse al corredor, situado detrás de la casa, donde se dominaba la falda de un cerro desprovisto casi de vegetación. Encontróse con Ronaldo, que salía de su pieza, sita al lado de los garajes.

—¿No duerme la siesta, señor?

—No. A propósito, ¿sería posible que me llevase

a El Guindo? (Algo puedo adelantar recorriendo el pueblo. Si he de ir esta noche, es preferible conocer el campo primero.)

La salida de autos estaba al lado opuesto de los recibos, de tal modo que desde éstos no era posible ver un vehículo salir del garaje; torcía luego a la derecha y corría por detrás de un muro hasta desembocar en el camino. Doblando al sur, la antigua huella iba a morir en la ruta costera, a cinco kilómetros de allí.

Conforme a lo previsto, Salvador se dirigía al villorrio. El perro, en cumplimiento de las órdenes del Oculito, había dejado la evidencia al desnudo.

De día el aspecto de El Guindo era tan opresivo y desolado como de noche. La luz que se filtraba a través de la capa de nubes le daba una melancólica fisonomía. Los siete ranchos, alineados a lo largo de un angosto sendero, con sus puertas desquiciadas, agrietadas sus techumbres y paredes; la villa se alzaba en el vértice formado por la conjunción de dos quebradas: la del sur, por cuyo fondo corría un arroyuelo que proveía de agua a la población; la otra quedaba detrás de la fila de construcciones; más allá de ésta los cerros perdían altura hasta que, a unos tres kilómetros al norte, volvían a erguirse, al igual que por el oeste. Tras estos últimos el mar, explicó Ronaldo, a menos de doce kilómetros en línea recta.

Dejaron el *jeep* a la entrada del pueblo, en el corto tramo de acceso, bordeado en ambos márgenes por árboles de regular corpulencia. Para el sur la floresta raleaba, pero volvía a tupirse cuando el cerro se con-

vertía en la ladera de la otra barranca. Un grupo de eucaliptos, en el otro extremo del villorrio.

—Aquí estuvo don Carlos la noche que le penaron. —Era el segundo rancho, separado del primero por una veintena de metros, donde las hierbas crecían hasta llegar a las rodillas. Después el precipicio: la vista, luego de atravesar el vacío, tropezaba con los faldeos de un cerro árido, salpicado de romeros.

Salvador se abrió camino entre el pasto hasta llegar al borde. Junto a los muros posteriores de las casas espesábase la maleza formando a veces verdaderas marañas. Los tres primeros ranchos estaban en la linde misma de la pendiente; los demás dejaban un hueco más amplio tras ellos, el cual se ensanchaba en las dos últimas construcciones hasta formar un rellano con pasto, en cuyo centro alzábanse los eucaliptos.

Deprimía el abandono del poblacho. Ronaldo, aún en el camino, había enmudecido; no se decidió a seguir a Salvador. Observó éste la pared descascarada, perforada por tres ventanucos, de la casa donde estuviera don Carlos. A un metro de ella comenzaba el despeñadero, con abundancia de matorrales. Al principio Salvador, abstraído en melancólicos pensamientos, lo confundió con una raíz. Un perro sin duda había escarbado al lado de la muralla, dejándola al descubierto. Hallábase a ras de tierra, apenas hundida unos centímetros. Su peculiar uniformidad —el color marrón la asimilaba al suelo— atrajo de pronto su atención. Avanzó pegado al muro y se agachó. No era un raigón: por ambos extremos el hilo desaparecía en la tierra; evidentemente, tratábase de un cable eléctrico.

—RONALDO. Venga.

Cogió el conducto y lo tiró: rajóse la tierra, quedando al desnudo como un metro de aquél.

—¿Había instalación de luz eléctrica en El Guindo?

—No, señor. ¿Qué ha encontrado usted?

El criado se quedó atónito. Siguió Salvador hablando, poseído por una extraordinaria agitación. Surgía el alambre; corría a lo largo del muro y se prolongaba bajo el suelo hacia la primera casa.

—¿Tenían radios?

—No, señor. Nada eléctrico.

Hacia el este el filamento se hundía a menos de un metro de Salvador, directamente bajo la ventanilla central.

—Ronaldo —dijo Salvador, nervioso—. Hay que excavar. Traiga algo, un palo o una piedra con filo. ¡Apúrese!

Un trozo de zuncho enmohecido hizo de llana; pronto apareció a poca profundidad una caja donde se introducía el cable, al lado de otro surgido de aquélla, y que continuaba bajo tierra en dirección a la tercera cabaña. El arca colocada en posición perpendicular al cimiento. Arrimado a éste, en el extremo del receptáculo, una prominencia metálica de donde emergían dos tubos curvos que penetraban en el ta-

bique, siempre bajo el suelo. Quiso Salvador levantar el aparato, el cual se hallaba enfundado en una tela plástica: la resistencia opuesta a su esfuerzo reveló la existencia de algo más; siguió ahondando el agujero hasta dejar a la vista un balón metálico, del tamaño de una botella común. Obedeciendo a una corazonada, Salvador abandonó sus intenciones de extraer el equipo. Lentamente comenzaba a desentrañar el misterio. Experimentó una angustiosa opresión y un pavor inexplicable.

—Tenemos que ver dónde van a dar estos tubos —dijo, señalando los cilindros ganchudos—. Vamos a la casa.

A pesar de que la pieza estaba vacía les costó dar con ellos. Disimulados al nivel del piso de ladrillos, bajo un rústico guardapolvo, hicieron visibles dos orificios minúsculos, uno de ellos obturado por una fina rejilla. A la luz de los fósforos encendidos por Ronaldo, Salvador coligió, sin ser un técnico en la materia, que estaba frente a un micrófono y una válvula de escape.

(El gas del terror Juan acertó sin querer lo que está afuera es un balón de esa substancia conectado a un equipo de radio los ruidos de ultratumba los transmitían por ese parlante quizás también escuchaban lo que pasaba en las casas elegían el momento preciso para empezar la farsa quién habrá hecho esto.)

Prosiguieron la investigación, cada vez con mayor prisa. Ronaldo, callado, miraba constantemente a su alrededor, exteriorizando un mal reprimido terror. Tampoco Salvador se desentendía del peligro que encerraba el hallazgo. No obstante, fascinado, seguía registrando los tugurios: en los cinco primeros, en el mismo sitio, existían los agujeros. No excavaban afuera; se limitaban a revisar las groseras molduras. En los dos últimos nada encontraron.

—Aquí vivía el finado Pedro. En la otra, las hermanas Ulloa, viejas y sordas. Ellas nunca oyeron nada.

Detrás de la quinta casa el cable alejándose en dirección a los eucaliptos. Se desviaba antes de llegar a ellos, y desaparecía debajo de un viejo y frondoso boldo, que crecía solitario a la orilla misma de la pendiente. Metiéndose entre sus perennes hojas, Salvador halló el alambre, ahora pegado al tronco, disimulado con su color, que iba a rematar en una antena, escondida en el follaje.

(El único capaz de hacer esta instalación, porque conocía a la gente, y con seguridad de noche o cuando los hombres salían a leñar y las mujeres a lavar, fue Pedro. ¿De dónde obtuvo los equipos? ¡Dmitri! El le proporcionó el material. Quería alejar a la gente, para que le dejaran el campo libre...)

Se desató una llovizna. Alejóse del boldo, mirando con atención hacia todos lados, temiendo a cada paso que alguien lo estuviese acechando detrás de las casas, o desde la vecina espesura.

(¿De dónde obtuvo ese material Dmitri? ¿Lo traería él?)

Los eucaliptos a su derecha balanceaban sus ramas en la altura, a impulsos de una brisa. El suelo, recubierto de hierbas y hojarasca, con cápsulas de eucaliptos esparcidas en abundancia. Salvador llegó al primer árbol —un tronco alto y liso—, y observó su follaje escaso y elevado. Entre las ramas distinguíase un objeto. Agudizó la vista. Antes de identificar qué era vio, al pasar, unas hendeduritas aún frescas en la corteza del gigante: la savia fulgía débil en las heridas. Las marcas se sucedían hacia arriba de trecho en trecho, hasta hacerse invisibles por la distancia. Examinó las ramas: habían instalado, quizás recientemente, una caja oblonga unida a un objeto semiesférico,

semejante a un reflector o algo similar. Rápido, Salvador buscó huellas a sus pies. En la tierra barrosa —en aquellas partes donde los detritos vegetales escaseaban—, una serie de pisadas de reciente data —de la noche anterior probablemente— iban del árbol hacia el sur; pasaban al lado de la última casa, y luego de cruzar el camino, perdíanse bajo la fosca de enfrente. Salvador se detuvo frente a la primera línea de árboles: los rastros dirigíanse a la quebrada, eludiendo así el camino que iba a rematar a ella, con el evidente propósito de escamotearlos de la vista de algún incidental visitante del pueblo.

(Esto lo hicieron hace pocas horas todavía alguien merodea por aquí serán los mismos que montaron los equipos del terror significaría que aún los utilizan qué será lo que hay en las ramas me he metido en un lío tal vez me han visto trajinar.)

Los contornos quietos. En breves instantes llegó al *jeep*. Ronaldo, desasosegado, estaba al volante; se había encerrado en un mutismo, temeroso quizás de que alguien los oyera hablar. El lejano fragor del mar removió el excitado cerebro de Salvador.

(¡Qué estúpido! ¡El mar! A menos de doce kilómetros. Se han visto últimamente submarinos frente a estas costas.)

—¿Es difícil llegar al mar a través de esos cerros?

—Es muy sencillo, señor. Cuando joven venía a veces a conejear; en varias ocasiones recorrí estos montes, y llegué hasta la misma playa.

—¿Hay algún balneario frente a El Guindo?

—Nadie vive por ahí. Esas playas no sirven para bañarse; son muy desabrigadas. Más al norte hay una población de pescadores.

El *jeep* presto para partir.

—Espérese, Ronaldo. Debemos esconder lo que descubrimos. Venga. No conviene que nadie se entere

de esto, por ahora. ¿Entiende? Ni una palabra a nadie sin mi autorización. Sería peligroso.

—No se preocupe, señor. Aunque no entiendo nada. ¿Para qué sirven esas cosas?

Mientras cubrían con tierra el equipo y el cable desenterrados, tratando de dejarlo todo como antes, Salvador dedujo que ambas instalaciones —la de los eucaliptos y la de las casas— fueron hechas en épocas distintas, a juzgar por las apariencias. Las segundas, sin duda más antiguas, tuvieron que montarse cuando aún los pobladores ocupaban sus casas, por razones obvias.

(Se pone peligroso. He descubierto demasiado. Todo debe seguir en uso. ¡Imposible que se hubiesen olvidado de sacarlos si no sirven! Son testimonios muy comprometedores. Se habría armado un escándalo. Dmitri no desertó: volvió en comisión de servicio. ¡Claro! Por eso utilizó todos estos subterfugios.)

El raciocinio del Elegido, si bien no le permitiría arribar a la verdad, le serviría para obtener valiosas conclusiones. Quedaría preparado para la revelación.

El pueblo quedó atrás, oculto por los árboles y un velo de agua, débilmente ondulado por el viento. Pronto se traspuso a la vuelta de unos lomajes.

(Veamos: cae el Luna VII. Ese es el nudo de la trama. Llegan los rusos a rescatarlo. Registran todo, ayudados por militares y helicópteros chilenos. Cuando se retiran están convencidos de que nada de importancia dejan atrás. No se habrían marchado de haber tenido la duda de que alguna pieza vital del cohete, o cualquiera otra cosa así, hubiese escapado a su búsqueda. ¿Por qué volvió Dmitri, entonces? ¿Por

qué esas instalaciones? Porque los rusos, que yo sepa, nunca regresaron a buscar nada. El gobierno chileno habría concedido cualquier permiso a los rusos para proseguir el registro de El Guindo. Pero no volvieron. Pedro... ¡Pedro! Es el hombre.)

La cellisca manteníase sin recrudescer: los montes a lo lejos, difuminados tras la cortina acuosa. La carretera, con el lomo central y los surcos laterales, con pozas de agua en la roja greda, hacía corcovar al *jeep*. Ronaldo conducía con mayor velocidad que de costumbre: quería alejarse pronto de aquellos contornos.

(Era el que estaba más próximo al lugar de la caída. Contó una historia extraña. Que había escuchado unos rumores. Mentira. Llegó hasta el Luna VII. Un muchacho que poseía cierta cultura. Leía mucho. Encontró el cohete. Sustrajo algo. ¡Esa es la explicación! Alguna pieza vital, cuya desaparición los técnicos la atribuyeron al viaje, durante la travesía o en la misma Luna. Acertó por casualidad. Es imposible que poseyera los suficientes conocimientos balísticos. La ocultó, simplemente. Pero se lo dijo a Dmitri.)

Pidió a Ronaldo que le relatara todo cuanto sabía sobre la actuación de Pedro durante el choque del Luna VII. El hombre no añadió novedades a lo dicho por don Carlos. El infortunado leñador no se aproximó en ningún momento al cohete antes de la llegada de los extranjeros.

(Es poco plausible mi hipótesis. ¿Por una simple pieza venir a esconderse aquí, armar toda la faramalla, y cometer además los asesinatos? O si Pedro quería compartir las utilidades que produjese su hallazgo... ¡Dmitri mató a Pedro! El es el asesino. Y a Diego. Dmitri encontró lo que vino a buscar. Después desapareció. Pero ¿qué vino a buscar? ¿Por qué su sigiloso proceder?)

Allí sus interrogantes se estrellaban vanamente.

(En todo caso el equipo tuvieron que proporcionárselo a Dmitri cuando estaba aquí. Es demasiado voluminoso para que lo hubiese traído consigo. Imposible que haya sido tan precavido. Esos aparatos debieron ser fabricados especialmente para este caso. Un balón con gas del terror conectado a una radio, un minúsculo parlante y un micrófono. Dmitri estaba en condiciones de oír lo que ocurría en las casas, y empezar la farsa en el momento oportuno. Apretaba un botón y el gas invadía el rancho, paralizando a sus ocupantes y sumiéndolos en un inaudito terror. ¿Y el olor a barro? Eso contribuyó a aumentar el espanto de esta supersticiosa gente. Otro botón y del parlante salían horripilantes ruidos. ¡Qué lástima que a nadie se le hubiese ocurrido quedarse afuera! No habría sufrido los efectos del gas ni oído escalofriantes sonidos. Pero ¿quién se iba a atrever? Menos con la lluvia.)

El *jeep* ascendía la última cuesta. La garúa hacíase más y más tenue, hasta dar la apariencia de una neblina.

(¿Por qué los equipos están todavía en sus sitios? ¿Y eso que hay en los eucaliptos? Pensar que iba a ir esta noche. No iré. Les va a parecer raro. No importa. Que me tomen por cobarde si quieren. ¿O les contaré lo que descubrí?)

Ronaldo disminuía la velocidad, obligado a ello por la escarpada subida.

(¡No debo hablar! Todavía rondan por aquí tal vez Dmitri aún vive quizá Celinda lo sabe. ¡Diablos! ¿Por qué vinimos para acá? A lo mejor existe una con-fabulación sé demasiado nada ganaría con contar ahora lo que hallé las embajadas se encargarían de echarle tierra al asunto la situación internacional es delicada serían capaces de hacerme asesinar tal vez el misterio de los dos crímenes es intencional bien capaces que

son de silenciar esas muertes si hay una gran potencia de por medio y Celinda debe seguir metida en el lío. Quizá la utilizan como instrumento. ¿Y Felipe? ¿Por qué sus deseos de pasar la noche en El Guindo? ¿Por simple curiosidad? Es amante de Celinda. ¡Debe estar en el secreto! Eso es esta noche va a pasar algo esos equipos se hallan en buen estado por qué me habré metido a hacer averiguaciones. ¿Y si este idiota también está en la tramoya?)

Escrutó a Ronaldo. Su inocente apariencia desdeñaba cualquiera suspicacia que se alentase en su contra.

(Puede estar fingiendo. Todos estos campesinos son tontos pillos. ¡Quiere tanto a Celinda! Tal vez le ha contado todo. No. Es demasiado. Una indiscreción así, que llegase a oídos de Celinda, sería peligrosísima. ¿Desconfiarán de mí? ¿De estas salidas? Celinda me encuentra idiota. No creo que se le haya ocurrido pensar que he sido capaz de averiguar tanto. Aunque... ¡Dios Santo! Alguien pudo verme en El Guindo u oírme por los micrófonos estoy perdido nadie me ayudará qué idiota he sido al venir aquí sólo por estar cerca de Celinda y esa putilla acostándose con Felipe y con Dmitri quizás con cuántos más tengo que huir a lo mejor convenzo a Ronaldo.)

Fue a hablar, pero iban llegando a las casas. En el corredor estaba Juan, recorriéndolo de un extremo al otro. Se paró al ver el *jeep*.

—HAS PASEADO bastante, Salvador —díjole Juan, sonriendo—. ¿Te ha gustado la zona?

Si Juan sospechaba algo sabía disimularlo; pero lo conocía lo suficiente como para saberlo incapaz de dobleces. Al enfrentarse de nuevo con el joven estudiante, y recordar su amistad, recuperó la calma.

—Oye, Juan —preguntó, antes de que aquél insistiera en sus interrogantes—. El gas del terror que nombraste anoche, ¿tiene algún olor?

—Que yo sepa es inodoro. —Ambos jóvenes pasaron a la sala de estar, que se hallaba vacía. Sobre un sillón un libro de física nuclear abierto, con sus páginas llenas de cifras y diagramas—. Comprenderás que así surte mejor sus efectos. Cualquier aroma pondría en guardia al enemigo. ¿Por qué lo preguntas?

(Y qué importaría si lo pusiese en guardia)

—Imagino que es fulminante. De actuar sobre los centros nerviosos, poco ganarían las víctimas con enterarse de que se trata de un gas. Es de suponer que anula la facultad de raciocinar, ¿no?

—Sí; tienes razón. En todo caso, tengo entendido que es inodoro.

(El olor lo adicionaron, entonces. Olor a barro... ¡Los niños! Vieron un barro que se movía que giraba que producía un fuerte hedor a cieno todo se relaciona los niños dijeron la verdad cuando eso ocurrió to-

davía no comenzaban los misterios de El Guindo y Diego también sintió ese olor.)

—¿Qué te pasa? Estás pálido. ¿Te sientes mal?

—No. . . Nada. Una especie de mareo.

—Tal vez las caminatas por la humedad te van a provocar un resfrío. Cuídate. Este clima es traicionero.

Celinda estaba preocupada. Salvador la sorprendió que lo observaba con disimulo. En su rostro, por lo general expresivo —abundante en sonrisas, guiños y un sinfín de visajes—, notábase una contenida angustia.

Obscurecía rápido: antes de ser corridas las cortinas por Ronaldo, Salvador contempló la cerrazón, preludio del aguacero que se avecinaba.

—¿Listos para esta noche? —La pregunta de Felipe pilló desprevenido a Salvador: en esos instantes conversaba con don Carlos.

Miró a Felipe, cuyos espejuelos lanzaban débiles destellos, confiriendo a su rostro una singular expresión risueña.

—Este. . . , en realidad, no voy a poder ir —tartamudeó el aludido. Sintió que los demás clavaban los ojos en él. Mantuvo la calma, haciendo acopio de todas sus energías. Pensó que del siguiente diálogo dependía tal vez su propia vida—. Me siento un poco decaído.

Encaró a Felipe con la mayor naturalidad que sus menguados ánimos le permitieron.

—¿Te arrepentiste? —Las palabras de Felipe reflejaron un contenido desdén.

—Quizás el pobre tiene miedo —apuntó de súbito Celinda, suave, sin separar la vista del fuego.

—Sí; tengo miedo, ¿y qué? —La observación de

la muchacha, simultáneamente con provocarle una inusitada ira, le devolvió el valor—. Me basta con lo que me contó don Carlos. ¿Para qué voy a hacer la prueba yo también? ¿Por curiosidad? Además no me siento bien. Creo que me voy a constipar.

—Son innecesarias sus disculpas, Salvador —intervino don Carlos—. Le encuentro la razón. Si éstos no creen mis experiencias, que vayan a probar. Ya están advertidos.

Remató la frase con una reprobadora mirada a Celinda, la cual se mordió los labios, intranquila.

—Me consta que Salvador se sentía mal denantes —certificó Juan—. Mejor es que te acuestes temprano, viejo.

Bruscamente Celinda cambió de proceder. Enfrentando a Salvador con una lánguida expresión, se llevó una mano a la nuca, gesto que la hizo proyectar el busto.

—Salvador me conoce —dijo con lentitud—. Sabe que acostumbro a decir pesadeces. ¿No es así, amor? Pero usted me las perdona, ¿no?

Su tono de súplica, mitad tierno mitad risueño, lo desarmó, obligándolo a sonreír. Desde ese instante Celinda le dedicó toda su atención, actitud prestamente imitada por Delia, quien se aproximó a ellos e intervino en la charla, desplegando una gracia que Salvador no le conocía.

(Traman algo. Delia adivina las intenciones de Celinda, y de inmediato le hace el juego. Todo lo produjo mi decisión de no ir a El Guindo. ¿Le interesaría a Celinda que fuese? ¿Qué hago? ¿Advierto a Juan? No ganaría nada. Si existe alguna conspiración, es tarde para desbaratarla. Cualquiera cosa que yo dijera la utilizarían en mi contra. La familia de Celinda es influyente, y más la de Felipe. Y los intereses que hay de

por medio: me borrarían, simplemente. A Chile no le conviene malquistarse con nadie.)

—¿Sabes, Delia? Voy a cambiarme vestido. Nunca me ha gustado el color rosa. Quiero ponerme algo más sugerente, más a tono con la ocasión. Porque esta noche promete ser muy especial.

Le hizo un largo guiño a Salvador, al mismo tiempo que descubría sus rodillas con un estratégico ademán.

—Vamos, Delia. Acompáñame. Quiero verte de rojo. ¡Supieras cómo te sienta ese color!

Celinda abandonó el salón. Desde el vano, que daba acceso al corredor de los dormitorios, lanzó una sonrisa a Salvador por encima del hombro. Lo mismo hizo Delia.

¿Existe algo que haya sido creado perfecto? A todos les falta alguna cosa, y más a los como él, que, por remotas decisiones, estaban condenados a vagar en la noche. No le estaba permitido actuar directamente: todos sus actos debía realizarlos valiéndose de mil subterfugios. Por grosera que fuese la psicología humana, llevaba en sí el soplo divino, mediante el cual preservábase de mil acechanzas, intuyéndolas o descubriéndolas a través de complejos raciocinios.

El mundo del hombre atravesaba por una etapa de intensa mutación. Nadie confiaba en el mañana; los humanos, en su afán de perfección, ignoraban si la ansiada meta sería algún día alcanzada, o si, por el contrario, sus propias ambiciones los arrastrarían a la destrucción.

La suerte lo favorecía. La caprichosa mente de Ella, que siempre le había resultado complicada, comenzaba a colaborar.

Una inusitada atmósfera de fiesta. Abundaba el trago, servido por Ronaldo, bien puesto en su papel de mozo eficiente y atento. La música —una trompeta que lanzaba largas y sostenidas notas, con acompañamiento de violines— llenaba la sala, iluminada con focos indirectos, apenas suficientes para distinguir los rostros, quedando los más lejanos en la penumbra. Don Carlos, para no interferir con su presencia a la juventud, retiróse al escritorio. Afuera el diluvio había recommenzado, y su distante tableteo sólo cobraba bríos en los cortos intervalos que mediaban entre una melodía y la siguiente.

(Todo es excitante esta noche. Hasta la lluvia. Celinda sabe disponer las cosas para crear los ambientes precisos. ¡Y el vestido que se puso! Ni que anduviese desnuda. Pero Delia se la ganó: los pechos casi se le salen. ¡Cómo la mira Juan!)

—¡Qué bien está Delia! —susurró a su lado Felipe. El joven millonario, con una copa en la mano, examinaba a la muchacha con aire crítico. Si en ese instante la deseaba, sabía ocultarlo tras su austera faz.

Se aproximó Celinda. Juan hablaba con Delia en voz baja, junto a la radio: la rubia joven sonreía continuamente a Salvador.

—¿Bailemos, Felipe? —Celinda dedicó a Salvador su mejor sonrisa—. No te quedes ahí parado, Salvador, con esa facha de aburrido. Saca a bailar a Delia antes de que se la acapare Juan. ¿Que tenga que decirte todo? Es la mujer más encantadora que existe.

Celinda, en medio del baile, le dijo unas rápidas palabras a Delia, la cual hizo un gesto afirmativo, riendo por lo bajo, al mismo tiempo que lo miraba a él y a Juan, alternativamente. De pronto se dirigió a Salvador, después de musitar una breve frase al oído del estudiante.

—En vista de que no te decides, te sacaré yo a bailar —le dijo en un tono quedo.

Estaba tan próxima que el muchacho, al bajar la vista, se encontró con sus hombros a menos de un palmo. Un enervante perfume —esencias y carne joven— penetró en su organismo. A los primeros pasos la muchacha juntó su mejilla con la suya, uniendo su cuerpo al de Salvador de tal manera que lo obligó a bailar con extrema lentitud para no tropezar y perder el equilibrio.

(Tal vez la he juzgado mal. Hay mujeres que no saben conversar. Sólo se dan a conocer en situaciones así. No como Celinda, que todo lo dice con gestos y frases sueltas.)

—¿Cómo lo has pasado? —Pensó que debía decir algo.

—Bien, ¿y tú?

—Más o menos. (Qué falta de ingenio. Soy un burro. Pero no se me ocurre nada.)

—Eres un hombre extraño. No hables si quieres. (¿Lo dirá en serio? Después de todo, ¿por qué tendría que chorrear gracia?)

—Tú sí que eres extraña.

—Me hago más de lo que soy. Me gusta poco hablar. ¿Ves? Se dicen tantas tonteras, y raras veces se llega a algo.

—De alguna manera tiene uno que darse a conocer, ¿no? (Eso estuvo mejor. La voz me salió más firme, más segura.)

—Las mujeres conocemos a los hombres sin que ellos hablen. Yo, al menos. Simplemente, los observo. Lo que hacen me dice más que todo cuanto digan. ¡Son tan falsos! —Rió al decir esto.

—Conmigo te notaba reticente, como si me tuvieses antipatía. Pensé que eras demasiado sofisticada, exageradamente orgullosa. (La franqueza ante to-

do. Aunque quizás debería adoptar un tono enigmático.)

—Mm. A veces soy así. —Suspiró—. No poseo el encanto desbordante de Celinda, que de inmediato acapara la atención de todo el mundo.

—Me parece que ella es un poco exagerada. (Celinda quería esta noche... ¿O serán ocurrencias mías? No; esos equipos son reales. ¿Se habrán puesto de acuerdo las dos para engatusarme?)

—No en ella. Todo cuanto hace y dice es inseparable de su personalidad. Es muy ella misma. Es difícil ser tan espontánea sin ser chocante. Por eso desconcierta a veces, en especial a los tipos como tú, que todo lo toman tan en serio.

—¿Crees que soy así? (Es cierto. Soy tonto grave. Mi carácter no calza con este ambiente. Delia tiene razón. Por lo menos, es sincera.)

Separóse ella un poco y lo miró a los ojos. Sus labios a escasos centímetros de los suyos. Hermosos dientes fulgían en la penumbra; lo mismo su piel, sus cabellos y sus azules ojos.

—Tu cara lo dice todo; poco es lo que ocultas.

(Me parece exagerado. ¿O seré así? ¿Se me traslucirá todo?)

—¿A qué se debe tu cambio conmigo?

Ella se estrechó más. La trompeta dio una prolongada y vibrante nota, que se desvaneció lenta en la atmósfera saturada de perfumes y humo de cigarrillos. El rostro de Delia, terso y tibio: la comisura de sus labios le rozaba la mejilla al hablar. Aquietóse su mente; rechazó los presentimientos, y se dejó aplacar por las dulces palabras de la muchacha.

—No sabría explicártelo. Es algo curioso. Creo que ocurrió cuando te negaste esta tarde a hacer ese estúpido paseo. Tenías un aspecto de desamparo, de soledad, que me conmovió. Y Celinda salió con esa

pachotada. ¡Te pusiste pálido! En ese instante habría querido decirte algo. Pero no se me ocurrió nada.

—¡Ah! Me sentía pésimo. Estaba seguro de que lo interpretarían como una cobardía.

—¿Y qué? Hay mejores maneras de pasar la noche que quedarse esperando fantasmas. Prefiero las cosas tangibles a los espíritus. Felipe, a quien le gusta todo lo novedoso y le sobra tiempo, puede darse esos lujos.

—Imagino que eso no significa que seas materialista.

—Soy materialista. Es mi defecto, pero lo reconozco. Soy franca conmigo. —Añadió en un susurro—: Me gusta vivir los momentos agradables de vivir, pero soy poco constante. Mira que soy buena contigo: te estoy dando muchos datos...

—Terminó la música, niños. —Celinda pronunció la frase con contenida jocosidad.

Salvador comprendió que seguía bailando sin otro acompañamiento que el lejano triscar de la lluvia.

—NO. NO SERIA una buena esposa. Es decir, todavía no he conocido al hombre que me convenza de que el matrimonio es bueno.

—Estás equivocada, Delia. Cualquier hombre sería feliz contigo.

—Sólo materialmente; de eso no me cabe duda.

—Eres demasiado franca.

Los muslos de la muchacha entre los suyos: cálidos y suaves, tal si la ropa se hubiese desvanecido.

—Es que no tengo prejuicios. Por eso hay hombres que no me entienden. Tú, por ejemplo, necesitas una mujer que te comprenda, que te dé un hogar, muchos hijos. Que esté atenta a tus menores caprichos. ¡Necesitas demasiado amor! Eso no te lo puedo dar.

—Te cierras tú.

—En las cosas serias, sí. En lo demás... Bueno: si me aceptan como soy, puedo hacer vivir momentos agradables. Soy apasionada, y por eso temo a los hombres como tú. No los quiero tener pegados a mis talones si llegara a ocurrir algo. ¿Ves? Por eso me cuido de darme, antes de conocer al enemigo, como dice Celinda.

El alcohol, la música, la atmósfera recargada de aromas excitantes; el cuerpo de Delia pegado al suyo; la lejana risa de Celinda, que bailaba con Felipe. ¿Y

Juan? Había desaparecido. Con seguridad hacía compañía a su tío en vista del repentino entusiasmo de Delia por Salvador. El campo estaba libre. Con cautela, aprovechando que se hallaban distantes de la otra pareja, separó un poco el rostro y enfrentó a la muchacha. Los labios de ella, rojos, ligeramente abultados. Los rozó con los suyos: la boca sedosa, fragante, no se retiró. La presionó un poco. Ella le oprimió la nuca con su mano de largos dedos. Todo desapareció alrededor; todo enmudeció. Hubo un instante de absoluta cesación. Luego renacieron la música, la risa de Celinda, el olor a tabaco y a perfume, las mesuradas frases de Felipe.

—Cuando Juan salga esta noche —musitó ella en su oído—. Olvídate de Celinda. Nada dirá. Dispondremos por lo menos de dos o tres horas, sin que nadie nos moleste. Excepto la lluvia, que en mi dormitorio no deja dormir.

La comida fue alegre para Salvador. La primera vez que disfrutaba durante aquellos días de vacaciones: por lo general, su estado de ánimo había sido depresivo y pesimista. Celinda derrochó encanto. Felipe alegre: sus intervenciones ingeniosas y prontas. Juan, como de costumbre, dispuesto a compartir la situación general. Delia, callada, daba constantes ojeadas de complicidad a Salvador.

Sólo después del café Felipe y Juan recordaron la excursión. La lluvia, que arreciaba segundo a segundo, no había enfriado sus ánimos.

—Creo que es hora de partir, Juan. ¿No te parece?

—Aún es tiempo de que se arrepientan —dijo don Carlos.

—Ya es tarde, tío; está decidido. Llevaremos pistolas, por si acaso.

—¿Para qué pistolas? —Celinda dijo aquello con estudiado descuido. Salvador, instintivamente, se puso en guardia—. No sean niños. A lo mejor se les escapa un tiro.

—Es preferible que vayan armados —puntualizó don Carlos con su acostumbrada circunspección—. Acuérdate, Celinda, de los asesinatos.

—Eso pasó hace tiempo. ¿O piensan que el criminal vive en El Guindo? ¿Que todavía anda vagando por las noches en busca de víctimas?

El indiferente tono de la muchacha produjo un estremecimiento a Salvador. Sorprendió a Delia dándole una rápida mirada a Celinda: de inmediato ésta se calló.

(Soy un idiota. Estas dos me están engañando; se han puesto de acuerdo. Esos equipos. . .)

Observó a Delia. La joven le miró provocativa. Le hizo un casi inadvertible guiño.

(No debo perder esta oportunidad. Si la calentura de Delia conmigo forma parte del plan, le sacaré partido. Esta noche tengo que aprovecharla, pase lo que pase. Tal vez no vuelva a presentármeme otra igual.)

Los jóvenes fueron a sus dormitorios; minutos después volvían convenientemente vestidos para el viaje: premunidos de impermeables, zapatos gruesos y resistentes al agua y al barro, ofrecían un pintoresco aspecto en el salón.

—Bien: deséennos suerte. Buenas noches.

Desaparecieron. A lo lejos resonó un ronquido apagado que pronto se desvaneció bajo el fragor de la tempestad. Salvador experimentó una sensación de debilidad.

—Quizá es preferible que te vayas a acostar, Sal-

vador —insinuó Celinda con un picaresco visaje, al mismo tiempo que observaba de soslayo a Delia, la cual bajó los ojos, con un atractivo gesto de turbación—. Sería tristísimo que te pescaras una gripe.

—Tómese un trago de coñac antes, Salvador —ofreció don Carlos—. Le hará amanecer como tuna. ¡Ese par de locos!... Debí oponerme.

—Nada les va a pasar, tío. Usted se preocupa demasiado. No son niñitos. —Celinda sentóse en el brazo del sillón de don Carlos y le rodeó el cuello—. A la juventud le gustan las aventuras. No todos son serios y prácticos como Salvador. Son escasas las personas responsables.

La adulación le hizo sentirse ridículo. Apuró el contenido de su copa.

—Voy a seguir el consejo de Celinda —dijo con decisión—. Buenas noches.

Delia lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Le sonrió de lejos.

Cuando salía del baño encontróse a bocajarro con Delia, que se dirigía a su dormitorio. La muchacha se llevó un dedo a la boca para indicarle silencio. De la sala de estar llegaba la alegre voz de Celinda, que conversaba con don Carlos.

Frente a la puerta de su alcoba, Delia, apoyada en el marco, contempló a Salvador, el cual estaba en bata y zapatillas. El, sintiéndose incómodo con la tenida, la cogió por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella no se resistió. La besó y acarició su cuerpo firme y duro. Delia lo dejó hacer. De pronto se separó, alejó sus manos, y le dijo en un susurro:

—Celinda viene pronto a acostarse. Ven a las doce. Me cargan los manoseos inútiles. Soy práctica, no lo olvides. Adiós.

Desapareció en el dormitorio.

El penúltimo remezón. El Elegido quedaría listo para que el Oculto le demostrase su real existencia.

Tendióse en la cama sin quitarse la bata. Así permaneció varios minutos, tratando de mantener la mente en blanco, mientras escuchaba el borbollar del chubasco que, de tarde en tarde, arremetía contra la ventana con un repiqueteo de granizo. Había apagado la luz, como si ésta pudiera por sí misma atestiguar sus proyectos.

(¿Para qué servirán esos aparatos de los eucalip-tos? Tal vez debí prevenirlos. Pero Felipe y Celinda anoche... No. Los dos tienen que estar de acuerdo. Es perder el tiempo hacer más averiguaciones sobre el pasado de Celinda. Es una puta. Inútil engañarse. Todo lo ha hecho a conciencia, por su propio gusto. Dmitri, Felipe, quizás cuántos otros. Pero debe ser glorioso acostarse con ella. Debe tener un cuerpo blanco, fino, lleno. Un cuerpo entrenado por la técnica eslava. ¡Qué hipócrita! ¿Qué cara me habrá visto? Me las pagará. Hará lo que yo quiera. No ahora ni aquí. Primero Delia. Celinda requiere de un largo entrenamiento.)

Los golpes se impusieron al chaparrón. Contuvo el aliento. Una vez más resonaron los vidrios, demostrando que lo anterior no había sido una ilusión. Un terror confuso. ¿Quién podría ser? Con cautelosos pasos aproximóse a la ventana, temeroso de una acechanza. Nerviosos y apresurados nudillos repitieron la llamada, ahora en un tono más alto. El exterior oscuro: nada posible distinguir. Contuvo un impulso de huir, reflexionando, en medio de sus recelos, que quienquiera fuese se cuidaba de mantener el sigilo, y a sabiendas de que era él, Salvador, quien ocupaba el dormitorio.

—¿Quién es? —preguntó, temblando.

Imposible que le oyesen. Golpearon de nuevo, esta vez con resolución. Existía el peligro de que alguien más en la casa oyese. Entonces surgió una luz, y un rostro que chorreaba agua, con un sombrero metido hasta las orejas, materializóse en medio de un halo: Ronaldo.

Sin vacilar, pasado el sobresalto producido por la fantasmal aparición, levantó la ventana de guillotina. Una bocanada de aire húmedo y agua le azotó la cara.

—¡Chist! No haga ruido. —El hombre apagó la linterna—. A las doce y media me voy con las señoritas a El Guindo.

—¿Con las señoritas? ¿Las dos?

—Sí, señor. Tengo miedo. Creo que don Juan corre peligro. La señorita Celinda estaba rara esta tarde. Hace poco rato me llamó. Está nerviosísima.

—Pero... ¡No puede ser! Usted debe haber entendido mal, Ronaldo. Celinda pensará ir sola.

—No, señor. Van las dos. Lo entendí muy bien.

(Todo ha sido una trampa. A las doce y media. Me citó para las doce. Tal vez pensaban atacarme...)

—¿Qué hago, señor?

Salvador vio la hora: las once cuarenta y cinco minutos de la noche.

—¿Dónde va a estar usted?

—En el garaje.

—En un rato más voy para allá. Si no me ve llegar, vuelva. O no... ¡Vaya a avisarle a don Carlos! De inmediato.

—¿Cómo voy a despertar a don Carlos, señor? Toma un remedio para dormir.

—Llame a los carabineros, entonces.

—La señorita Celinda me pillaría. A lo mejor los carabineros no me creen. Entre que se decidan a venir y llegar pasaría fácil una hora.

—Entonces vaya al pueblo de una carrera y avísele a Juan.

—¿Yo ir a El Guindo solo? ¿Se le ocurre, señor? Ni muerto. Quizá quién hay ahí ahora...

—¡Por Dios! Bueno... ¡Váyase al garaje y espéreme!

Los pasos de Ronaldo se extinguieron en la obscuridad y el temporal. Salvador, alelado, sin saber qué hacer ni qué pensar. Por último, transido de frío, bajó la ventana.

(Celinda sospechó de mí. Temió que la pillase esta noche. Y me echó a Delia para que me distrajera. Capaces son de acuchillarme en la obscuridad. Claro. Me esperan en la pieza de Delia. ¡Todo preparado! ¿Qué hago? ¡Qué estúpido, qué rematadamente estúpido he sido! Buena noche tenía por delante...)

Se decidió. Nervioso, temiendo a cada rato que ambas muchachas invadieran su habitación, procedió a vestirse. Eran las doce. A medio abotonar, portando en un atado el impermeable y otras prendas que no alcanzó a ponerse, salió por la ventana. La ruijada despejóle la arremolinada cabeza. A tientas, trompicando a cada pisada, metiendo los pies en traicioneros fosos llenos de agua, enfiló a la cochera. Temió, al llegar a la puerta, que las muchachas se le hubiesen adelantado, desconcertada Delia por su tardanza.

Ronaldo estaba afirmado en el *jeep*, con una cara de pavor que, en cualquiera otra ocasión, habría regocijado a Salvador.

—¿Hay modo de conseguirse armas, Ronaldo?

—Ni un puñal, señor.

—¡Qué le vamos a hacer! Necesitamos correr fuerte.

—¿Piensa ir a El Guindo, señor?

—Tenemos que ir, Ronaldo. Chasquearemos a esas yeguas. No se saldrán con la suya. Las dejaremos

a pie: tenemos media hora de ventaja. O sea, es posible que antes de esa hora nada ocurra en El Guindo, Rápido. No perdamos tiempo.

A regañadientes, oponiendo toda clase de dificultades, haciendo hincapié en las contingencias más inverosímiles, Ronaldo se resolvió. La coyuntura de que Juan corriese peligro fue el argumento más decisivo para darle ánimos. Estando buenos y sanos Juan y Felipe, serían cuatro. Salvador presentía que el peligro no provenía tanto de las jóvenes como de quienes hicieran las instalaciones. Gozábase interiormente ante la inminencia del fiasco de las muchachas. El solo hecho de que Delia se quedase esperándolo, alarmada frente a tan inexplicable deserción, cambiando apremurados comentarios con Celinda, agudizando el oído para percibir sus sigilosos pasos, le producía un sordo júbilo en tanto el *jeep*, bamboleándose locamente, se dirigía al abandonado villorrio.

El momento de la revelación. El Acechante estaba en pleno poder de sus facultades.

—Es preferible que nos acerquemos a pie, Ronaldo. Dejemos el *jeep* escondido en algún lugar próximo al pueblo, por las dudas. ¿No le parece?

La misma quebrada de todas las historias; en ese punto, cerca de su origen, más baja y accesible: la propia carretera la atravesaba sin grandes dificultades. Ronaldo llevó el vehículo por su fondo escabroso, salpicado de pedruscos y orillado de litres y canelos, hasta un pequeño claro. Aun en pleno día el *jeep* habría sido invisible desde el camino.

Enfundados en sus impermeables, calados los sombreros, retomaron la huella. Difícil desplazarse a

pie por el accidentado camino, cubierto de un lodo resbaloso y con múltiples pozas. Pero avanzaban con rapidez, evitando en lo posible utilizar las linternas. A medida que se distanciaban del barranco, Salvador fue acometido por una progresiva angustia. La ira, que no cejaba desde determinarse a salir en busca de Juan —en muchos aspectos colaboró a desalojar de su espíritu cualquiera otra emoción—, emprendía la retirada. ¿Quizá a causa de la lluvia que, al empapar su cara y refrescarle la cabeza, le hizo sopesar el lance? ¿O la intuición de un cercano peligro? ¿No sería tarde para socorrer a Juan? ¿Y si ya todo había sido consumado y los merodeadores, que sin duda aguardaban a las muchachas, lo cogían a él? Por cierto que nada le impedía tomar el *jeep*, regresar y, en lugar de ir a la casa de don Carlos, continuar hasta el próximo pueblo a pedir ayuda. Ronaldo lo acompañaría gozoso. Los mismos temores que lo asaltaban a él debían hostigar, en esos instantes, al supersticioso sirviente.

—Ronaldo. —Se detuvo, ya tomada una decisión. El diluvio lo atacó con un millar de picotones—. ¿Sabe?... Creo que...

—¡Escuche! —El terror impregnaba la advertencia del criado.

DEL LADO de la quebrada, impidiendo cualquiera tentativa de llegar al *jeep*, el extraño ruido se agrandó. Una especie de reptar, de arrastrarse con una repetición arrítmica pero de regular frecuencia; de resbalar por la mojada huella, o por la falda del cerro, pues de tarde en tarde percibíase un chasquido de ramas rotas, separadas violentamente por un pesado cuerpo.

—¿Qué es eso?

—¡Dios Santo! ¡El Merodeador! El mismo que escuché esa noche. ¡Nos ha oído llegar! Arranquemos.

El hombre emprendió veloz carrera. Salvador lanzóse en su seguimiento, esforzándose por mantener el equilibrio en la resbaladiza senda. Cayó y se incorporó en un acto. Detrás, sobre el ruido de la lluvia y de sus propios trancos, el terrible ruido aproximándose.

—¡Nos está alcanzando, Ronaldo!

—¡Hable despacio! Pueden oírnos de El Guindo. Salgamos del camino.

A la derecha, un paredón de empinado declive. Romero y otros arbustos coronaban su cresta. A duras penas lo escalaron, aferrándose en las ramas, varias de las cuales cedieron bajo los fugitivos. Un segundo después corrían por un angosto sendero que se extendía entre el borde del corte y el faldeo cubierto de matorrales y boscajes que allí empezaba. Los arbustos

que Ronaldo apartaba en medio de la huida flagelaban a Salvador. Magulladuras en el rostro y las manos, cuya dolorosa huella la lluvia suavizaba. ¿A dónde iban? El perseguidor ganaba terreno. Su furioso deslizarse cada vez más cercano. El Guindo, a la izquierda, oculto por la lluvia y los árboles, quedó atrás, absorbido por la noche.

Las fuerzas lo abandonaban. Una aguda punzada en el pecho. La respiración sibilante, estertórea. Sus pesados pies hundíanse en la gredosa tierra. Pegábanse a ella. Se desprendían con un ruido de gutural succión. A cada zancada más adheridos. La tierra lo reclamaba, lo invitaba a caer, a detenerse. La lluvia que empapaba su faz reemplazada por una transpiración que corría por sus mejillas, cabellos y cuello, en lace-rantes goterones mezclada con el agua. El corazón palpitaba loco, con sordos y precipitados golpes. No más. No más.

—Ronaldo... Ronaldo... Espéreme.

—Estamos cerca. Metámonos en el rancho abandonado. ¡Ya llegamos!

No arribaban jamás. Las piernas laxas, ateridas, ya insensibles. Sólo las plantas de los pies. El cuerpo, con un cósmico peso, se sentaba sobre sus extremidades, como si éstas fueran de gelatina, a punto de doblarse, de ceder, de reventar bajo una tonelada de plomo. No veía. El cerebro, una masa ardiente que desprendía rojos destellos. Y en medio de todo aquel estrépito orgánico, de la ligera resonancia del aguacero, el enemigo con su incansable reptar.

La casa, en medio de la obscuridad, salió a su encuentro. Una carrera por una larga pendiente. Troncos de árboles que se arrojaban a su paso: la carretera se alejaba a la izquierda. Un muro áspero, mojado, pero delicioso al tacto. El refugio. El descanso. Una puerta desquiciada volteando sobre los enmohecidos

goznes, con un chirrido remoto. Un suelo apisonado. Otro rechinar y el estruendo de la hoja al cerrarse.

—Encienda la linterna. Hay que asegurar la puerta.

Un haz de luz disipó las tinieblas. Nada para afianzar: los descansos de una tranca inexistente. Ronaldo quiso amarrar la hoja de tablones al cuadro con un mohoso alambre. Llegaba el otro. Su reptar abría-se camino a pocos metros del rancho.

—Arriba. —La orden de Salvador salió bronca, acezante—. Arriba. ¡En las vigas!

Un tabique divisorio, de barro sobre una urdimbre de varas, sirvió de escalera. Ronaldo se columpió el primero en los travesaños. Su mano sudorosa tiro-neó al muchacho hasta que éste, cegados los ojos con la transpiración, cabalgó en las alturas. A menos de un metro, dos o tres tablas formaban un tosco sobe-rado. Lo ganaron. Un estruendo: la puerta cayó hacia adentro, desencajada del marco ante un irresistible empuje. Junto con el ruido de la lluvia invadió la oscura habitación un fuerte olor a cieno, una penetrante vaharada a lodo fresco, que hizo cosquillear las nari-ces de los hombres. Un corto arrastrarse. El eco de un cuerpo enorme y blando que se aplastaba contra el suelo. La lluvia. Un frío mortal esparcióse en el tu-gurio, ascendiendo en bocanadas. El que acechaba, el incansable perseguidor, ahora quieto, exudaba un gé-lido aliento.

—Nos va a helar. Nos asfixiaremos con el olor a barro.

Una angosta abertura en el tejado. Sin cuidarse de meter ruido, Salvador, el más allegado a la grieta, izóse hasta ella. La cabeza, ahora descubierta —el sombrero hacía rato que volara en medio de la fuga—,

surgió a la noche y al aguacero. De un esfuerzo titánico, seguido por un crujir de la vieja techumbre, sus hombros siguieron al cráneo. Pronto estaba tendido, deshecho casi, sobre las rotas tejas, todos los músculos aletargados, desprendiendo un enervante calor que la furiosa lluvia no apagaba. Ronaldo llegó junto a él. No lo oyó. Sólo al volverse percibió, mejor dicho presintió, la silueta del mozo tendida como él.

Era necesario despojar al Elegido del miedo burdo; dejarle sólo un tolerable temor. El siguiente paso fluiría en forma natural.

El chubasco declinaba. Hubo un último violento chaparrón: en seguida decreció. Mantúvose como una mollizna. Salvador, semidesvanecido, entumecidos los músculos por el agua y el agotamiento, se enderezó. Una brisa hacía gemir los vecinos árboles. Oscuridad. Bajo ellos, separado por el techo y un breve espacio, inmóvil en el piso, el Merodeador. No había vuelto a dar señales de vida. ¿Reposaba como sus víctimas después de la violenta carrera? ¿O esperaba a que éstos abandonasen su refugio? Nada delataba su presencia. Nada sino las bocanadas de cenagoso vaho que emergían por la hendidura salvadora. Alargó Salvador la mano: una atmósfera de congelador la envolvió. El Merodeador descansaba o acechaba rodeado de un frío letal.

—¿Qué será? —aventuró, trémulo.

No respondió de inmediato Ronaldo; también escuchaba, la oreja junto a la teja.

—Otros lo han oído: Pedro, y un cazador de conejos que, en un día de lluvia, hace como un mes, lo

sintió arrastrarse en las cercanías. Pero que yo sepa, a nadie había perseguido nunca.

—Pero ¿de dónde vino? ¿Desde cuándo que se le conoce?

Hablaban en voz extremadamente baja, casi en susurros.

—Desde la caída del Luna VII. Antes jamás se había visto ni oído nada.

(Desde la caída del Luna VII. ¡Señor! No, no puede ser. Es demasiado fantástico. Aunque quizá... ¿Quién sabe? ¡Dmitri! El lo supo. A eso volvió. El Merodeador llegó en el cohete. Se escapó al destrozarse la cápsula con el choque. ¿Por qué sólo Dmitri? ¿Y los demás técnicos? ¿Es posible que nada supiesen? ¿Que en realidad haya viajado de "pavo", como decía Felipe? No. Es descabellado. Y además la Luna es un mundo muerto.)

Chilló a lo lejos una lechuza. Su penetrante graznido rasgó la noche húmeda tal un tétrico toque de queda.

(Pedro vio algo la tarde en que cayó el satélite. ¡Ahí está! Se lo contó a Dmitri. Este, con seguridad, comprendió el verdadero significado. Quizás le pidió a Pedro que guardase el secreto. No fue una pieza extraviada lo que vino a buscar. Fue algo desconocido e inesperado, algo que ni tal vez los mismos rusos previeron. Sentirse poseedor de un secreto semejante. Del cual estaba en condiciones de obtener ilimitadas ventajas.)

Al llegar a esta conclusión descubrió que su miedo se había desvanecido en gran parte. Subsistía, empero, como algo indefinible y ambiguo. Era evidente la impotencia del Merodeador para trepar hasta el tejado. ¿Qué forma tendría? La interrogante terminó por reemplazar el terror por la curiosidad. Un ser de otro mundo; un poblador de un inhóspito planeta que

de noche deslumbraba con su plateado disco, aguardaba quieto y callado, lejos de su medio, hospedado contra su voluntad en un exótico ambiente. ¿Cómo actuaba? ¿Qué le impulsaba a abandonar su madriguera, a arriesgarse en aquel adverso e ignoto lugar?

(El olor a barro. Pedro murió ahogado en barro. ¡Diego también! "Eso" los mató. Es la explicación de esas enigmáticas muertes. Hiede a barro, a cieno en descomposición.)

Movióse inquieto por el curso que tomaban sus deducciones. Una teja se rompió bajo su cuerpo. Sintió la dura arista.

(Necesito verlo. ¿Qué peligro corro? Sabe que estamos aquí. Tuvo que oírnos cuando subíamos al techo.)

Arrastróse con cautela hasta el boquete. Ronaldo levantó la cabeza, sobresaltado.

—¿Qué piensa hacer, señor? No meta ruido. Es capaz de subir.

—Ya lo habría hecho —interrumpió él—. ¿O cree que no sabe que estamos aquí?

—Señor: es algo malo. Quizá es el mismo Satanás. No lo provoque. ¿Qué otra cosa va a proceder así? Únicamente un espíritu condenado, una bestia maligna.

—Cállese, Ronaldo. Si tiene miedo aléjese. O rece. Junto a la fisura. Sin vacilar asomó el rostro. Un helado soplo, impregnado con la característica emanación. Otra corta espera. Hizo acopio de valor. La linterna presta. Sólo faltaba accionar el interruptor. Ronaldo lanzó un gemido de horror.

—¡No! —barbotó, con voz ronca—. No se lo permitiré.

Trató de cogerle un brazo. Se zafó Salvador con un tirón histérico. No encendió la luz; de abajo llegó un rumor que lo paralizó. Pasos: trancos que produ-

cían un blando eco, de pies descalzos sin duda, desplazándose lentos sobre el piso de tierra apisonada, con un cierto sigilo a pesar de su evidente pesadez. Resonaban como las pisadas en un terreno pantanoso; se adherían y desprendían con una leve succión, dirigiéndose a la salida. Un segundo después oíanse afuera. Se alejaban en dirección oeste, hacia el lado donde apareciera el Luna VII. Las sobrenaturales pisadas murieron a lo lejos.

Salvador, sin poder contenerse, movió el interruptor. Un rayo blanco hendió la obscuridad. Ronaldo se debatió vanamente, queriendo desviar la mano del muchacho. Ramas balanceadas por el viento. Una gutural exclamación. Salvador se echó para atrás. La noche borraba cualquiera expresión: sólo una máscara lívida ante los ojos de Ronaldo.

Pasaron algunos segundos antes de que Salvador reaccionara.

—No hay nadie. El rancho está vacío, Ronaldo.

En el refugio el Oculito dispúsose a descansar, siempre alertas las percepciones, que seguían vagando y vigilando los alrededores.

Cesó la garúa.

(Qué idiotez no haber encendido la linterna cuando se oían las pisadas. ¿Quién sería? Eran pasos anormales, evidentemente. Tenían una resonancia rara. Pero todo puede ser un truco. ¿Y el arrastrarse? No; nadie es capaz de producir algo así.)

—Ronaldo: ¿conoce algún hombre grande y corpulento que viva en los alrededores?

—¿Lo dice por esos trancos, señor? —balbuceó el

criado—. Es el Merodeador: a veces se arrastra; otras, camina.

Una intensa frigidez penetró a Salvador. Viose en el escenario de una pesadilla, cuyos contornos tiritaban tras una atmósfera opalescente, deshaciéndose lentos. Aún no despertaba de ella: vivía el período donde se duda de su realidad, cuando la razón pugna por demostrar la falsedad de la alucinación, y oscuras fuerzas reviven el terror.

—¿Usted cree que se fue caminando? —La voz le salió ronca y temblona.

—Sí, señor. Gracias a Dios que se fue. ¿O nos estará aguaitando desde las cercanías?

El instinto le indicaba a Salvador que el peligro se había desvanecido. Una ocurrencia irracional: ya no llovía. Aquel descubrimiento le devolvió los ánimos. Recordó una explicación dada por don Carlos la tarde anterior: "En este caso especial los hechos ocurrieron siempre durante una lluvia".

Salvador miró de nuevo. La linterna despejó de tinieblas el soberado, la pared divisoria y las esquinas de la habitación sin delatar indicios sospechosos. Desde su posición, la pieza contigua escapaba de la vista del muchacho. No obstante, tuvo la certeza de que estaba igualmente vacía. Un frío extremo y el hedor a cieno quedaban como testimonio de la presencia del acosador. Y algo más: la puerta derribada, demostración incuestionable de las potencias del reptante.

—No hay nadie, Ronaldo. ¿Quiere asomarse?

El sirviente, envalentonado por la sangre fría del joven, se asomó. Su interjección fue una réplica de la primitiva reacción de Salvador. Se persignó.

—¡Dios! Tiene que ser el diablo, señor. ¿Qué otra cosa es capaz de desvanecerse sin dejar rastros?

—¿Y la puerta botada? No, Ronaldo. Lo que sea, es de origen material. O, por lo menos, capaz de pro-

ducir efectos materiales. Por una parte, más temible, pues desconocemos sus fuerzas.

El frío y el tufo que salían por la abertura los forzaron a alejarse.

—¿Dónde estará ahora? —Volvían los terrores a poblar el supersticioso espíritu de Ronaldo.

—¡Qué sé yo! De todos modos me parece prudente esperar aquí algunos minutos. Cuando hayamos descansado un rato repetimos la carrera.

Un frío intenso substituyó a la lluvia. No el frío proveniente del rancho, el cual poseía algo de curiosamente material, sino un frío que descendía del espacio, envolviéndolo todo con un helado manto.

(¿Para dónde se dirigía esta noche? Nosotros lo desviamos de su camino. ¡A El Guindo! ¡Iba al pueblo abandonado! El olor a barro existe. No es una propiedad del gas del terror. Los que fraguaron la añagaza se basaron en la realidad. O sea, ellos han tenido que estudiar, por lo menos oler, a este engendro. Se dirigía a El Guindo. Juan y Felipe estaban solos. Habrían sido sorprendidos. ¡Qué horror! ¿Cómo es posible que Celinda...? ¿O ella creerá que es inofensivo? Los dos asesinatos... ¿Será capaz Celinda, a sabiendas de que un monstruo ha asesinado a dos hombres, de arriesgar la vida de su hermano? Sin duda lo es. Nadie sabe hasta qué punto la tienen cogida. La han amenazado. ¿O los crímenes no los cometió "eso"? Bien pudieron ser Dmitri y sus secuaces los asesinos, para eliminar testigos peligrosos. Pero ¿por qué nos persiguió?)

El frío hacía intolerable: la humedad que fluía de la tierra agravaba la situación.

(Por poco nos pilla. ¿Qué nos habría hecho? Ronaldo tiene razón: hay algo maligno en "eso". Y nosotros, sin quererlo, desbaratamos la trampa que les

tendieron a Juan y Felipe. Tal vez les salvamos la vida. Defraudamos a Celinda por partida doble. ¡Merecido lo tiene esa putilla! Ya que tan bien se desempeña en la cama, ya que tanto partido le saca a su cuerpo acostándose con medio mundo, algo que le falle. ¡No todo ha de ser darse gusto y provocar al prójimo! Lo que la cabeza no puede, no lo solucionan las nalgas.)

Miró el reloj: al alzar el brazo comprendió lo yerto que estaba. Las dos de la madrugada. Hacía dos horas que habían partido de la casa.

—Ronaldo —cuchicheó—, va a ser necesario aventurarse. ¿A qué distancia queda El Guindo?

—A un kilómetro. Pero hay que subir, al revés de cuando veníamos.

—Hay árboles, ¿verdad? En caso de apuro nos encaramamos en uno.

—Sí; a cosa de cuatro cuabras hay un maitén grande.

—Vamos, entonces.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ANTES DE SALTAR Salvador revisó la habitación. El olor a barro y el frío decrecían.

Apagó la linterna, y, haciendo el menor ruido posible, allegóse al canto del alero. La pared medía allí menos de dos metros: empotrábase la cabaña hasta la mitad en un socavón abierto en la ladera. Sus pies, al golpear el suelo, produjeron un verdadero estruendo. Emprendió veloz carrera. En cinco segundos saltaban al camino. Encendieron las linternas; en tres minutos llegaron al maitén. Antes de trepar escucharon: hasta la brisa habíase desvanecido.

—Es preferible seguir. Apaguemos la luz. Nos acercaremos a El Guindo por detrás de los árboles. Mantenga la boca cerrada.

Por el lado del solitario rancho (ocupado durante un mes por Dmitri, y que le sirviera de campo de batalla para sus lides amorias con Celinda) no se oía ni el más mínimo rumor.

Flotaba un silencio frío y húmedo. Las tinieblas no dejaban ver ni los propios zapatos. A menos de una cuadra de El Guindo, Salvador y Ronaldo salieron del camino y, trepando a un farallón bajo, que marginaba la ruta por la derecha, reanudaron la marcha por un terreno disparejo, donde menudeaban los setos y uno

que otro árbol aislado. De repente Ronaldo, que abría el camino, se detuvo en seco.

—¿Oye, señor?

Del poblacho llegaba un murmullo de voces apagadas.

—Celinda. —Salvador añadió excitado—: Sigamos.

En puntas de pies ambos hombres se deslizaron en medio de la noche. El diálogo bajó bruscamente: sólo un desleído murmurar llegaba a sus oídos, susurro que de pronto también murió. Salvador y Ronaldo, en mitad del tramo que llevaba al pueblo, parapetados tras la línea de árboles, se pararon. A sus espaldas el collado descendía con escasos arbustos, invisibles en la noche. Salvador recordó aquella ladera: era la misma que, pocos metros al oeste, limitaba la fila de casas.

Por un instante el muchacho únicamente escuchó los latidos de su corazón. De súbito un rumor de pasos aproximóse desde el poblado. Una voz de bajo profundo, con acento extranjero; pronto las palabras hiciéronse inteligibles:

—...vuelvo a encarecerle que mantenga la más absoluta reserva, señorita. Se evitarán así graves incidentes internacionales. En cuanto el tiempo lo permita tomaremos el submarino y desapareceremos de estas costas.

Los pasos perdieron celeridad al cruzar frente a los hombres.

—¡Qué extraño! —La voz del hombre sonó dubitativa—. Quiere decir que todo no fue sino una farsa fraguada por Dmitri para sacar dinero. Y convenció a los otros. ¿Segura que no sabe dónde se encuentran?

Ambos interlocutores se detuvieron a pocos metros.

—Ya se lo he dicho: no lo sé. —Celinda lanzó un

suspiro de impaciencia—. He cumplido mi promesa. Espero que ustedes hagan lo mismo, y dejen de molestarme. ¡Está bueno de estupideces!

Las palabras de la joven tornáronse duras en la última frase.

—Para nosotros era vital esta experiencia. Necesitábamos salir de dudas respecto al Merodeador.

—Imagino que se habrán convencido, ¿no?

Guardó silencio el hombre. Un grillo dióse a cantar en las cercanías. De El Guindo llegó un rítmico taconeo de botas. Interrumpió la quietud un militar entrechocar de tacos, que resonó como una detonación. Una voz masculina habló en idioma extranjero, en términos secos y respetuosos. Fueron tres o cuatro frases rápidas y concisas. Una vez más sonaron los tacos, y los militares trancos se alejaron en dirección al caserío.

—Bien, señorita; mis hombres han concluido la labor de desmontar los equipos, incluso los que instaló Dmitri. Desaparecerá así todo vestigio comprometedor, pues es evidente que alguien anduvo en el pueblo y los descubrió. Nos vamos. No vaya a ser que su otro amigo llegue acompañado por la policía. Adiós.

Celinda no replicó. Un golpe de botas. Cinco pasos pausados y largos rumbo a la aldea. Una pausa. Salvador calculó que el extranjero, separado de él por un frondoso maqui, estaba a menos de dos metros.

—Una vez más agradezco sus gestiones, señorita. Lamento que haya tenido que venir a pie para devolvernos el transmisor. No la volveremos a molestar.

Nada contestó la muchácha. En las tinieblas restallaron las botas y las zancadas, rápidas y seguras, partieron para El Guindo. Los pasos de Celinda, al desvanecerse la última pisada del forastero, se perdieron rumbo a la carretera.

Cuando se cercioraron de que no serían percibidos desde El Guindo, debido a la quietud de allí llegada, se lanzaron en pos de la muchacha. Sólo las pisadas de Celinda, cada vez más rápidas, eran audibles. Su silueta se vislumbró cuando estaban a menos de dos metros. Celinda paróse bruscamente al percatarse de la proximidad de ambos hombres.

—¿Quién? —La joven ahogó un grito.

—¡Chist! Salvador y Ronaldo.

Celinda, recuperada la calma, los escrutó con frialdad.

—¡Ah! ¿Para acá vinieron, entonces?

—¿Quiénes estaban contigo? ¿Cómo llegaste?

—¿En qué iba a venir si me dejaron a pie? A propósito, ¿dónde está el *jeep*?

—Todavía lejos. Lo dejamos en la quebrada. ¿Y Delia? ¿Dónde está?

—Se arrepintió. —Añadió con la voz repentinamente quebrantada—: Estoy rendida.

Salvador le rodeó los hombros. El frío impermeable le pareció tibio. Nada hizo ella por desasirse.

—Ronaldo —suplicó Salvador—, hágame un favor: adelántese y venga con el *jeep*. Lo esperaremos aquí.

—¿Y si el Merodeador me madruga, señor? ¡Tengo miedo!

—¿El Merodeador? ¿Lo oyeron? —Celinda demostró interés.

En breves palabras, Salvador le narró sus recientes peripecias. La muchacha escuchó en silencio, sin interrumpir ni hacer comentarios.

—¿Quiénes estaban contigo?

—¿No lo sabes?

—No he averiguado tanto. —Entonces recordó—: ¿Y Juan y Felipe? ¿Dónde están? ¿Los han...?

—Nada —atajó ella—, regresaron a la casa después de esperar inútilmente por más de dos horas.

—¿Estuvieron con tus amigos?

—No, por cierto. Ni sospechan que había más personas en el pueblo, también a la espera. Pero me estoy helando. Vaya usted, Ronaldo, en busca del *jeep*. Nada tema: el Merodeador no regresará esta noche. Usted sabe que yo no lo engaño, ¿verdad?

Tras una corta vacilación, Ronaldo se puso en camino.

—Lo esperamos en El Guindo, Ronaldo. Use la linterna.

—¿En el pueblo? —inquirió Salvador—. ¿Y ellos?

—Ya deben estar lejos. No nos vamos a quedar aquí, con este hielo.

Partió hacia El Guindo; aferrado a ella, Salvador, nervioso, daba constantes ojeadas a Ronaldo. La luz de la linterna balanceábase en la noche, alumbrando el camino del criado.

(Celinda le mintió a ese extranjero: sabe que el Merodeador existe. Escuchó mi historia sin asombrarse. Y nada teme.)

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿Por qué entonces te metiste en esto?

—Por ti.

—No es cierto, Salvador. No lo hiciste por mí. Es decir, yo fui la causa, pero en el fondo sólo querías desquitarte.

Salvador tragó saliva.

—Piensas mal, Celinda. Deseaba ayudarte.

—No seas niño. ¿Piensas que me vas a engañar? Cuando se quiere ayudar a una mujer por amor no se hace lo que tú hiciste.

—Estoy enamorado de ti, Celinda. Te lo juro.

—No; no estás enamorado. Eres incapaz de amar,

Salvadorcillo. Te falta mucho todavía para ser un hombre. Quizás nunca lo seas...

—Si crees ganar algo con esas pesadeces...

—Nunca me ha preocupado ganar o no, Salvador. Y siempre he perdido. —Suspiró largamente. Ante ellos abríase el camino que llevaba a las solitarias casas. Obscuridad y silencio. Sólo el rumor de sus pasos en la tierra húmeda. Charcos centelleaban apagados—. Cuando te conocí creí que, por lo menos, podríamos ser amigos. Pero eres tan retorcido, tan poco sincero contigo mismo...

—¿A qué viene todo esto? ¿Te vas a desquitar conmigo por tus fracasos? Tú sí que podrías ser más mujer: aceptar la derrota sin amarguras.

Calló Celinda. Caminaron en silencio hasta arribar a la primera casa. Salvador la había soltado; ella no se dio por aludida.

(¿Qué se habrá creído? ¡Que soy poco hombre! Que me falta sinceridad. ¿Para qué? Idioteces que ha aprendido de Dmitri, de Felipe, cuando se retorció en la cama con ellos. ¡Mil veces puta! Y me sale con esas impertinencias. Sólo guarda buenos recuerdos de sus amantes, de los que la han poseído. Sólo de ellos piensa que son hombres.)

Celinda empujó la puerta, la cual se abrió con un gemir de bisagras oxidadas. El cuarto, como único mobiliario, poseía un camastro adosado a la pared de la izquierda; tres tablones a medio cepillar, claveteados sobre dos caballetes bajos. La muchacha quitó la cápsula que protegía la ampolleta de su linterna, y luego de buscar en las paredes, colgó la luz de un clavo del muro, encima del encatrado, al lado de la puerta de acceso a otra habitación. Después tomó asiento y, las manos embutidas en los bolsillos del impermeable, observó a Salvador con una expresión vacua. El muchacho asomóse al exterior; estuvo escuchando

breves momentos. Acto seguido cerró la puerta. Con rapidez inspeccionó el cuarto. Flotaba un olor a tabaco y humedad. Por el piso de ladrillos veíanse colillas. Dedujo que allí Felipe y Juan habían estado montando guardia aquella noche.

—¿En qué piensas, Salvador?

El acento burlesco —al menos, así le pareció a él— de la pregunta colmó la medida. Conteniéndose a duras penas, comenzó:

—Tus disquisiciones psicológicas, Celinda, ¡me dan risa! Habrá muchas cosas que haces bien, pero sobre psicología no entiendes ni media palabra. ¿Crees conocerme? ¿No piensas que mi actitud se debe, en gran parte, a lo que sé de ti? ¡Sé bastante más de lo que crees!

Sonrió Celinda:

—Todo cuanto crees saber de mí es fruto de tu morbosa imaginación, nada más. Puras suposiciones...

—¿Sí? ¿Vi visiones anoche cuando entraste en el dormitorio de Felipe, en camisa de dormir? ¿Ibas a jugar al bridge? ¿O crees que ignoro lo que ocurrió entre tú y Dmitri? ¿Y que no te importó arriesgar la vida de tu hermano para lograr tus propósitos?

Celinda, demudado el rostro, se incorporó trémula, dilatadas las narices. Encaró a Salvador, los ojos brillantes de ira; con voz ronca, temblorosa, lo apostrofó:

—¡Mentira! Juan no corría ningún peligro. En cuanto a lo demás... ¡es asunto mío! Yo sabré lo que hago. ¡Marica! ¡Intruso! Pensar que te llevé a mi casa. Que te presenté a mi familia. Que uno de los pocos amigos decentes que tienes es mi hermano. Todo por mí. Y así me pagas...

Una furia. Salvador temió que lo abofeteara. Estaba junto a él, alborotado el cabello, su hermosa cara desfigurada por la rabia y la amargura. Temblaba vio-

lentamente. Calló y bajó la vista. Cuando volvió a levantarla, las lágrimas corrían por sus mejillas. Un horrible abatimiento en su semblante pálido y desencajado. El cansancio y la tensión de la noche abatiéronse sobre ella, dejándola reducida a una mujer deshecha, que aparentaba un montón de años de más. Salvador, lívido, incommovible, le hizo frente con frialdad.

—Perdona —balbuceó ella—. No quise ofenderte.

—No te preocupes. Las cosas hay que decirlas alguna vez, ¿no?

Caminó ella hacia el camastro, con pasos lentos y abatidos. Crujió el encatrado cuando se dejó caer pesadamente; se quedó sentada, apoyadas ambas manos en los tablones, como si fuese incapaz de sostenerse.

(Así que piensa que me ha hecho un gran favor con su amistad. No oculta su desprecio por mi situación económica y social. Se siente protectora. ¡Seguramente que voy a necesitar personas así! Que están dispuestas a humillarlo a uno a la primera. Que si uno no les da el gusto en sus menores caprichos, le enrostran su desagrado.)

—Has llegado demasiado lejos, Salvador. No es que quiera asustarte; todos los que han entrado en contacto con el Merodeador se echan sobre sus espaldas una maldición. Te costará zafarte de ella.

ELLA SE ABRIA. ¡Si el hombre entreviese que, por encima de sus mecanismos, existen fuerzas ante las cuales la materia es una limitación! Pero para que los humanos lleguen a comprenderlo deberán transcurrir milenios; sufrir primero en carne propia tales poderes, humillarse ante ellos, sentirse ignorantes y groseros como nunca antes se sintieron.

Ella narraba la historia simple y sin sutilezas de Dmitri, el Extranjero.

Afuera, la noche muda y fría se hizo eco de las palabras de Celinda. Salvador sintió extenderse un hielo sobre su piel: aquélla no era una baladronada de Celinda.

—¿Maldición? ¿De dónde sacaste eso?

Vaciló ella un instante.

—Con nadie he hablado de estas cosas. Quizá es conveniente que las conozcas. Cuando sepas la historia de lo ocurrido aquí comprenderás tal vez una parte del enigma. Nada temas todavía; pero no te descuides.

El rostro de Celinda, enristecido y demacrado, irradiaba una extraña inmaterialidad, débilmente iluminado por la linterna. Salvador sentóse a su diestra con una desagradable sensación de desamparo, de infinita soledad y aislamiento. Una barrera bruscamente

aparecida interponíase entre él y la muchacha. Y esa barrera no era otra que la turbia historia de lo acaecido en El Guindo y sus alrededores; una historia donde su protagonista, hasta hacía poco en la penumbra, en el más riguroso anonimato, comenzaba a tomar contornos vagamente definidos: el Merodeador. Ese ente invisible, que esa misma noche los persiguiera a él y a Ronaldo, y que por poco les diera alcance.

Una brisa rumoreaba entre las hojas de los vecinos bosques. Celinda, en voz baja, con una cierta actitud amistosa, empezó a hablar, a hacer recuerdos, a remontarse hasta el día en que el Luna VII, libre de todo control, precipitóse en los lomajes de El Guindo. Relataba los hechos con voz lejana, como si fuera espectadora y no una heroína de la aventura, sin omitir detalles, aun aquellos que le concernían en lo más íntimo, tal si todo lo vivido desde aquella época la hubiera revestido de un caparazón protector, dándole una absoluta independencia de cuanto la rodeaba, o una total inmunidad frente a los demás. Y en tanto se explayaba, a medida que su historia adquiría realidad, Salvador, a más del pavor producido por su advertencia, sentía una rara emoción, mezcla de temor y encantamiento, que no le permitía sacar conclusiones a él, tan acostumbrado a monologar, no dejándole concentrarse en nada sino en las palabras de la muchacha.

Dmitri, a lo lejos, como un joven ingeniero astronáutico, recién egresado de la Universidad, introdujose en el ambiente, tal si la voz de Celinda lo hubiera hecho revivir. Su elevada estatura; sus rasgos firmes, medio aguileños; sus ojos vivaces, que jamás se cansaban de mirar, ligeramente saltones bajo una frente despejada, coronada de pelo rubio y ondulado; todo su ser, en fin, amorosamente descrito por Celinda, perfilóse junto a la quebrada la tarde cuando ella, acom-

pañada de su tío, acudió a ver a los extranjeros que tenían convulsionada la zona con su intensa búsqueda.

La voz metálica del ruso, y su rápido accionar, el cual le confería un peculiar dinamismo y vitalidad, se oía y veía a través de las frases quedas rememoradoras del encuentro, y, también, a guisa de justificación, una breve reseña psicológica de la narradora, donde se presentaba a sí misma como una muchacha sin experiencia, anhelante de cosas nuevas, que había vivido rodeada de todo cuanto quisiera tener; la historia, relatada en fragmentos, dejando entre sí cortos vacíos, hacía inteligible mediante un pequeño esfuerzo del auditor, quien, sin proponérselo, casi inconscientemente, ataba los cabos sueltos y elaboraba, a medida que el relato se desenvolvía, un todo claro, definitivo, con una rara unidad de conjunto.

Fue un primer encuentro rápido, donde sólo se intercambiaron convencionales saludos; el teniente Rojas hizo las presentaciones de los forasteros, señalando al mismo tiempo que don Carlos y su sobrina eran acaudalados propietarios de la zona; ella no le había despegado los ojos a Dmitri, quien, tal vez por estrategia, mantúvose rígido entre sus compatriotas —de los cinco ingenieros astronáuticos era el más joven—, interviniendo en el diálogo con cortas palabras y con uno que otro movimiento de cabeza. Todos hablaban castellano, descollando Dmitri por su pronunciación casi sin acento. Al finalizar la breve entrevista —los rusos debían proseguir su labor—, Dmitri cambió. Antes de que nada dijera ella había comprendido que no sería ése el último encuentro. El ingeniero al despedirse retuvo las manos de Celinda entre las suyas, al mismo tiempo que le decía con una franca y amistosa sonrisa:

—Es de esperar que nos juntemos de nuevo antes de partir.

Su tío y los demás, que se despedían con animación, no se percataron de la escena.

Por aquel tiempo el Extranjero conocía la historia de su arribo. Pedro, el Labrador, habíale comunicado sus descubrimientos, y ambos, abierto el apetito del poder, guardaron con celo el secreto, sin sospechar por cierto que procedían así bajo las órdenes del Oculito, es decir, del mismo a quien perseguían.

Los propósitos del ruso quedaron sin llevarse a efecto. Celinda debía regresar a Santiago, y lo hizo un poco desencantada por el incumplimiento del ingeniero. Por ningún motivo quería demostrarle un interés desusado: no volvió a aproximarse al sitio de la búsqueda; prefirió quedarse en casa hasta la hora de la partida. Por una parte, mejor que nada hubiese ocurrido, pues Dmitri estaba obligado a marcharse a su patria. Tal vez el ingeniero habríase desvanecido de sus recuerdos de no mediar la desertión. Corría el mes de marzo cuando supo la noticia. Desde ese instante vivió en perpetua zozobra: estaba segura de que el ruso trataría de ubicarla. Interrumpió su veraneo en Viña, y partió para Santiago, pensando que Dmitri, si volvía a Chile, la buscaría allí. Con el transcurso de los días acentuábase su certidumbre.

A fines de marzo, un viernes por la noche —acababa de llegar del teatro—, Dmitri la llamó por teléfono. Esa misma noche se vieron. Lo fue a buscar al cine donde el ingeniero se metiera una vez que abandonó el tren internacional. Estaba delgado y pálido; vestía un terno ajado que, al parecer, no se lo quitaba ni para dormir. No tenía dinero. Veíase tenso, nervioso. Sabíase perseguido de cerca, aunque creía que sus acosadores ignoraban su actual paradero. Los tiempos

habían cambiado; al presente, en casos similares, el derecho de asilo era regateado debido a la delicada situación mundial. No conseguía comprender los motivos de Dmitri para desertar. De una cosa tuvo la certeza: no era ella la causa, aunque el ingeniero trató de insinuarlo. Siendo halagadora la expectativa, barrruntó que ella no figuraba de manera preponderante dentro de los futuros planes del ruso. Pero él la necesitaba, dependía de ella en esos momentos. La suerte la ayudaba. Una amiga divorciada, al presente de vacaciones —una de esas amistades cultivadas de contrabando—, habíale dejado las llaves de su departamento, para que se lo inspeccionase de tarde en tarde, durante su ausencia. Allí instaló a Dmitri.

Sólo muy avanzada la noche le confesó él sus verdaderos proyectos. Le relató la historia del Luna VII, haciéndola jurar que jamás diría nada a nadie, promesa quebrantada ahora por vez primera; el satélite lunar venía cargado con polvo meteórico, el cual había aspirado en el Mar de las Tormentas. Sin embargo, en El Guindo los rusos no encontraron ni un gramo de la preciosa substancia, la primera muestra de materia originaria de otro mundo llegada a la Tierra. El continente vacío: tampoco en los lugares vecinos al punto de aterrizaje se hallaron rastros de los detritos. ¿Por qué esa parte de la historia se mantuvo en secreto? Habría agravado la situación de hacerse público que el cohete, además de descontrolarse, con los consiguientes peligros para la población mundial, traía raras materias, las cuales, por mucho que estuviesen esterilizadas por métodos electrónicos, al esparcirse con el estrellón, dieran pávulo a los rivales para tejer toda una sarta de hipotéticas contaminaciones, de exóticas enfermedades acudidas de otros mundos —aunque la Luna fuese considerada un astro muerto, cabía la eventualidad de que en sus desérticas

llanuras y cordilleras latiese alguna ignorada forma de vida—, desatadas sobre los pueblos de la Tierra por la irresponsabilidad de "ciertas potencias", y como, por otra parte, el proyectil apareció vacío, y los posteriores y sigilosos análisis de las tierras adyacentes demostraron no albergar residuos sospechosos, guardaron la reserva. ¿Cómo se explicaban los técnicos la desaparición? Cabían dos posibilidades: una falla de la bomba aspiradora de polvo —lo cual implicaba una falsa información del instrumental—, o que, una vez perdido el gobierno del Luna VII, cuando éste entró en órbita de aterrizaje, el mecanismo automático lo hubiese vaciado hallándose aún a gran altura. Se aceptó esta última teoría, dándose por descontado que los setecientos u ochocientos kilogramos de estiba residual habíanse esparcido en las capas superiores de la atmósfera, donde con seguridad se mantenían arrastrados por los altos vientos.

Pero Dmitri supo algo más, algo no averiguado por los otros: su fuente de información, única y exclusiva, comprometióse a mantener el secreto. Pedro, el joven leñador, vio de cerca los destrozados restos del Luna VII, y tuvo la suficiente inteligencia —quizás instinto— para tergiversar la verdad ante los rusos, con la esperanza de obtener alguna ventaja. Un muchacho práctico y despierto. Todo cuanto leyera le había proporcionado una increíble cultura; al revés de sus conterráneos, los cuales aún vivían saturados de supersticiones —incluso la caída del Luna VII la atribuyeron a un acto satánico—, comprendió que su testimonio le daría utilidades si sabía hacer uso de él.

En todos los grandes sucesos históricos —dijo Dmitri aquella noche—, el azar juega un papel preponderante. Así fue como Pedro, guiado por la intuición, eligió a Dmitri entre la veintena de rusos que acudió a El Guindo, para confesarle su descubri-

miento. Y, por cierto, de inmediato impuso condiciones. La misma noche que Pedro habló, Dmitri decidió desertar en la primera oportunidad, volver a El Guindo, buscar y ofrecer lo que encontrase a las potencias occidentales, las cuales sabrían pagarle cuanto pidiese. Porque Pedro, la tarde que fue en busca de su hacha, a pocas horas de la colisión, cruzó la quebrada desafiando la lluvia, y encaminó sus pasos hacia el sitio donde se produjera el estruendo. Halló el cohete, semienterrado en la estrecha meseta —un hacinamiento de fierros retorcidos; planchas desgarradas por el choque; un gran receptáculo abierto por la mitad—, pero no siguió acercándose. Un soplo helado, que le hizo estremecerse hasta los tuétanos, lo envolvió de súbito. Quedóse inmóvil. Casi de inmediato un penetrante hedor a barro, el cual parecía surgir del recipiente, llegó a su olfato. Se estremecieron los fierros: algo se agitaba entre las ruinas. A través del aguacero, en la débil claridad del crepúsculo, vio, erizado el pelo bajo la chupalla, que la cápsula donde debía venir el polvo adquiriría un brusco movimiento de vaivén. Entonces fue cuando huyó, sin esperar más ni satisfacer su curiosidad de examinar los restos; la precaria visibilidad le impidió formarse una idea cabal del fenómeno. Cuando corría cuesta abajo oyó a sus espaldas un gran estrépito, seguido de un arrastrarse pesado y lento. No miró hacia atrás. Atravesó la cárcava, y, ya en el linde opuesto, al detenerse a tomar aliento, escuchó un rumor entre el bosque. Un objeto voluminoso se abría camino a través de la floresta; a juzgar por el ruido, debía ser lo mismo que oyera segundos antes. Fascinado permaneció en su sitio hasta el instante del desmoronamiento.

Sólo después dedujo su hipótesis: aquello debió ser producido por lo mismo que, al parecer, surgiera del cohete.

AQUEL HOMBRE fue la primera criatura detectada por la mente del Oculto; lo descubrió cuando Pedro escapaba aterrado por la estruendosa caída del cohete. Quizá el Acechante lo habría dejado ir si no hubiese descubierto a Celinda en la casa de la colina. Entonces hizo volver al Labrador. También el hombre reunía las cualidades necesarias para su utilización. Ninguno de los demás pobladores de la aldea, rápidamente auscultado por sus percepciones, las poseía; todos eran demasiado burdos.

Cuando el Labrador, guiado por el impulso consciente de que, a pesar de la lluvia, volvía a buscar el hacha, se decidió a aproximarse al cohete (creyendo hacerlo por una curiosidad natural), el Acechante le hizo conocer sus poderes.

Y le indujo a guardar en secreto la aventura, aprovechándose de las ambiciones de poder del Labrador. Entre los realizadores de la hazaña hizo que Pedro eligiese a Dmitri (por su espíritu decidido y audaz) para participarle el descubrimiento. Sólo faltaba poner a la mujer en contacto con el Extranjero. Ella deseó a Dmitri y éste a Ella, siempre a influjo de sus percepciones.

El Oculto se aseguró así el retorno de la mujer.

Pasado el primer golpe de asombro, Dmitri se dio

a buscarle una explicación lógica al relato de Pedro. El leñador parecía incapaz de fraguar una superchería con el ánimo de confundirlo; la circunstancia de mantener embuchado el episodio le otorgaba una particular verosimilitud. Sometió al campesino a un exhaustivo interrogatorio por si caía en contradicciones; le propuso otra alternativa respecto a lo que éste pudo tomar por una anomalía: algún animal que husmeaba el proyectil, y el cual, al acercarse Pedro, hubiera provocando esos trastornos.

—¿Y el frío? ¿Y el olor? —arguyó el muchacho—. Estaba sólo a veinte metros.

Hacia hincapié en un aspecto del asunto: el terror que le despertó. Nunca fue miedoso y, en ese caso especial, nada temía; no obstante, un miedo material surgía de los restos, tal si lo que allí acechaba fuese capaz de proyectarlo. Descartando esto último —al fin y al cabo una mera impresión atribuible al supersticioso espíritu del leñador—, los dos primeros fenómenos —el frío y el olor— pudieron ser causados por una reacción química fácil de explicar, al entrar las nuevas substancias en contacto con el agua. Al pensar en ello Dmitri experimentó un sobresalto. Dicho detalle, que en los primeros momentos omitiera sopesar, otorgábale al suceso un turbio cuanto misterioso sentido racional: después de la caída del Luna VII, en el transcurso de esa misma tarde, llovió intensamente por dos o tres horas. Ese montón de desechos que viajara en la astronave, extraído de los estériles parajes lunares, al cabo de milenios de yacer en un medio inmutable, ajeno a los cambios meteorológicos, fuera del paso de la noche al día, eventualmente ni siquiera originarios del satélite, pues bien podían ser los restos de substancias venidas de los más remotos lugares del cosmos bajo la forma de meteoritos que, al fragmentarse con el golpe, generaron esa capa en apariencia

inanimada, quedaron expuestos, en el primer tiempo de su arribo a la Tierra, a los efectos inesperados y desconocidos del agua.

Este raciocinio del Extranjero era indispensable para que depusiese sus dudas sobre la historia del Labrador.

Sí: el agua, ese elemento tan abundante en la Tierra, que ocupa las cuatro quintas partes de su superficie, detenta una historia fácil de olvidar por lo perogrullesca: en su seno tuvieron principio y proliferaron los enigmáticos factores que produjeron la vida. Todo cuanto se mueve sobre la Tierra, todo cuanto vibra bajo el fluido vital, provino de las profundidades del mar, es decir, del agua. Y he aquí que un montón de polvo lunar, el cual a través de los eones no recibiera ni una molécula de ese precioso elemento, era saludado en la Tierra por la lluvia. ¡Con cuánta avidez aquellos despojos la habrían absorbido! ¿Qué de consecuencias acarreó sobre esas reseca partículas la húmeda bienvenida? Quizá si todas ellas no eran sino las células de algún organismo disgregado, que permaneciera en estado latente en el Mar de las Tormentas, muerto a primera vista, pero que el agua, cual divino soplo, volvió a la vida.

Un hecho verificado por los rusos enfrió el entusiasmo del ingeniero: en los derredores del Luna VII, y entre sus mismos restos, no se encontró ni un vestigio de materias desconocidas. Tomando el relato de Pedro como verídico, requeríase aceptar que lo acarreado por el proyectil fue un organismo entero, el cual se las ingenió para abandonarlo sin dejar rastros de su presencia, pues era incuestionable que dentro

de la cápsula de lastre sólo podía venir polvo meteórico, abundante en los mares de la luna. Aunque se creyese en una suerte de vida lunar, debía descartarse la posibilidad de un animal completo aspirado por el tubo, excepto que se tratase de una especie de ameba, capacitada para penetrar por cualquier resquicio sin sufrir daño. El ingeniero reflexionaba, en medio de sus dudas, que lo venido de otro mundo, por no existir antecedentes al respecto, podía comportarse en forma hasta la fecha insospechable, admitiéndose sobre el particular cualquiera hipótesis, por descabellada que pareciera. Ciertamente un organismo anaerobio, de gran volumen —integrado por casi una tonelada de materia—, y con notables propiedades elásticas, era concebible que existiera en la Luna.

Contagióse Dmitri con la seguridad de Pedro. Algo irracional por cierto; ninguno de sus compatriotas habría dado crédito a la versión, menos al tener en cuenta el origen del leñador, nacido y criado en una región abundante en leyendas y consejas. Como si esto fuera poco, con escasísima cultura: Pedro apenas sabía leer. Pero la elocuencia del muchacho y su cautela en participarle exclusivamente a él su hallazgo con el propósito de obtener una ventaja material, fueron decisivas para Dmitri. Lo práctico que fluía de esta decisión tornaba improbable una fantasía elaborada por el campesino. Y estaban el frío y el olor a cieno, cosas ambas demasiado sutiles y fuera de lo común como para atribuir las a una vulgar añagaza.

Trató Dmitri de reconstituir los pasos de la hipotética bestia. ¿Qué hizo durante sus primeras horas de retorno a la movilidad? ¿Se habría alejado definitivamente del cohete, guiada por algún sombrío instinto? ¿O se quedaría escondida en las cercanías, mimetizada con las tierras circundantes, esperando que sus buscadores se retirasen? Dmitri, sigiloso, aprovechando

que los demás dormían, había hecho esa misma noche una rápida inspección a la quebrada. Estudió el sitio donde, al decir de Pedro, se ocasionara el desmorone. Verificó si los restos de aquél permanecían allí bajo el cariz de terrones sueltos, que fuesen capaces de delatar su procedencia. Nada. No quedaban señales del derrumbe. Una porción de tierra desprendida del borde superior del precipicio se habría delatado sobre las lajas. Pero de todo cuanto examinó aquella noche nada llamó su atención. Eso sólo tenía una salida: lo llegado de la Luna prosiguió su desplazamiento para alejarse al máximo del inesperado transporte. Entonces Dmitri hubo de postergar el registro para el día siguiente. Al finalizar una semana de estada en El Guindo dióse por vencido.

Su deserción tenía ahora un inmediato objetivo: con la ayuda de Pedro reanudar la búsqueda hasta dar con el paradero del ente lunar.

El regreso del Extranjero era vital; así el Acechante aseguraba la vuelta de la mujer.

No cabía duda de que Dmitri, en aquel primer encuentro con Celinda, le confesó las verdaderas causas de su retorno. Al otro día, de madrugada, telefoneó a Ronaldo, el mozo de su tío Carlos, para que éste a su vez informase a Pedro. Esa misma noche el ingeniero partía a Talca en un bus; otro de una línea rural condújole a El Manzano, a treinta kilómetros de El Guindo. El último tramo lo hizo a pie, en compañía de Pedro, a través de montañas y bosques que, en la práctica, nadie visitaba.

En los primeros días de abril Celinda llegaba a casa de su tío. El mismo día de su arribo, después de

comida, la muchacha escapó por la ventana del dormitorio, y Ronaldo, ya en el secreto, llevóla por el antiguo desvío al aserradero abandonado. Reunióse con su amante en el lóbrego rancho, donde una débil lámpara eléctrica iluminaba escasamente las paredes de barro sin revoques ni pintura. La noche despejada y calma. Dmitri excitado: Pedro habíale hecho una relación del incidente protagonizado por los niños.

—En ese hueco se ocultó después que huyó del cohete. O sea, remontó la quebrada cosa de dos kilómetros.

Brillábanle los ojos de animación. Crujía el incómodo y maloliente camastro cada vez que el ruso, en medio de sus exaltadas palabras, se daba vueltas.

—Lo más importante es esto: la falta de agua lo vuelve a su estado primitivo de polvo. Unicamente el líquido lo hace resucitar, debido a alguna reacción bioquímica. ¡Benditos niños! De no ser por ellos jamás conoceríamos su actual paradero. No ha podido alejarse mucho.

Ella, hundido el rostro en el pecho velludo, escuchaba los latidos del corazón de Dmitri.

—¿Qué más?

Preguntaba por preguntar. El asunto en sí sólo la preocupaba por el significado que para Dmitri revestía. Quizá, en el fondo, sin confesárselo, deseaba que el ingeniero nunca hallara al selenita. Temía que, cuando eso ocurriera, el ambicioso ruso la abandonase. Había una deserción de por medio. Imposible desentenderse de cuanto eso implicaba: jugarse todo, incluso la vida, con el único propósito de satisfacer una ambición. Porque ésa era la verdad: Dmitri, formado en un medio científico y disciplinado, donde la máquina política insuflaba al hombre desde la niñez que el objetivo de la existencia es entregar su talento al Estado, con prescindencia de aspiraciones personales,

consiguió destruir todos aquellos vínculos, dejar de lado los ideales de su patria en un segundo, desentendiéndose de todo cuanto lo unía y debía a ella, por una cuestión personal. Un traidor. Y al pensar en el futuro sentíase impregnada de temores.

—¿Te parece poco? Ese ser estuvo dos meses con la apariencia de una tierra tornasolada, durmiendo, o, tal vez, en un estado de absoluto letargo, muerto en la práctica. Los niños lo volvieron a la vida.

—¿Y dónde está ahora?

—Si lo supiera, ya no estaría aquí.

La respuesta, seca y definitiva, no admitía dudas en cuanto a su sinceridad.

—¿Es cierto? ¿Ya te habrías ido?

Comprendió Dmitri su falta de tacto.

—Es decir... Me habría ido de aquí. Comprenderás que corro un grave peligro permaneciendo en este lugar, donde la presencia de un forastero pueden advertirla de un momento a otro. Si no fuera por Pedro...

La explicación, un tanto precipitada, no la convenció. Al contrario: acentuó sus anteriores sospechas.

—Te habrías ido sin mí, ¿verdad? —insistió ella en voz baja, la mejilla siempre apoyada en el hirsuto pecho.

—¿Nos estamos volviendo sentimentales? —El se separó bruscamente. Quedó ella de espaldas, la nuca en la almohada, el pelo negro y revuelto esparcido por la sucia funda. La miró el ruso con el ceño duro, brillantes los ojos, pero al ver su rostro pálido, con una triste sonrisa en los labios sin retoque, su expresión se dulcificó. Los bellos pechos de la muchacha temblaban, agitados por una tranquila respiración. La acarició—. Recuerda esto: hoy se escriben las más brillantes páginas de la historia humana; se realizan

hazañas y descubrimientos que hace un siglo nadie habría concebido posibles llevar a cabo, excepto algunos soñadores. Tú, como sudamericana, perteneciente a los países que se denominan "subdesarrollados", nunca comprenderás lo que es haber nacido y actuado en una potencia cuyos avances tecnológicos, cada uno de sus pasos, constituyen acontecimientos históricos. No es que sienta desprecio por tu país; no, simplemente ustedes, por diversas razones económicas y sociales, de las cuales no tienen la culpa, carecen de la sensibilidad suficiente, por así decirlo, para vibrar con esta época. Argumentarán que sus problemas no les permiten ocuparse de esas cosas. Pero las grandes nacionalidades, las razas de verdadero empuje, superan por sí solas sus debilidades. No gastan energías en inútiles protestas. En último término, colaboran decididamente, como un solo todo, con el resto de la humanidad. No adoptan el papel de espectadores que miran sin entusiasmo los hechos trascendentales, haciéndose amargas reflexiones sobre los beneficios que ellos obtendrían si los demás países se transformaran en sus ayas, en sus mentores. Hoy día Oriente y Occidente, cada uno por su lado, están empeñados en la conquista del espacio interplanetario. Ustedes, mientras mantengan su actitud pasiva, sintiéndose postergados y humillados, sólo podrán formar una anónima comparsa en la historia de esta época.

Dmitri, a medida que hablaba subía la voz con orgullosas inflexiones y rápidos visajes de su rostro barbudo; se quedó mirando el techo. Luego prosiguió:

—Tu pueblo es sensiblero, indefinido, dopado casi, incapaz de sacrificarse por el futuro de la raza humana. Por eso tal vez no me comprendas; me crees un traidor, un ambicioso. En cierto sentido soy ambas cosas. Pero ¡cuán vitales son mis móviles! Soy un hombre libre en esencia, a quien nadie puede ni podrá

atar. Se me ha presentado la oportunidad de jugar un papel único, donde mi habilidad y esfuerzo personal aportarán a la ciencia un enorme adelanto. ¿No es como para anteponer eso a cualquier cosa?

—Sí —asintió ella—. Te comprendo. Sin duda pertenecemos a dos mundos distintos. Quizá te vayas con el selenita el día que lo encuentres.

Rió Dmitri con la observación.

—Creo que ese momento está próximo —dijo, poniéndose serio—. Cuando abandonó su guarida por culpa de los niños, es probable que haya rodado algunos metros por la pendiente que está a continuación. Como hacía calor, pronto ha vuelto a quedarse inmóvil. En marzo hubo una lluvia que duró toda la noche, me dijo Pedro. Posiblemente la aprovechó para seguir alejándose. Lo hallaré.

—Tengo el presentimiento de que no será muy fácil —murmuró Celinda con una extraña voz.

—¿Por qué?

—No sé. Es sólo una corazonada. Hay algo raro, algo que me inspira terror en el comportamiento de ese ser.

—No le encuentro nada así.

—Es que desconoces la Biblia.

Ella comenzaba a intuir. Estaba próximo el momento en que el Oculito le haría conocer otras facetas de la historia.

—¿La Biblia? ¿Qué tiene que ver la Biblia en este asunto?

—Tengo poco clara la relación que hay. Pero Dios, en un principio, cogió un puñado de polvo, le echó agua, y con el barro así obtenido hizo al hombre.

¿No te parece que ese ser, de alguna manera extraña, repite la historia? La Biblia dice que Dios, luego de hacer la figura, le dio vida con un soplo. Esa criatura que buscas lleva quizá en sí misma el soplo divino. Únicamente necesita el agua. Pero hay una cosa que es incapaz de hacer.

—¿Qué? —Se interesó Dmitri en la digresión de Celinda, quien la hacía con un tono incoloro, sin pretensiones de erudición.

—Construirse una compañera. Está horribilmente solo, en un medio adverso, sin esperanzas de que alguien lo comprenda. Y tal vez se sabe buscado para servir a la ciencia, como una simple muestra de laboratorio.

Las palabras de Celinda quedaron flotando entre las oscuras paredes, creando una atmósfera curiosa; la luz de la lamparilla, en el muro contiguo al lecho, irradiaba una tenue luminosidad; afuera las ramas de los árboles agitadas por una brisa: derredores de grillos cantaban quedos.

Dmitri se reclinó al lado de la muchacha. Enderezóse ella, y sus pechos quedaron a escasos centímetros del rostro del hombre.

—¿Ves? Tú nunca estarás solo. Ya sean tus importantes compatriotas, o las humildes sudamericanas, tendrás una mujer como yo o mejor que yo para compartir tu soledad. El, en cambio, no tiene a nadie.

—Eres un encanto —replicó él.

La echó de espaldas. El canto de los grillos y la brisa se extinguieron a lo lejos.

A CELINDA le provocaba un curioso desasosiego recordar la historia de los niños, que escuchara esa noche por primera vez. La idea de algo revivido por el agua, y de un estado de polvo convertido en un organismo dotado de enigmáticas propiedades, capaz de desplazarse bajo los efectos de la lluvia, adquiriendo una forma cuya sola concepción resultaba ímproba, la llenó de una sensación de encantamiento, no exenta de temor, y más al recordar cuán poco se sabía de él. Sin tener ninguna de las precarias evidencias de Dmítri, y tampoco un interés material en su captura, adquirió la convicción de su existencia y, también, de que ella, de una manera obscura e indefinible, llegaría a tomar conocimiento de él. ¿Qué la indujo a sacar esta conclusión? No se preocupó de encontrar una explicación a la ocurrencia, atribuyéndola sólo a una corazonada. En lo hondo de su conciencia el símil bíblico columbrado abría la puerta a un escenario vertiginoso, atestado de imágenes confusas, muchas aterradoras: sin caracterizarse por una acendrada creencia en aquellas historias, la hicieron meditar.

No necesitaba Ella ahondar en el asunto; el vago testimonio de los niños hizo renacer las esperanzas y ambiciones del Extranjero en una época que, por la

escasez de las lluvias, las percepciones del Oculto estaban bastante menguadas como para influirlo directamente. Y lo más importante: Ella, al permanecer junto a Dmitri, le daría una oportunidad de revelársele.

Transcurrieron quince días. Ningún progreso para Dmitri. Estuvo a punto de ser visto por los moradores de El Guindo que, de tarde en tarde, acudían a la quebrada en busca de leña. En especial Diego, amigo de Pedro. Su afición al trago lo hacía, afortunadamente, poco peligroso, pues por lo general andaba en un estado de semiebriedad. Una vez topóse con Dmitri de manos a boca; el ruso huyó al bosque, y Diego, que estaba borracho, recordó no obstante el incidente, el cual, por suerte, no tuvo mayores consecuencias. En todo caso, el itinerario del carbonero, poco variado —de El Guindo a su horno, y de éste a El Guindo, y una que otra aislada excursión por el bosque—, permitió a Dmitri en lo sucesivo eludirlo con facilidad.

—Mientras siga sin llover nada conseguiré —comentó Dmitri una noche, concluida la quincena—. Pedro me ha dicho que las lluvias suelen menudear durante la segunda mitad de abril.

Por delicadeza, Dmitri evitaba que el joven leñador se encontrase con Celinda, aunque Pedro conocía la historia. Estaban en la puerta del rancho, sentados en el umbral; el cielo, tachonado de estrellas, ofrecía un espectáculo de profundidad poco común. Dmitri habló de astronomía; pasó luego a explicarle a Celinda los principios de la astronáutica; se explayó sobre órbitas de satélites artificiales, viajes interplanetarios. Insistió en el polvo lunar, cuyo origen sin duda estaba en el cosmos, y no en el mismo satélite. ¿De dónde provenía? Restos de mundos destruidos quizás por

cataclismos naturales, o, también, a consecuencia de alguna remota guerra nuclear, protagonizada por pueblos que habrían alcanzado insospechados progresos. Al llegar a este punto el ingeniero se calló. Estuvo un rato mirando los astros.

—¿En qué piensas?

—En mi enemigo. —Así llamaba al fugitivo—. Es posible que haya nacido en un planeta donde una vez hubo un medio apto para su existencia. Una catástrofe lo hizo volar y sus restos, luego de cruzar el espacio durante siglos, fueron a caer en la Luna, llevando en su seno las células. He aquí que el hombre, mediante su genio, ha logrado traerlo a nuestro planeta. Y la casualidad —siempre la casualidad— le ha permitido volver a desplazarse, tal vez a adquirir de nuevo conciencia de sí mismo. Su modo de actuar indica que posee una especie de instinto o inteligencia. Se las ingenia para sacar partido de su aspecto y pasar desapercibido en medio del paisaje terrestre, donde se confunde con la tierra. Pero evidentemente su mundo era distinto a éste. Su planeta debe haber sido lluvioso. ¿O viviría en el agua, en el fondo de los océanos? Pensar que el Luna VII pudo caer en el mar. . .

—¿Sí?

—La Tierra habría tenido un habitante de otro mundo sin que nadie lo hubiese sabido. Tal vez a lo largo de la historia terrestre eso ya ha ocurrido.

Al otro día, a las tres de la tarde, comenzó a llover. Llovió toda la noche. Celinda acudió como siempre a eso de las ocho de la tarde. No había ido la noche anterior, pues Dmitri le hizo avisar por Pedro, quien a su vez se lo comunicó a Ronaldo, que aprovecharía el aguacero para registrar el barranco.

De súbito sonaron tres golpes secos y cortos en la puerta. Celinda ahogó una exclamación.

—Es Pedro —cuchicheó Dmitri.

Saltó del lecho, colocóse el impermeable y entreabrió la hoja, después de apagar la luz.

—¿Qué pasa?

—Diego escuchó un ruido raro cerca de su horno ayer en la tarde. Algo que se arrastraba; tenía que ser un objeto pesado porque metía mucha bulla.

Celinda, arrebutada en los cobertores, escuchaba el diálogo que transcurría en voz apenas audible.

—¿Y?

—Se acercó. Había mucho olor a barro; se parecía al olor de las mezclas con que se hacen adobes, pero más penetrante y hediondo. Cuando estaba cerca, el ruido se hizo humo. Le dio miedo. Calcula que "eso" estaba a pocos metros, detrás de un litro. Entonces sintió un frío tremendo. Era un frío húmedo, que venía del lugar donde creyó que se escondía el Merodeador.

—¿Merodeador?

—Así le puso él. Arrancó porque el frío era inaguantable. Le pedí que no contara esto nadie, por si acaso; lo más probable es que mañana ya se haya olvidado.

—Gracias, Pedro. ¿Sabes? Voy a vestirme de una carrera y me llevarás a ese lugar. Quizás encontremos rastros.

Al cabo de veinticuatro horas Celinda conoció el resultado de la nocturna excursión. El Merodeador se había esfumado, sin dejar huellas de su paso.

El Extranjero buscaba y buscaba; convenía que algo encontrase.

En la tarde del quinto día, Dmitri, que recorría por centésima vez el posible itinerario del selenita,

hallábase cerca del lugar donde los niños encontraron la tierra tornasolada. Ahí empezaba la vegetación, que hasta el nacimiento de la quebrada se iba espesando, para rematar en la conjunción de dos cerros cubiertos de bosques; el carcavón ascendía en forma escalonada, lo cual, junto con la arboleda, dificultaba el avance, a pesar del camino generado por Dmitri en su constante ir y venir. El día anubarrado, tal como ocurría desde la última lluvia; pero el ingeniero desconfiaba de la inminencia de aquélla. Las seis de la tarde: el repiqueteo de las gotas en las hojas lo pilló desprevenido y, sin saber por qué, experimentó un ligero sobresalto. La soledad del lugar, por una parte, y lo escabroso del mismo, por otra, le produjeron una imprevista cuanto inexplicable inquietud. Reflexionó, en tanto se guarecía bajo un boldo, que la aparición del Merodeador en tales circunstancias, y dada la ninguna información poseída sobre sus costumbres, lo pondría en una situación precaria y quizás peligrosa. ¿A qué se debía esta reacción? Evidentemente, se trataba de algo instintivo, a pesar de no ser dado a los presentimientos.

Cobró bríos el chubasco. El traquetear de la hojarasca ametrallada inundó el ambiente con un sordo estrépito. Rápido, Dmitri decidió emprender la retirada. Al dejar el refugio se le planteó la interrogante: ¿hacia dónde ir? ¿Remontar la quebrada hasta encontrar el camino que conducía al aserradero? ¿O volver sobre sus pasos para eludir el bosque? Las dos alternativas tenían ventajas y desventajas: la primera, que la floresta era un lugar ideal para una emboscada y ataque por sorpresa; la segunda, que debería recorrer un trecho más largo antes de dar con un punto apropiado para salir de la grieta, la cual hacia abajo se ahondaba progresivamente, tornándose sus laderas difíciles de escalar sin el riesgo de resbalar y caer. Una

vez más se sorprendió en una actitud hasta entonces desconocida: la indecisión. Azorado, determinó subir, a pesar de la maraña. Al cabo de avanzar unos cincuenta metros por la escarpada senda, cayó en la cuenta de que había elegido mal. Las diferencias de nivel, que formaban una gradería natural, con bancales anchos y altos, plagados de arbustos, obstaculizaban la marcha. Retrocedió. Al desconcierto provocado por su error se unía un acobardamiento paulatino. La soledad y el desamparo abatiéronse sobre él. No sólo eso: tuvo la inequívoca impresión de que sus pasos eran espiados por una maligna y oculta mirada, la cual, en forma progresiva, adquiría intensidad. Hallóse de nuevo en el punto de partida. Incapaz de sujetar el descontrol, se lanzó a correr quebrada abajo. Se estrelló contra unas ramas. Resbaló dos veces; pero logró mantener el equilibrio. A la tercera pisada en falso precipitóse a tierra, sobre un grupo de pangues que crujieron y se hundieron bajo su peso. Incorporóse y escuchó: a menos de diez metros, en medio de un maqui, oyó un leve crujido. Luego un ominoso silencio, únicamente interrumpido por el aguacero. Una fría transpiración deslizóse por su rostro. En medio del pánico había ido a dar, precisamente, al centro del peligro. Delante de él, tras los árboles, el enemigo, el invisible e incógnito Merodeador, revivido con la lluvia, lo observaba. No sólo eso: aquellos ocultos ojos irradiaban un odio satánico, entremezclado con rabia y frustración, que parecía formar un halo en torno a su escondite. Dmitri lanzó un gemido. Tornó a pararse: a trastabillones retrocedió. Se alejó con la mayor celeridad que lo accidentado del terreno le permitía. Atrás, destacándose de la lluvia, un objeto pesado, que se arrastraba penoso al principio, pero el cual poco a poco adquirió velocidad, lanzóse en su persecución. Las ramas y los troncos ocasionáronle magulladuras. Tro-

pezaba a cada paso. El corazón le latía como un tambor que redoblara frenético. No. No alcanzaría a salir de allí. El otro cada vez más cerca. Su peso y volumen quedaban en claro por el estruendo que causaba. Como si los baches, raíces y troncos no constituyeran obstáculos para él. Se deslizaba con la potencia de un alud que trepase por una pendiente. Dmitri, aferrándose a las ramas para darse el impulso que compensara sus menguadas fuerzas, pensó en la proximidad de su fin. De súbito cayó: su cabeza azotó contra una laja. Atontado, quiso ponerse de pie. Entonces... A sus espaldas el estrépito, que ya lo pillaba, disminuyó de volumen. Perdió bríos. Sólo fue un lastimoso reptar. Se convirtió en un murmullo apenas perceptible. A menos de diez metros, oculto por un tallar, murió de pronto. Hubo un último esfuerzo. Después, el silencio.

Dmitri, paralizado, la mente convertida en un caos de interrogantes, se quedó escuchando. Hubo de transcurrir dos o tres minutos para que comprendiese la causa de tan inusitada quietud.

La lluvia había cesado.

EL AGUA VOLVIO con Celinda: cuando trasponía el umbral, el tejado crepitaba secamente. Dmitri, recostado en el camastro, apenas la saludó. En su frente un rasguño profundo, con rastros de sangre aún fresca, y también un chichón amoratado, disimulado en parte por el revuelto pelo.

—Tuve miedo. Sabía que se encontraba a pocos metros de mí. Que si tenía el suficiente valor para aproximarme desentrañaría el misterio. Pero su odio seguía flotando. No tuve ánimos.

Su demacrado semblante reflejaba una cierta derrotada. Celinda sintió piedad.

—Cuídate. Tal vez solo no consigas cazarlo. Pide ayuda.

—¿A quién? Me delataría.

El canto monótono de la lluvia subió de tono.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé. ¿Sabes? A lo mejor viene para acá. Debe haber despertado. Sería preferible que te fueras, Celinda. Solo estoy en condiciones de defenderme y huir. Pero tú...

—No; no me iré —replicó ella, firme—. Nada ocurrirá. Al contrario: te serviré de ayuda.

—¿Crees que es galante con las mujeres? Hubieras sentido su rabia y rencor como yo. Es algo imposible de describir. No, Celinda; no te respetará. Esta-

mos ante un ser peligroso, que se siente acorralado. ¿Crees que va a distinguir un hombre de una mujer?

—¿Y por qué no habría de poseer inteligencia?

—Eso está por verse. —Escuchó la lluvia. Luego añadió—: Cuando despierta lo primero que da a conocer es su odio al hombre, Celinda. Una furia horrible contra la raza humana.

Celinda le cogió las manos; temblaba el ingeniero.

—Me lo “inyectó” directamente a la cabeza. Nunca me dejo llevar por impresiones. Pero el rencor de “eso” es concreto; como si al verme —porque de alguna manera se impuso de mi aspecto— le hubiese recordado algo.

—Tal vez su mundo ha sido destruido por una raza parecida a la humana —insinuó Celinda.

Dmitri sonrió.

—Es ir demasiado lejos. Si tiene inteligencia está en condiciones de deducir qué le ha ocurrido; lo arrancó de su sueño un raro mecanismo, y ha venido a despertar en un mundo exótico. Su odio tal vez ha nacido al tomar conciencia de su próximo fin, todo por culpa de los hombres.

Dmitri pasó su mano sobre los hombros de Celinda, y la condujo al lecho.

—En general, un ser vivo que es sacado de su medio y trasladado a uno opuesto, muere. Si a un hombre lo echaran en la Luna sin protección, reventaría como una granada. . .

—¡Chist! —dijo Celinda—. Alguien se acerca.

La muchacha fue a la puerta y pegó el oído. El hombre y la mujer percibieron un casi inoñible arrastrarse que, paulatinamente, se aproximaba.

—Es el Merodeador —balbuceó Dmitri—. Te dije que te marcharas. . .

—Nada temo —repitió ella, con serenidad.

Dmitri echó un vistazo al techo, en busca de un escondrijo.

—En caso de apuro saltas por la ventana del lado; mientras distraigo al Merodeador vas donde Ronaldo.

Celinda se pegó a él y le cuchicheó:

—Apaga la luz.

El reptar a menos de cincuenta metros. El Merodeador avanzaba con extraordinaria lentitud, demostrando una cautela inusitada. Se detuvo. El agua en el tejado redobló su intensidad. Calculó Dmitri que, a veinte metros como máximo, frente a la puerta, el ente acechaba. La tranquilidad de Celinda y la precaución del enemigo le dieron valor. Una oportunidad que no debía perder. Separóse de Celinda. Antes de que la muchacha pudiera detenerlo, abrió la puerta de un tirón.

—¡No! —gritó Celinda—. Te matará.

Le echó los brazos al cuello interponiendo su cuerpo entre la salida y el ingeniero. Un soplo húmedo y un penetrante olor a barro hirieron el olfato del ruso. Un intenso frío lo penetró hasta los huesos. La lluvia caía con ensordecedor estrépito. El hombre se sintió desfallecer. Un golpe seco y rápido: la muchacha había cerrado la puerta. De inmediato se oyó un deslizarse veloz y pesado que se alejaba en la misma dirección de donde viniera.

Pronto se diluyó bajo el aguacero.

—No debiste hacerlo —decía Celinda, acariciándole el pelo arremolinado.

—¿Sentiste su olor? ¿Y su frío? —El ingeniero, pálido, reclinado en la cama, habló débilmente.

—No.

—¿Me vas a decir que no percibiste nada cuando

estuve a punto de perder el conocimiento por el frío y el hedor?

—No, Dmitri, nada sentí.

—Es increíble. ¿O serán fenómenos que sólo me comunica a mí, y que tú, por alguna cualidad desconocida de tu sexo, no captas?

Dmitri escrutaba a la muchacha incrédulo, maravillado ante las nuevas revelaciones. Su rostro se iluminó.

—¡Celinda! Tú podrías ayudarme a capturarlo.

Celinda negó con la cabeza.

—No, Dmitri. Cuando abriste la puerta tuve un miedo horrible, porque si hubieses salido yo nada habría podido hacer.

—¿Cómo tienes esa seguridad?

—Porque él me lo ha hecho saber, así como te hizo conocer su odio, su frío y su hedor a barro.

Ahora Ella sabía a qué atenerse. Temía y se acentuaban sus dudas: el contacto estaba establecido. Porque la mente de la mujer es más compleja y simple, al mismo tiempo, que la del hombre: de ahí las dificultades del Oculito en accederla.

La aventura produjo un cambio en Celinda: acentuóse en su ánimo la idea de la esterilidad de los esfuerzos de Dmitri para atrapar al Oculito. Aún más: los móviles del ingeniero se le antojaron infantiles. Estaba ofuscado con la ocurrencia de que su hazaña se traduciría en fama y fortuna, sin preocuparle el enigma en sí. Consideraba al Acechante una bestia exótica, cuya caza era posible asimilar a la de una fiera común. Cuando esa noche, después de separarse de Dmitri, la muchacha pensó en el asunto, convenció-

se de los designios del Merodeador: participarle a ella algo sin hacérselo saber a Dmitri: el que reptaba bajo la lluvia dejaba en claro su desprecio por los manejos del ingeniero para capturarlo; únicamente le importaba establecer contacto, a través de sus poderes, con la mujer.

A la mañana siguiente Pedro trajo noticias: el Merodeador había sido oído cerca de El Guindo, en una quebrada boscosa que se extendía al sureste del pueblo.

Su último refugio imposibilitaba la captura debido a la proximidad de la población.

—AGUARDE UNOS MINUTOS, Ronaldo.

El mozo, sentado al volante, arrebuñado en su viejo abrigo, asintió. Un jirón de espacio estrellado, con un arremolinado marco de nubes, centelleaba en lo alto. Salvador entró en el rancho. Celinda, recostada en el camastro, lo observó distraída en tanto el muchacho cerraba la puerta con el grosero pestillo.

—Desde entonces Dmitri cambió; se puso hosco y frío conmigo.

—¿Por qué?

—Incompatibilidad de caracteres —dijo ella, socarrona—. El amor, como todas las cosas de este mundo, se termina. Insistió en que lo ayudara. Como me negué, empezó a hacerme escenas desagradables.

—No comprendo las causas de tu negativa. Fueron simples impresiones tuyas.

—Es difícil explicar. Nada sacaba con asegurarle a Dmitri que nunca atraparía al Merodeador. Se habría reído de mí. A pesar de que instintivamente le temía, su razón se impuso. El todo lo explicaba a través de la ciencia.

Un día Dmitri viajó a Talca, donde sostuvo una entrevista con un agente occidental. Explicó vagamente a la muchacha que había decidido seguir su consejo de pedir auxilio; pero no le dio mayores luces.

El Extranjero cometía el primer error: solicitar ayuda.

Lo que siguió, Celinda lo supo por medio de Pedro: el ingeniero tornóse cauto con ella. Una semana después de la entrevista arribó a las solitarias playas de El Guindo un submarino de la flota del Pacífico: Dmitri recibió varios equipos, los cuales fueron trasladados al rancho en colaboración con Pedro. Paralelamente ambos hombres abrieron, en el punto más recóndito del precipicio, una cueva. Dmitri se trasladó a ella, pues la prudencia aconsejaba evacuar la cabaña. Pedro se encargó de colocar los equipos terroríficos en las casas de El Guindo, tarea que el muchacho cumplió en forma satisfactoria y en un tiempo record.

Dmitri, ignorante de que la muchacha estaba al tanto de tales maniobras, seguía viéndola con ella en el rancho. Comenzó la farsa: para darle verosimilitud el ingeniero efectuaba las transmisiones en las noches de lluvia, cuando el reloj marcaba las doce, hora predilecta de los espíritus malignos. Cundió el terror. Pedro propuso la idea de abandonar el pueblo por el resto del invierno, iniciativa que tuvo una acogida general, aunque los guindanos no se decidieron a adoptarla de inmediato. Pero Dmitri no dudaba de que la gente terminaría por irse, dejando el campo libre para cazar al Acechante.

—¿Cómo permitiste que sucediera eso? —preguntó Salvador.

Suspiró la muchacha.

—Traté de evitarlo; fue un desastre. Dmitri armó un escándalo infernal. Me acusó de infiel, y otras cosas. Habría matado a Pedro de no ser que lo necesitaba.

—¿A Pedro? ¿Por qué?

—Se le ocurrió que me había transformado en su amante; le había hecho jurar que nada me dijera a mí sobre sus maniobras.

—¿Y qué hay de verdad en eso?

—Lo dejo a tu imaginación —replicó ella, despectiva—. Por lo demás, no tiene importancia en esta historia: ambos están muertos.

—¿También Dmitri?

A fines de abril, tres días después de la escena (todo lo supo Celinda por Pedro: a Dmitri no lo volvió a ver), volviendo Pedro a su rancho luego de separarse de Dmitri, encontróse de repente rodeado por tres obscuras siluetas que saltaron sobre él desde un matorral. Una cuchilla larga y afilada fulgía en la mano de uno de los asaltantes: Pedro no tuvo otra alternativa que "cantar". Guió a sus captores a la gova, y Dmitri tuvo un desagradable despertar: los hombres eran tres agentes rusos que habían entrado a Chile por las vías legales, excepto el hecho de disfrazar su origen. Con excelente humor le relataron a Dmitri que su presencia allí derivaba especialmente de las maniobras de un misterioso submarino avistado en aguas territoriales chilenas. Se le garantizaron a Pedro la vida y una magnífica recompensa si colaboraba con ellos. ¿Por qué si el Merodeador, su arribo a la Tierra mejor dicho, era obra de los compatriotas de Dmitri no procedieron abiertamente? Si la noticia de que el Luna VII transportaba desconocidas sustancias habría provocado dificultades internacionales, ¿qué escándalo se hubiese armado de saberse que ya no se trataba de minerales inanimados, sino de un monstruo, cuyos poderes se desconocían, el cual vagaba por las montañas de El Guindo, después de escapar sano y salvo del cohete! Mientras fuese posible debía mantenerse reserva. Por suerte, los mismos occidentales, que en la actualidad creían llevar una enorme cuanto subrepticia

ventaja a sus rivales, gracias a la maniobra de Dmitri —la palabra “maniobra” la acompañó el jefe con una significativa mirada al ingeniero—, estarían dispuestos a encubrir el asunto hasta el fin. ¡Qué magnífica jugada! Los rusos construían el Luna VII, poniendo en su realización todo el esfuerzo técnico y económico, y los occidentales, arteramente, cosechaban el triunfo. Pero la farsa había terminado, señaló el jefe con un acento dramático. Dmitri seguiría comunicándose con el submarino mediante la clave secreta de los occidentales, a fin de tenerlos tranquilos, mientras la búsqueda proseguía ahora por sus “legítimos dueños”. En cuanto se le atrapase, otro sumergible, ruso ahora, acudiría a recogerlos a la vecina costa.

Celinda, avisada por Pedro del nuevo giro de los acontecimientos, volvió a Santiago. Una semana después Pedro acudió a visitarla.

—¿A tu casa? —Salvador estaba abismado.

Habría sido una imprudencia sin nombre, explicó-le la muchacha, tranquila, considerando lo que ocurría en El Guindo. Enteróse por el aterrorizado leñador del desenlace de la aventura: a la noche siguiente desatóse la lluvia, y mientras en los oídos de los guindanos se materializaba la siniestra presencia del falso Merodeador, y el gas del terror, con la adición de una substancia que hedía a barro, todo obra de los occidentales, invadía sus miserables viviendas, los rusos hicieron una rápida exploración a la otra quebrada; llevaban linternas de luz infrarroja, que permitía ver de noche mediante anteojos especiales, para garantizar el incógnito. El Merodeador, siempre parapetado en la espesura, los siguió. Intimidados los hombres ante su furioso arrastrarse, abandonaron por esa noche sus investigaciones. Hicieron un descubrimiento que los llenó de optimismo. El ente acusó una gran sensibilidad por la luz negra: valiéndose de ella esta-

ban en condiciones de tenderle una trampa, proyecto que al parecer comunicaron a sus compatriotas, pues éstos lo habían puesto en práctica en la presente noche.

Convenía que los hombres creyesen en la reacción del Acechante ante la luz negra. Así lo ayudarían a despejar el villorrio de testigos peligrosos.

Al otro día, cuando Pedro fue a la covacha, halló muertos a los tres hombres: una atmósfera helada llenaba el cubil, y, también, un intolerable olor a barro. Pedro infirió que el Merodeador, al acecho sin duda en los aledaños, donde lo condujera la pasada noche la luz negra, aprovechó la oportunidad. Cuando los hombres despertaron sintieronse penetrados de frío: de una frigidez que crecía segundo a segundo; de un hielo que los paralizó rápidamente, al mismo tiempo que un insoportable hedor a cieno les provocaba una lenta asfixia.

Un ser venido del más allá, dotado de propiedades elásticas, obstruía con su cuerpo polimorfo el angosto respiradero.

Había un solo error en las deducciones del Labrador: el Acechante nunca abandonó su refugio.

Pedro, sin perder la sangre fría, obturó el acceso de la cueva con piedras y barro. Acobardado por la tragedia, partió a pedir consejo a Celinda: entre ambos acordaron guardar silencio, en vista de la gravedad del asunto. Mal que mal, los guindanos no vol-

verían a padecer terroríficas noches, en lo que se equivocaron.

Pedro regresó a su pueblo. El 13 de mayo su cadáver, cubierto de barro, colmadas la boca y las narices de él, apareció en el mismo lugar donde viera el derrumbe.

—¿QUIEN LO MATO?

Salvador, con una mirada torva, intoxicada la mente con la reciente historia, se paró. Rechinó el encatrado.

—Acuérdate que el submarino oriental quedó en volver. Quizás sus tripulantes apresaron a Pedro, a quien conocían de referencias por las comunicaciones que alcanzaron a hacer los agentes rusos; lo creyeron autor de las muertes, o, lo más probable, lo mataron para no dejar testigos peligrosos. Si a mí nada me hicieron es porque ignoran que sé toda la historia; creen que únicamente tuve amores con Dmitri, pero no saben que Pedro me lo contaba todo. El se cuidó de que mi nombre no se mencionara. Por suerte Dmitri también se calló esa parte.

—¿Y el barro? ¿Por qué el barro?

Para darle un carácter extraño al crimen. El barro y el olor a barro la gente de El Guindo lo asociaban con el Merodeador.

—Pero ¿quién mató a Diego? ¿Quién volvió a utilizar los transmisores de estos ranchos, una vez que Pedro murió, hasta que los guindanos tuvieron que huir?

—No lo sé. Pudieron ser los propios rusos, decididos a agotar sus esfuerzos por atrapar al Merodeador. Tal vez Diego los sorprendió, y lo mataron, por

las mismas causas que a Pedro. Nada les costó rehabilitar la gruta y seguir con los "programas". En vista del fracaso se marcharon; hoy día saben tanto del Merodeador como cuando Dmitri fue recapturado por ellos. Aún más: después de lo acaecido esta noche dudan de la verosimilitud de la historia.

—¿Y por qué te preguntaron por Dmitri? Saben que murió.

—Para ver si me sonsacaban algo.

—¿Y los occidentales? ¿Cómo no volvieron a recuperar sus equipos?

—Mientras El Guindo estuvo habitado, sin la ayuda de Pedro nada podían hacer. Y el tiempo últimamente ha estado malo para que atraque un submarino en estas costas. Los rusos se arriesgaron. Es posible, por otra parte, que los occidentales quieran hacer nuevas tentativas en la primavera. Sé que continúan haciendo sigilosas gestiones para investigar lo ocurrido en El Guindo.

En el amor y en la muerte, es difícil que la intuición de la mujer se equivoque.

Salvador, nervioso, dio unos pasos por la pieza.

—¿Sabes dónde queda esa gruta?

—No. Por lo demás, los rusos debieron tapiarla cuando volvieron en busca de sus agentes. Con seguridad se llevaron hasta los cadáveres. No iban a dejar pruebas tan comprometedoras.

—¿Y qué piensas del Merodeador?

La muchacha desvió la vista, pensativa.

—Que existe, simplemente, y que influye no sé cómo sobre las personas. También posee muchas facultades, las cuales, quizás, van aumentando a medida que transcurre el tiempo. A veces se arrastra, otras ca-

mina. Cuando ha llovido mucho es capaz de seguir moviéndose aunque no caiga agua por un tiempo más o menos largo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Pedro, y por lo que me contaste esta noche. Como tú, Pedro sintió pasos, distintos a los humanos; de ahí nació la idea de grabar esos ruidos, que se transmitían a los guindanos. Nadie lo ha visto, pero es evidente que cambia de forma. Y tal vez al ocurrir esto también cambien sus inquietudes. Todo cuanto se relaciona con él sigue en el misterio. Pero está solo, en un medio adverso, donde depende de la lluvia para adquirir conciencia de sí mismo. Y tiene odio.

Salvador sintió un escalofrío. Miró medroso en redor.

—¿Qué monos pinta aquí Felipe? —preguntó de súbito, para cambiar de tema, atajando a Celinda, que se disponía a abrir la puerta.

Ella lo encaró sin inmutarse:

—Es amigo del embajador occidental. Conoce parte de la historia.

—¿Sí? ¿Quién se la contó?

—En la embajada.

—¿Y supo que estabas metida en el lío? —Una rabia, producto de frustración y odio, distorsionó la voz de Salvador.

—Sí; lo supo.

—¿Por eso te transformaste en su amante?

—Ese es asunto mío —replicó ella, tranquila.

—Claro que es asunto tuyo. No lo dudo. —Salvador hizo un esguince histérico—. Todo es tuyo. ¿Te das cuenta de que sabes mucho sobre los asesinatos de tanta gente, cuyos autores son buscados, por cielo y tierra, y que te has hecho cómplice con tu silencio? ¿Hasta cuándo crees que podrás seguir con la farsa?

—Cálmate; la farsa seguirá hasta que termine, sea

para bien o para mal. No me importa. En cuanto a los riesgos, debo decirte que son mínimos. Hay poderosos intereses en juego que se encargarán de guardar el secreto.

—¿Incluso el hecho de que nuestro país se haya transformado en un campo de batalla de las grandes potencias, que pelean por sus intereses particulares?

Las palabras de Salvador sonaron con cómicas inflexiones melodramáticas: un acceso de infantil rebeldía ante el atropello.

—¡Ay, Salvador! ¿Sientes sinceramente ese patriotismo? Acuérdate de Dmitri: somos países subdesarrollados que sólo sabemos gritar y pedir. ¿Qué ganarías con desgañitarte? Nos pondrían mordaza; estamos en manos de los grandes, Salvador.

Fatalismo en la voz de Celinda. Salvador, abatido, sin saber qué hacer ni qué decir, se quedó mirándola con un rostro vacuo, pálido, temblorosas las aletas nasales.

La endeble personalidad del Elegido lo llevaba a buscar pruebas y antecedentes sin ninguna utilidad para el futuro. ¿O sería su obcecación por ella? El Oculito debería darle nuevos remezones para que comprendiese su trascendental misión.

—¿Cómo se planeó lo de esta noche?

Felipe le había hablado de sus intenciones de visitar El Guindo; le manifestó que estaba en antecedentes de lo ocurrido. No trató de forzarla; fue más bien un ruego; el muchacho quería granjearse la buena voluntad del embajador. Le dio a entender que actuaba por encargo de éste, cosa de la cual Celinda dudaba. Se habría negado de no mediar que los rusos, a través de un agente, solicitaron sus servicios.

Fue la primera vez que los rusos rompieron la reserva con ella, pues hasta ese día habíanse desentendido de la participación de Celinda en el evento. Ellos expusieron sus planes: un submarino desembarcaría un pelotón de hombres, el cual realizaría una batida por la zona, aprovechándose de que el mar, picado por el tempestuoso invierno, mantendría alejados a los occidentales, pues era de colegir que éstos, en cuanto llegase la primavera, harían nuevas exploraciones. Celinda debería ir a El Guindo, en lo posible acompañada de otras personas —simulando un paseo de fin de semana, por ejemplo, para disfrazar mejor su misión—, y dada su condición de conocedora de las costumbres lugareñas, que estaba en situación de actuar sin despertar desconfianza, tenerlos al tanto de cualquiera contingencia que hiciese peligrar la maniobra rusa, para cuyo objeto le proporcionaron un minúsculo radiotransmisor, el cual la muchacha operaría desde el dormitorio. Les participó las intenciones de Felipe, cuando éste expuso la idea de pasar una noche en El Guindo. Como sólo se trataba de un "dile tante" no se opusieron. Al contrario: decidieron servirse de él para atrapar al Merodeador. Montarían un reflector de luz infrarroja en la copa de un árbol, y si el selenita acudía, tratarían de atraerlo a una casa mediante otro foco oculto bajo el alero. Celinda debería convencer a Felipe para que eligiese ese rancho. Cuando el Merodeador entrase, atraído por la segunda luz y la presencia humana, harían detonar una bomba deshidratadora, la cual únicamente provocaría un desmayo a Felipe, pero reduciría al engendro lunar.

—¿Un desmayo? —preguntó Salvador, sarcástico—. ¿Te constaba que ocurriría eso nada más? Imagino que para deshidratar un cuerpo así se requiere calor, mucho calor.

—Me lo garantizaron —explicó Celinda, serena—.

Mal que mal, la muerte de Felipe en circunstancias anormales habría causado revuelo. Está muy bien vinculado y es conocidísimo. No. No se habrían expuesto a tanto.

—Nada los habría detenido, Celinda. Ni aún la perspectiva de una guerra mundial. Seguro que la posición social de un latinoamericano se iba a interponer en sus planes. . . ¡Eso no lo podías ignorar!

—Pero de algo estaba segura: el Merodeador no se dejaría atrapar.

Salvador se estremeció.

El *jeep* se alejaba del poblacho; el cortinaje de nubes se descorría sobre el vertiginoso escenario cósmico. Celinda, acurrucada en el otro extremo del asiento, callaba.

Ronaldo manejaba silencioso y mustio, empalado de frío y sueño por la larga vigilia.

(El imbécil de Felipe se sentía compenetrado de su papel de investigador. ¡Qué intrépido! Ni sospecha el infeliz a lo que se expuso. Pero lo pasa tan bien. A cualquiera se la doy. Después de una noche encima de Celinda estaría dispuesto a viajar a la Luna. De seguro que ese ocioso se enteró de la historia por alguna infidencia en la embajada, y se aprovechó del asunto para gozarse a Celinda aquí, en esta romántica casa del tío Carlos. Engañó a esta tonta con la historia de un encargo confidencial. Refinado por donde se le mire. El encargo se lo hizo él a ella. Ya lo veo encima de esta yegua, aferrándole las nalgas a dos manos, mientras le jadeaba al oído la peligrosa aventura que pensaba correr. Y como siempre, la mujer sabía más. ¡Qué complaciente debió ser en la cama al pensar que el pobre idiota corría un verdadero riesgo! ¡Hija de puta!)

Hacia el mar, un muro de nubes hundíase lento en el horizonte.

(Diego sorprendió una sombra que lo espiaba. Tal vez trataron de intimidarlo, para que dejase de acudir a su horno. ¿Cómo la policía no los pilló? Registraron todos los alrededores. ¡Poco les costó a las grandes potencias insinuarles a las autoridades que fuesen negligentes! ¿Qué significa la muerte de dos labriegos en circunstancias que está en juego la estabilidad mundial?)

—¿Cuándo se embarcan? —preguntó.

—Van a esperar que el mar se calme.

—O sea, permanecerán en tierra algunas horas más. ¿No temen que los delaten?

—¿Quién los va a descubrir? Por lo demás, saben esconderse y andan bien armados.

(Todo el mundo hace la "vista gorda" ante las jargarretas de las grandes potencias. ¿Que desatan el terror y la muerte sobre una región pobre y desamparada? Bueno; todo sea por la ciencia; el mundo disfrutará algún día de esos adelantos. Y que alguien se atreva a reclamar. ¡Existen mil modos de hacer callar a la gente! El solo hecho de que la prensa mundial ignore el clamor, obligada a ello o por las buenas —distrayendo su atención hacia otros acontecimientos para apagar el primero—, basta para que el hecho pierda importancia. O que lo echen a la broma. Mil y un recursos. La gran masa, más que nunca, puede ser engañada a su antojo por unos pocos.)

El *jeep* frenó frente al garaje. Descendió Celinda. Salvador, un poco rezagado, le dio alcance en el corredor. Audazmente le rodeó la cintura y la atrajo. La muchacha lo enfrentó atónita; opuso una ligera resistencia al abrazo.

—Creo que merezco una recompensa —balbuceó Salvador.

TRATO DE BESARLA. Retiró ella el rostro y le puso una mano en el pecho para detenerlo.

—¿Sí? ¿Qué clase de recompensa? —Celinda se había recuperado de la sorpresa.

—Tú: ¡estoy loco por ti!

—Loco estás, sin duda —contestó ella, fríamente. Y como él insistiera en abrazarla, lo empujó con cierta violencia. Trastabilló Salvador. Tragó saliva, al mismo tiempo que un frío intenso se le localizaba en la columna vertebral y la nuca—. ¿Qué te has imaginado?

—Pero ¿qué te importa? —tartamudeó estúpidamente, sintiéndose invadido por un mortal desencanto, que le hizo perder el control de sus ideas, y, también, de la voz.

—¿Qué me importa uno más? Nada, si quieres saberlo. Pero no tú, ¿entiendes? No me gustas como hombre, porque todavía no lo eres, ¿ves?

La voz de Celinda, dura y queda, lo fustigaba con saña.

—Quizás el mismo Pedro, con todo lo rudo que era, me gustó. Pero no tú. Lamento defraudarte, Salvador. Eres muy vivo, pero un poco tonto. A las mujeres como yo les cargan los aprovechadores, aunque casi siempre somos sus víctimas.

—¡Quisiste matarme! —rugió Salvador, trastor-

nado de rabia, sin preocuparse de que lo pudieran oír—. Me echaste a Delia para que me engatusara y me fuera a su dormitorio, donde me esperaban para atacarme. ¡Eres una...!

No concluyó la frase, atragantado por la cólera.

—Grita cuanto quieras. Cuéntale a todo el mundo lo que sabes. Respecto a lo que ocurrió entre tú y Delia no me concierne. Me parece poco caballeroso de tu parte que te expreses así de mi amiga. Si ha tenido una debilidad por ti, la compadezco. ¡No sabía con qué laya de hombre se metía!

—¡Mentirosa! Ronaldo me lo contó todo. Ustedes estaban decididas a ir a El Guindo...

—Bueno: sigue hablando solo si deseas. Como has visto, Delia se quedó aquí. Yo tenía que devolver el transmisor. Si tenías una cita con ella perdiste una buena oportunidad de hacerte hombre. Y no olvides una cosa: cuídate de la maldición del Merodeador. A todos los que han tenido alguna relación con él, que lo han escuchado únicamente, les ha ido mal. Hay varios muertos, ¿no? Yo misma, en cierto sentido, lo estoy. Buenas noches, hijo.

Desapareció en el interior de la casa con rápidos y seguros pasos. Salvador, temblando como poseído, se quedó allí, desorbitados los ojos, helado hasta los tuétanos.

La falta del fluido vital, al adormecer sus percepciones, le impedía encauzar al Elegido por el único camino posible. Quedaba poco tiempo.

Salvador se aprestaba a entrar en su habitación, aún helado por el reciente fiasco, cuando notó que alguien salía de la alcoba de Celinda. Era Delia. Desen-

tendiéndose de los motivos de Delia para abandonar a tales horas la pieza de aquélla (sin duda fue a enterarse de las vicisitudes de su amiga, desvelada quizá por su tardanza), Salvador se le acercó, sintiendo de paso que la boca se le secaba rápidamente. La muchacha, que vestía una vaporosa bata, lo enfrentó calmosa, ya en la puerta de su dormitorio. Las luces indirectas del pasillo arrancaban destellos dorados de su cabellera.

—Deseaba explicarte —empezó trémulo, ante la posibilidad de que Delia fuese asequible y estuviese dispuesta a realizar en ese instante la frustrada cita, al mismo tiempo que lanzaba rápidas miradas a las puertas de los demás dormitorios, temeroso de que Juan, Felipe o Celinda estuviese atisbando.

—¿Explicar qué? —interrumpió ella, con una voz fría e incolora, fruncido el ceño con aire de duda, una mano presta a girar el picaporte. Mórbidas formas translucíanse bajo la bata.

—Mi atraso.

—No hay nada que explicar, Salvador. Fue un momento de debilidad a los que las mujeres somos propensas. Mejor que nada haya ocurrido. Quizá después nos habría bajado el arrepentimiento, ¿verdad?

Remató la frase con una bajada de ojos, denotadora de culpabilidad.

—Pero...

—Olvidémonos, Salvador. Por algo dejaste de acudir. Me molestó que me hubieses hecho esperar, pero después comprendí tu delicadeza de no correr una vulgar aventura conmigo. Buenas noches.

Antes de que Salvador, demudado y pálido, dijese algo, entró en su dormitorio. Le lanzó, por encima del hombro, una seductora sonrisa, diciéndole, en voz muy queda:

—No olvides de apagar la luz del pasadizo.

Como punto final de la escena, en los oídos de Salvador resonó, como un disparo, el doble taque de la llave en la cerradura.

Juan dormía profundamente: no lo sintió entrar ni desvestirse.

(Caí como un imbécil. Nunca antes dio señales de fijarse en mí. Al revés: no disimulaba su desprecio por mi condición de empleado bancario, sin apellido y sin auto. ¿Iba a descubrir de pronto algún atractivo que antes no viera? No es de las que se demoran en olfatear esas cosas; las ve debajo del agua. Sólo el dinero y el lujo la hacen reaccionar. Todo cerebral, cuando hay plata de por medio. ¡Cómo me engañó!)

Sus ojos, habituados a la obscuridad, percibían el lecho de Juan. Afuera, silencio y tinieblas: ni una gota de luz a través del ventanal.

(Celinda... La única que es ella misma. Se dejó abordar esa tarde porque le gusté. Mi vida cambió desde ese día. Frecuenté gente agradable, conocí ambientes elegantes, y, mal que mal, me hice amigo de Juan. Y de Felipe. Me conviene cultivarlo. Es poderoso; quizá me ayude en el futuro. Necesito dinero, llegar a ser alguien. Tal vez con el tiempo Celinda cambie conmigo. Claro que cometí una estupidez sin nombre. ¿Cómo fui tan desatinado? Y poco hombre, en realidad. Celinda tuvo razón al decírmelo. Traté de tomar ventaja de mi situación. Aprovecharme de su sufrimiento, de sus desgracias.)

Imposible conciliar el sueño. Imaginaba a Delia, con su tenue camisa de dormir, descansando entre las blancas sábanas. Habría podido, tal vez, estar allí, acariciando su cuerpo firme y blanco. La idea de que lo hubiera quedado esperando aquella noche, aunque sólo hubiese sido por hacerle el juego a Celinda, lo tranquilizaba.

(Todo fue una farsa. ¿O estaría dispuesta a sacrificarse? Hace lo que Celinda le pide. Y para Celinda era importantísimo que me quedase aquí. Delia se calentó conmigo. Estoy seguro. ¿O lo fingió todo? Quizá el idiota de Ronaldo entendió mal. Claro que si las dos estaban dispuestas a ir a El Guindo no habrían vacilado en asesinarme. Pero Delia no fue. Fui un imbécil. Y por partida doble. Todavía con la maldición del Merodeador encima.)

Al recordar al ente vinieron a su memoria las historias de Dmitri y Pedro; sus reflexiones se encaminaron hacia los incidentes de esa noche, y, en especial, respecto al Merodeador, relegando a segundo término sus recientes fracasos.

Afortunadamente, el Elegido retomaba el hilo de la historia.

¿Le habría confesado todo Celinda? Ella conocía o intuía, al menos, otros aspectos del enigma. En cada uno de los actos del reptante la muchacha veía la presencia de una mente actuando impulsada por misteriosos designios. El hecho de eludir a Dmitri —suceso trascendental a juicio de Celinda— dejaba en descubierto la falta de elementos del ruso para atraparlo y nada más; tuvo que proceder a escondidas. Lo mismo les ocurrió a los otros. También debían considerarse los factores favorables al fugitivo: el Luna VII cayó en El Guindo, donde permaneció veinticuatro horas sin ser hallado. Como si esto fuera poco, durante la tarde llovió, contingencia imprevisible pero vital para el Merodeador. De aterrizar en Rusia el cohete, la carga estaría en los laboratorios, convenientemente almacenada y sometida a toda clase de análisis. ¿Qué

sabía la muchacha? Sostenía que el ingeniero estaba cegado. ¿Ante qué? Si la facilidad para ocultarse y burlar a sus acosadores demostraba los sobrenaturales poderes del Oculto, esta interpretación presentaba lados débiles: el hecho de que unos niños, por un infantil capricho, hubiesen delatado su refugio, revelaba lo expuesto que el Acechante estaba frente a lo imprevisto. Otra vez el azar lo protegió: los chicos, amén de su corta edad, tenían fama de embusteros. De nada sirvió el descubrimiento; ni su propio padre les creyó. Aunque no. Pedro lo tomó en serio. Y lo mismo Dmitri.

(¡Qué curioso! Dmitri y Pedro. Las dos primeras veces que el Merodeador hizo saber su presencia, llegó a oídos de ambos. ¿Será una coincidencia? Porque Pedro convenció a Dmitri de que en el Luna VII llegó algo. Y Dmitri, con todo su criterio científico a cuestas, le creyó, a pesar de las vagas pruebas. ¿Por qué?)

¡Cuántos hechos extraños! Que Pedro hubiese sido el primero en llegar hasta el derruido cohete, con lo cual se impuso de la existencia del misterio. A ningún otro en El Guindo se le habría ocurrido guardar el secreto. Y la particular psicología de ambos hombres: los dos procedieron guiados por la ambición. Otro factor favorable al Merodeador: el secreto de su existencia quedó circunscrito a dos personas interesadas en guardarlo. La convicción de Celinda. Los niños. He aquí que su historia volvía a entrometerse. Aunque como suceso aislado carecía de valor, no cabían dudas de sus influencias sobre Pedro y Dmitri. El ingeniero, al saber que durante el verano el pasajero del Luna VII había estado sin dar señales de vida, se habría desistido de sus propósitos de quedarse en El Guindo: la teoría del milagro obrado por el agua so-

bre un organismo venido de la Luna descansaba sobre cimientos demasiado febles. En esa época el ingeniero ignoraba cuán indispensable era la lluvia para el Oculito; que ésta lo hubiese revivido caía dentro de las posibilidades susceptibles de aceptar, pero la continuidad de la misma para mantener sus facultades no resistía un análisis serio, menos para un científico como el ruso. Por otra parte, por mucho que la lluvia hubiese sido casual e imprevisible, el viajero estuvo dos o tres horas expuesto a sus efectos sin decidirse a dejar la cápsula; el leñador llegó al cohete cuando el aguacero estaba por terminar. Posteriormente demostró —a través de la anécdota de los niños, y del propio Dmitri— que requería poca agua y tiempo para adquirir sus facultades locomotoras. Si bien aquello podía atribuirse a su desconcierto frente al exótico mundo, que le hizo proceder cauteloso en los primeros momentos, decidiéndose a escapar al percibir la presencia de Pedro, también cabía la disyuntiva de que su permanencia en el Luna VII —dadas las extraordinarias y veloces reacciones que experimentaba con el agua— fuese intencional; pudo huir antes y no lo hizo.

(¡Esperó a Pedro! Se explicarían muchas cosas. Pero ¿por qué? ¿No habría sido mejor que nadie hubiese sospechado su existencia? Mal que mal, se las arregló para dejar limpio el cohete de polvo meteórico. Así los rusos colgaron la desaparición de la carga a los mecanismos. Pero se quedó hasta la venida de Pedro; le hizo sentir su frío, su olor y le comunicó un terror inusitado. El no podía saber... ¡Señor! ¿Y si sabía? No es posible. Estoy pensando cosas sin sentido. A lo mejor... ¡Sí! A Dmitri y Celinda también les comunicó cosas raras. ¡Esperó a Pedro con toda in-

tención! Quería que alguien supiese su llegada en el Luna VII. Que determinadas personas conocieran su origen de otro mundo, sin atribuir sus futuras apariciones a causas inexplicables. Todo estuvo dirigido a Pedro y Dmitri... ¡Dios! ¡A Celinda! Estaba aquí cuando cayó el Luna VII. Quería hacerle saber que venía del más allá. Y la hizo pensar en su soledad y desamparo, en que la necesitaba...)

Se enderezó en la cama. Juan dormía con grandes ronquidos, que despertaban ecos en los oscuros rincones.

(Es mucho rebuscar. Cierto que las andanzas de ese bicho parecen indicar la existencia de algo preconcebido. Pero de ahí a que sea verdad... ¿Qué es el Merodeador, al fin y al cabo? Cuando más una criatura monstruosa, generada por circunstancias fortuitas, al que Celinda le atribuye determinadas condiciones humanas. Ridículo. Con razón Dmitri se reía. Y si se molestó con ella fue porque esa putilla se la jugó con Pedro. Nada más. Poco lucido el papel de Celinda en esta historia de intrigas internacionales: anduvo de cama en cama. Tonta además de puta. Y me viene con la poética leyenda de que un monstruo invisible anda en busca de una compañera. ¡De ella, por cierto! Se siente amada por el Merodeador. Para reírse a gritos. Siempre Celinda en el centro de los acontecimientos: todo el mundo gira a su alrededor. Y yo tomando en serio sus ocurrencias. Como es incapaz de reconocer que Dmitri sólo la quiso para la cama, al verse descubierta por mí fraguó esa misteriosa leyenda. De poseer una inteligencia sobrenatural, el Merodeador ya habría obtenido resultados concretos. ¿Me consta todo cuanto me dijo Celinda sobre Pedro y Dmitri? ¡Cómo se ha reído de mí!)

HACIA CALOR: una transpiración untuosa le pegó el pijama al cuerpo, produciéndole un cosquilleo enervante. Echó la cubierta para atrás y sacó las piernas.

(Amante de Dmitri; de Pedro, ese roto sucio y grosero; de Felipe. Quizá de cuántos otros. Con todos se acostó sin pestañear. Y conmigo...)

El sudor prodújole una comezón insoportable en las piernas y en las ingles. Desanudóse el pantalón: se lo bajó.

(Es la indecisión. No le gustan los tipos tímidos, sin confianza en sí mismos. Eso las mujeres como Celinda lo huelen, como el perro el miedo del hombre. Si yo poseyese el desplante de Felipe. ¿Cómo? Tiene tras sí una fortuna y una familia llena de tradiciones e influencias. Es fácil proceder con desenvoltura y audacia. ¿Qué pierde? Si le dicen que no es no. Se acabó. A buscarse otra. La que se negó no le va a quitar el saludo. Seguirá mostrándose amable y abisagrada porque pudiera ocurrir que el distinguido heredero se interesase en el futuro "para bien". Por lo tanto, es necesario tenerlo grato. ¡Todo se les disculpa y tolera a los ricos!)

Volteó la almohada y hundió la mejilla en el dorso fresco de aquélla.

Sus menguadas facultades no le permitían dar

cohesión a las conjeturas del Elegido. En cualquier momento podía cometer una nueva torpeza.

(¿Me aceptará Celinda de nuevo? Ni siquiera va a saludarme. Sabe ser fría e inconvencible. Sólo con los hombres que la tratan con rudeza es humilde. Con Dmitri, que le demostró hasta el cansancio que nada significaba para él, excepto que le gustaba meterse en la cama con ella, como lo habría hecho con cualquiera otra. Y con Pedro. ¡Difícil que ese gañán haya sido delicado! Quizá la obligó a acostarse con él, amenazándola con acusarla a don Carlos de sus aventuras con el ruso si no aceptaba. Así ha sido. Pedro debió aprovecharse de la situación. Con toda su ignorancia a cuestas, supo intimidarla. Le ha hecho comprender que no bromeaba, que estaba dispuesto a llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. En cambio, adivinó mi debilidad, mi miedo; comprendió que no sería capaz de delatarla, que no me atrevería a armar un escándalo. Por eso piensa que no soy hombre...!)

Dio media vuelta: se quedó al borde del lecho, una pierna colgando, la planta del pie apoyada en la alfombra.

(¿Y si la tomo por asalto?)

La ocurrencia le hizo contener la respiración. Debían ser las cinco de la madrugada.

(Simplemente voy a su dormitorio y me meto en su cama. Que proteste, que patalee. ¡A ver si se atreve a gritar! No lo hará. Además está debilitada con las últimas penurias. Tengo que actuar con decisión únicamente. Cogerla con fuerza, aplastarla con mi cuerpo, y bajarle la camisa de dormir. Sus pechos quedarán a mi disposición. Y ahí se entregará. Apenas una pequeña resistencia, en silencio, para que no la oigan los vecinos.)

Lo inevitable estaba ocurriendo. Desde la inmensidad del espacio las estrellas hacían burlones guiños. El Elegido, ofuscado, alterada la mente con sus ininterrumpidas dudas, estaba a punto de echarlo todo a perder. ¿Cómo advertirlo? Reunió sus energías, y sus percepciones proyectáronse debilitadas hacia la casa de la colina.

Se sentó en la cama. Una sensación galvanizadora invadió su organismo.

(Las mujeres como Celinda quieren eso de los hombres. Que se las pesquen a la fuerza. Es la oportunidad precisa. Jamás se me volverá a presentar otra igual. Y tengo otros recursos para reducirla, en caso de que me oponga mucha resistencia. Le diré que conozco el secreto del Merodeador. Terminará por desarmarla. ¡Será el golpe de gracia!)

Bajó del lecho, todavía indeciso. Miró a Juan: roncaba el estudiante a más y mejor.

(Veamos: Delia se encerró con llave. Entre su dormitorio y el de Celinda hay un baño. Después vienen otro baño y la pieza de Felipe. Don Carlos duerme en la otra ala de la casa, y usa somníferos. Celinda tendría que dar un alarido para despertar a Delia o a Felipe. ¿Y si se ha encerrado con llave? Diablos: eso estaría malo. Tendría que dar media vuelta y volverme. No. No me devuelvo. Le golpeo la puerta. Va a preguntar quién es; le digo que le voy a contar algo sobre el Merodeador. Que descubrí sus planes. ¡Eso es! ¿Y si me dice que se lo cuente mañana? Le contesto que mañana es tarde, que debe ser esta noche. ¡El Merodeador la hará saltar! Si hay algo en este mundo capaz de hacerla reaccionar es el Acechante.)

Se puso la bata. Luego se la quitó. Podía estorbar sus movimientos. En zapatillas dirigióse a la puerta.

sin despegar los ojos de Juan, el cual no se había movido. Abrió la hoja con cautela. Las bien aceitadas bisagras no emitieron ni un gemido.

(¿Y si está con Felipe? Es posible que esté en su dormitorio. ¡Lucido quedaría! También Felipe puede estar en la pieza de ella, para devolverle la visita de anoche.)

Permaneció indeciso, asomado al pasillo.

(Bueno: nada se pierde con probar. Primero me asomo al dormitorio de Felipe. Esta es la hora del sueño profundo.)

Escuchó. Un silencio ominoso y opresivo cerníase en el pasadizo. Y una impenetrable oscuridad. Pero era fácil orientarse. Al lado el cuarto de Delia; más allá la puerta del primer baño; luego el dormitorio de Celinda; otro baño, y, cerrando el pasaje, la alcoba de Felipe. Avanzó sobre la mullida alfombra, después de cerrar la puerta de su habitación con el máximo sigilo. En pocos segundos estaba junto a la pieza de Felipe. Pegó el oído a la hoja. Nada. ¿Abriría? Su empuje se debilitó: estuvo a punto de desistirse. ¿Y si Celinda estaba allí? La interrogante le devolvió el valor. Los haría pasar un susto. Estando solo Felipe, su sueño tenía que ser profundo. Sin pensarlo más, comenzó a abrir. Crujió el lecho del durmiente. Quedóse inmóvil. Sonidos guturales y tartajeantes surgieron de la noche: voces dormidas. A la opaca luz que penetraba por el amplio ventanal, Salvador divisó un bulto en el lecho. Una persona sola, evidentemente. Cerró con cautela y, por un segundo, estuvo atisbando las tinieblas. En seguida se puso en camino. Tan violentos los latidos de su corazón que, por un instante, temió que el eco despertara a los durmientes. La boca seca; corto el ritmo respiratorio; temblaba en forma convulsiva.

La impaciencia es la peor enemiga del hombre. ¿Cómo el Elegido no comprendía que todo eso vendría después? ¿Todo eso y mucho más?

(No voy a cometer un asesinato. Es algo que se hace todos los días. Ella no es inocente; ha tenido muchas aventuras. ¿Es un crimen?)

Remojó los labios con la lengua.

(El sueño baja las defensas no se resistirá y seré cariñoso enormemente cariñoso le demostraré que la amo que sólo quiero su felicidad)

La puerta de Celinda. Alargó la mano: tanto le tiritaba que le costó asir el picaporte. Cerró la palma sobre la fría esfera. Aguardó. Hizo una profunda inhalación para calmar los nervios.

(en último caso nadie dirá nada no me van a seguir un juicio si he ido a su pieza por algo será quién le creería que he tratado de violarla y la conocen el mismo Felipe su hermano su tío)

Reunió todas las energías. Si la puerta estaba con llave... Podría recapacitar. Por una fracción de segundo lo deseó. No insistiría. Golpear la hoja en medio de ese silencio. Una temeridad.

Giró a medias la manilla y empujó. Nada. La soltó: el pestillo volvió al cerradero con un leve chasquido. Quedóse inmóvil, trémulo. Iba a retroceder cuando pensó que no había completado el giro de la perilla. De nuevo la cogió. Antes de torcerla apoyó el oído en la madera. Le pareció escuchar que la muchacha se daba vuelta en el lecho. Sueño agitado. La tranquilizaría. Un vehemente deseo de poseerla. Rechazó los terrores. El corazón le latía con dolorosos golpes. Nuevamente el picaporte comenzó a girar. Siguió borneándolo hasta que la resistencia encontrada demostró haber completado la torsión. Empujó. Lentamente ce-

dió la puerta, sin hacer ruido. Estaba sin llave. Como una invitación. Quedó bailando la ocurrencia en su mente. Celinda lo esperaba. ¿Se habría quedado tan tranquila sabiendo que él estaba allí, y conociendo sus intenciones? Habría procedido como Delia. Celinda era suya. Otro empujón y la hoja quedó abierta hasta atrás. Un clic apagado. La luz barrió las tinieblas con un soplo helado.

Celinda, serena, a medias enderezada, un codo apoyado en la almohada en tanto el otro brazo, después de encender la luz, volvía a su sitio, lo miró sin pestañear. Sus pechos, visibles en el amplio escote, esbozados plenamente bajo la diáfana camisa, uno de cuyos tirantes resbalaba por el brazo desnudo.

—Retírate, Salvador. Lárgate de aquí de inmediato. No trates de aproximarte. Harías el ridículo. Sola, sin gritar, sin pedir auxilio, soy capaz de repelerte y darte una lección. ¡Sal de aquí!

Subió la voz al conminarlo. Su rostro bello, pálido, con profundas ojeras causadas por el insomnio, brillantes los ojos mientras el pelo, sobre la frente, se agitaba en inquietos mechones, tenía una expresión impávida, donde se traslucía una furia contenida.

—Este... —balbuceó él, a punto de desmayarse por el sorpresivo desenlace, viéndose a sí mismo en una ridícula facha, con pijama y zapatillas de levantarse—. Venía a decirte...

—Nada quiero saber de ti. Todo lo que me digas ya lo sé. No me interesas. Vete, que voy a perder la paciencia.

Retrocedió él, presa de abyecto terror. Su torso blanco, casi desnudo —el tirante siguió resbalando hasta descubrir el oscuro remate de un seno, que se elevaba rítmico bajo una violenta respiración—, fue lo último que divisó.

Nunca supo cómo llegó a su lecho.

EL PLAN HABIA estado a punto de malograrse. La suerte seguía favoreciéndolo. O, tal vez, El Que Todo Lo Ordena tenía decidido que el hombre merecía un castigo.

—¡Despierta, dormilón!

Un terremoto sacudía la cama de Salvador: Juan, divertido, observó el sobresaltado despertar del muchacho.

—Me asustaste —dijo, desperezándose—. ¿Qué hora es?

—Las doce. —Anudóse la corbata—. Oye, ¿qué te hiciste anoche?

Salvador tembló. Había olvidado aquel detalle: Juan, al regresar de El Guindo, se percató de su ausencia.

—Este... —empezó—. Tuve que...

—Mm. ¡Sobran las explicaciones! Ahora recuerdo cierta escena amorosa con Delita. ¡Eres un carajete, Salvador!

Le hizo una larga guiñada, en tanto Salvador, azorado, colegía qué pensaba Juan sobre sus actividades nocturnas. No andaba muy descaminado, después de todo.

—Soy una tumba; nada temas. Te felicito, Salva-

dor. Delia es una reina. Cuando anoche llegamos, después de esa imbécil estada en El Guindo, muertos de frío y sueño, sin que nada ocurriera, calculé dónde podías estar. Menos mal que Felipe no se enteró. Es discreto, pero conviene defender el prestigio de nuestras amigas. Cuéntame, ¿cómo se desempeñó Delia?

Salvador, corrido, balbuceó dos o tres torpes explicaciones que hicieron reír a Juan.

—Está bien, está bien. Comprendo tu delicadeza.

Partió al baño. Salvador lanzó un suspiro de alivio.

(Tengo una suerte especial: ¡interpretar así mi ausencia! De algo me sirvió, después de todo, la calentura con Delia. Lo ocurrido anoche en El Guindo permanecerá en el misterio.)

Comenzó a vestirse, desganado. Las peripecias de la recién pasada noche desfilaban lentas, difusas, provocándole amargos resabios. ¿Cómo encararía a Celinda y Delia? Veía sobre sí las socarronas miradas de las muchachas; probablemente debería tolerar una que otra pesadez disimulada, dicha al pasar. Quitóse el pijama; se estiró para despojar la modorra de sus músculos. Quedóse inmóvil, vacía la mente, donde resonaban con lejanos ecos las airadas palabras de Celinda, sin llegar a hacerse inteligibles, como un ruido que martilleaba intermitente.

(La rematé anoche. Hice el ridículo en toda la línea. He perdido a Celinda para siempre. Difícil que me perdone. Qué más da, después de todo. Las mujeres son idiotas. Quieren que todos los hombres las crean vírgenes. ¡La suerte de Felipe! Se la gozó a su regalado gusto. Se hartó de ella. ¿Qué solvencia moral tiene esa tonta para rechazarme? Debo cultivar la amistad de Felipe; me conviene. La familia de Celinda, si bien es rica, no le llega ni a los talones. Y todavía soltero, de mi edad. Fue una suerte haberlo conocido. Claro que

se lo debo a Celinda. Pero todas mis decepciones y amarguras se las debo a ella.)

Salvador, Juan y Felipe, en la sala de estar, bebían aperitivos. Don Carlos aún no regresaba de Culenar, donde solía ir los domingos para asistir a misa y reunirse en el club del pueblo con los miembros de su partido. Ambas muchachas seguían en los dormitorios. Mientras Felipe hablaba desganado de la vigilia en El Guindo, Salvador no podía menos de maravillarse de que dos hombres cultos y avisados hubiesen estado tan próximos a un mortal peligro sin nada recelar. Ni más ni menos que una quincena de hombres dispuestos a todo acechaba en las inmediaciones, prestos a entrar en acción. Un engendro venido del más allá, atraído por sutiles manejos, se dirigía a El Guindo, donde debería hacer irrupción, en forma imprevista, en el rancho que servía de refugio a Felipe y Juan. Como si esto fuera poco, en el entretecho una bomba deshidratadora esperaba el momento de detonar, en obediencia de señales de radio. Aún más: disimulado en el alero un foco de luz negra invitaría al Merodeador a entrar en la cabaña. ¿Cuál sería la reacción de ambos muchachos si los pusiera en antecedentes de todo eso? No le creerían, seguramente.

(Qué oportuna mi ida a El Guindo. Llegar justo cuando el monstruo estaba en camino. Cinco minutos que nos adelantamos, y todos habríamos sufrido los efectos de la bomba. O cualquier atraso: es posible que estos dos estuviesen en el otro mundo. Claro que de llegar antes o después nos habríamos expuesto a caer en manos de los rusos. Sin duda, fue providencial: ni que nos hubiésemos puesto de acuerdo con el Merodeador. ¡Qué curioso! No me había fijado en eso. Porque la verdad es que todos ganamos con el encuen-

tro: Celinda no volverá a ser molestada por los rusos ni por los occidentales; los dos bandos se van a convencer de que el Luna VII llegó vacío. Juan y Felipe: quizá están vivos por eso. Ronaldo y yo: por huir del monstruo nos salvamos de ser descubiertos por los rusos. ¿Estaré buscándole los cinco pies al gato? El plan que descubrí o creí descubrir anoche, ¿seguirá desenvolviéndose? Resultaría que también estoy metido. Y como todas las víctimas del Merodeador, he procedido sin tener conciencia de mi colaboración. No: me estoy dejando arrastrar por la fantasía. Aunque todo ajusta tan bien. . .)

Sus pensamientos sufrieron un corte: don Carlos arribó. Traía noticias.

—Han visto un submarino por estas costas. El viernes en la tarde unos pescadores divisaron el snorkel y el periscopio, me imagino, pues hablan de unos tubos metálicos que dejaban una estela.

—No es la primera vez —comentó Juan—. ¿Qué andarán haciendo? ¿Levantando mapas de las costas?

—¿Dieron la alarma? —Felipe observó el contenido de su vaso al trasluz.

Don Carlos se encogió de hombros.

—Al retén, no más. El teniente Rojas duda de los pescadores. Siempre andan a medio filo, como se dice, con una damajuana de vino en el bote.

FELIPE (*Desde la ventana*): —La lluvia va a seguir. Juan, ¿me acompañarías a Los Quillayes? Partiríamos esta tarde. Necesito arreglar unos asuntos en el campo, y sería bueno aprovechar el viaje. Me da lata venir especialmente desde Santiago. ¿Le importaría a usted, don Carlos, que nos fuésemos hoy en vez de mañana?

DON CARLOS: —En absoluto, Felipe. Lamento

que le haya tocado tan mal tiempo, no más. A propósito: Delia quería irse hoy, porque tiene que estar esta noche en Santiago. ¿Podría usted llevársela hasta Talca?

FELIPE: —Encantado, don Carlos. Y tú, Salvador, ¿vienes con nosotros? Te invito a mi fundo. Nos quedamos hasta el martes o miércoles, si quieren.

SALVADOR (*Repentinamente nervioso*): —Muchas gracias. Mañana sin falta debo estar en el banco.

DON CARLOS (*Tranquilizador*): —Antes de las ocho mi avión lo deja en Santiago, Salvador. Se va con Celinda (*Sonriendo*). Espero que no querrán llevarse a mi regalona también, ¿no?

FELIPE (*Ríe*): —No, no. Se la dejamos para que les haga compañía a usted y a Salvador. (*Dirigiéndose a este último*): Qué pena que no nos acompañes. Para otra vez será, ¿verdad?

SALVADOR: —Sí, sí, muchas gracias. (Me voy a quedar solo con Celinda. No haberlo sabido antes. Esta noche habría sido más apropiada. En fin... ¡Qué raro! ¿Por qué tendría que pasar esto? Prácticamente me dejan el campo libre. Ahora que nada puedo hacer. ¡Cosas que me pasan a mí, no más! ¿O habrá algo detrás de todo esto? Todo parece dispuesto intencionalmente por alguien que sabe dónde va. ¿Existirá el plan...?)

Delia llegó directamente al comedor. Estaba pálida. Saludó a todos con una débil sonrisa, apenas miró a Salvador, y se quedó callada, como si tratara de pasar desapercibida. Juan la observó con disimulo, y lanzó, de paso, un guiño de complicidad a Salvador, el cual estaba nervioso e incómodo.

Celinda no acudió a almorzar: se sentía indispuesta.

TODOS, MENOS SALVADOR, durmieron la siesta. Eran las cuatro de la tarde cuando el muchacho y Ronaldo se dirigían a El Guindo. Negros vapores se arremolinaban en el cielo, anticipando una tarde tormentosa. Contrastaba la movilidad de la cerrazón con la quietud de los árboles.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—No sé —replicó Salvador, distraído.

—¿Y los forasteros de anoche? ¿Se habrán ido?

—Imagino que sí. A propósito, ¿usted sabía que Celinda había tenido líos con Pedro?

Vaciló el sirviente:

—Sí, señor. No quería ser poco hombre.

—¿Cuándo fue eso? ¿También en abril?

—A fines de abril, señor. Pedro se metía tupido y parejo en el dormitorio de la señorita Celinda, muchas veces después de que la traía de vuelta de sus visitas al afuerino. Se la jugaban de lo lindo. Pedro saltaba la tapia y después entraba por la ventana.

Llovía a lo lejos: por el norte los cerros se dibujaban tenues tras la precipitación. Salvador, callado, miraba el tortuoso camino que, lento y angosto, se metía bajo el *jeep* con sus profundos carriles, donde el lodo y el agua formaban una pasta atezada y brillante.

(Caer aquí el cohete. Una región ideal para cualquiera que desee ocultarse. Si un habitante de otro mundo quisiera visitar la Tierra sin delatarse, esto sería un buen apeadero: cerca de los centros poblados, y solitario al mismo tiempo. Y con lluvias de regular frecuencia. La suerte del Merodeador es ilimitada. De no haber sido un montón de polvo, y suponiendo que el Luna VII hubiese tenido un sistema autónomo de dirección en lugar de control remoto, habría estado en condiciones de conducirlo hacia un lugar previamente elegido, como éste, por ejemplo. Pero un mecanismo teledirigido dependía exclusivamente de una falla para librarse del control. Y la falla ocurrió, precisamente, sobre esta región.)

De nuevo la ristra de sucesos inexplicables. Sentíase una pieza en el tablero de ajedrez, en espera de la próxima movida. ¿Cómo se conjugaban dentro de la trama las consecuencias de su nocturno viaje a El Guindo? Nunca el Oculito había perseguido a nadie, según Ronaldo, lo cual parecía lógico, en vista de la cautela observada hasta ese instante por el fugitivo. ¿Por qué su aparición? ¿Únicamente porque se dirigía a El Guindo, atraído por la luz negra, y desvió el rumbo al percatarse de la presencia de los hombres? Siendo ésta una buena posibilidad, Salvador la rechazaba instintivamente, incluso con cierta repugnancia. Difícil parecía que un ser dotado de tan omnímodos poderes cayese en tan burda trampa. Pero la alternativa de que su persecución tuviese por objeto salvar a Ronaldo y Salvador del peligro de los rusos también mostraba puntos vulnerables. En su desesperación, los dos fugitivos pudieron buscar refugio y ayuda en El Guindo: mal que mal, allí estaban Juan y Felipe, y, hasta ese momento, la presencia de desconocidos en el villorrio era una posibilidad sin fundamentos sólidos. Por donde se le mirase, mucho más lógico habría sido di-

rigirse a la aldea; quedaba en mitad de camino al rancho, y había gente conocida y armada.

—Ronaldo, ¿qué le dio por huir al rancho anoche en vez de dirigirse a El Guindo?

Desconcertóse el criado de la pregunta. Condujo un rato en silencio, observando de reojo a Salvador con cara perpleja.

—No sé, señor. Me pareció más seguro. —Añadió en seguida, con convicción—: Usted ve que fue para mejor. De lo contrario...

Ronaldo anteponía el efecto a la causa. El hecho consumado de haber eludido un peligro hipotético exponiéndose a uno real, cuyo causante desplegaba sus actividades dentro de límites por completo desconocidos, constituía una suficiente explicación. Fue para mejor, y se acabó. ¿A qué darle vueltas al asunto?

(Y yo lo seguí. Me di cuenta de que El Guindo se quedaba atrás cuando era tarde para volver. Quizá inconscientemente determiné que el Merodeador era el riesgo menor. Inconscientemente. ¿Cuándo pensé eso? ¡Ah! Cuando creí ver el plan: todos han colaborado en forma involuntaria. Pedro, Dmitri, los niños, Ronaldo y yo. Los niños no: ellos fueron agentes casuales. Porque el Merodeador en estado de polvo...)

Un relámpago iluminó su confuso panorama mental. Salvador, deslumbrado por la repentina idea, se quedó mirando el vacío con una expresión atónita. Cuando se encontró en la avenida que conducía a El Guindo, frente a la primera cabaña, vino a salir del estunor.

—No; vamos al rancho abandonado, Ronaldo. Aquí no hay nada que ver.

El mozo, impávido, echó marcha atrás, haciendo un gesto que podía significar tanto extrañeza como indiferencia.

* * *

(En estado de polvo... ¿Por qué con la lluvia nada más va a recuperar la totalidad de sus facultades? Siempre acecha. Nunca descansa. Cuando se acercaba a la Tierra empezó a trabajar. A través del control remoto ordenó a los técnicos dirigir el cohete a una determinada región. Y les hizo creer en un desperfecto. ¿Y después? Inspeccionó el territorio con sus poderes mentales. Encontró a Celinda. Sí: a ella la encontró primero. Fue el punto de partida.)

El *jeep* desplazábase lento, recorriendo el último tramo del camino. Patinaban las ruedas, lanzando grandes cantidades de fango hacia los lados; atascábase a veces, y el motor debía ser exigido al máximo por Ronaldo, dando como resultado un avanzar a tirones, violentos muchos, suficientes para zarandear a Salvador, con grave riesgo de provocarle magulladuras, acentuado todo esto por constantes escoraciones que, de tarde en tarde, hacían temer un volcamiento.

Salvador analizó por enésima vez, en orden cronológico, cada uno de los pasos dados por el Acechante desde su arribo. Todo ajustaba a la perfección, excepto la ausencia de una meta inmediata obtenida a través de aquellas maniobras. De existir un plan, ¿cuál sería el próximo paso? ¿Hacia qué estaría dirigido? Pedro y Dmitri muertos; occidentales y rusos defraudados; Celinda siempre con sus presentimientos de algo inminente, pero a oscuras.

Por tercera vez arribaron al rancho. El cielo cada vez más amenazador. Bajó Salvador: desde allí la cabaña era invisible.

—Espéreme aquí, Ronaldo. Vuelvo en seguida.

Una expresión de alivio reflejóse en el rostro bonachón del sirviente ante el requerimiento del joven: no tenía gran interés en acompañarlo. El muchacho se puso en camino por el fragoso terreno. Recordó la pasada noche: por allí habían llegado acezando, con el

Oculto a los talones. Una pendiente empinada, plagada de brozas, matorrales y un ralo bosque de robles. Junto a la casa se detuvo a escuchar: sólo el canto de una bandada de codornices. Salvador avanzó resuelto: la puerta derribada hacia adentro. Cruzó el umbral —un tronco a medias labrado, de redondeados cantos—, y se encontró en el centro de la pieza. Flotaba en la atmósfera un olor a cieno, bastante apagado. El ambiente tibio contrastaba con el frío de la noche precedente. La habitación estaba vacía, cosa que no le sorprendió. A la sombría luz que penetraba por el vano, Salvador examinó el piso de tierra apisonado, húmedo y reblandecido en su casi totalidad por las goteras caídas a través del ruinoso tejado. Una zona de forma circular, bastante extensa, sita en el centro de la habitación, destacábase por lo seca y simétrica. Sorprendido, el muchacho se inclinó: el barro, dentro del círculo, no tenía señales de humedad. Tomando en consideración que encima de aquél el techo presentaba un agujero de cierta magnitud, el hallazgo terminó por intrigarlo, provocándole paralelamente una vaga intranquilidad. Palpó la región, y comprobó su sequedad: el borde de aquélla, como trazado a compás, deslindaba en todo su perímetro con el mojado resto del piso. ¿Qué podía ser eso? ¿Cómo el suelo quedó resguardado del agua en un sector tan extenso, en circunstancias que los alrededores estaban empapados?

(La huella del Merodeador.)

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

IRGUIOSE: ESCRUTO temeroso la habitación.

(Es su huella, sin duda. Aquí estuvo anoche. Pero ¿cómo...?)

Se asomó al exterior, y echó una rápida mirada al campo. Desde un arbusto un tiuque, al divisarlo, emprendió el vuelo: las ramas quedaron balanceándose. La calma y el silencio acentuaron su inquietud. No obstante, regresó junto a la marca. La idea de ser el instrumento de una probable maquinación volvía a agitarlo. Y los amargos momentos vividos desde su llegada a El Guindo abatiéronse sobre él. Su recuerdo reemplazó el adventicio terror por una sorda ira. Entre aquellas paredes Dmitri y Celinda habían dado rienda suelta a su pasión. La desfachatez de la muchacha para contarle sus aventuras sentimentales con el ruso tenía rasgos inexplicables. ¿Por qué se abrió? ¿Fue un rapto de sinceridad al verse descubierta? ¿O lo hizo con el propósito de torturarlo?

De pie al lado del rastro, rememoró los comienzos de su amistad con la muchacha. Sin duda que su existencia cambió desde esa fecha; pero de ahí a colegir que el cambio le había favorecido... Muy distinguidas Celinda y su familia; pero él siempre sería un advenedizo a quien se le aceptaba por la benevolencia protectora de Celinda. Después de lo acaecido la pasada noche sus relaciones con la familia de la mucha-

cha estaban condenadas a enfriarse. Se encontraría en una situación peor que la del modesto empleado bancario de antes; el hermoso mundo de Celinda para siempre cerrado, sin que los breves momentos en él vividos le dejaran recuerdos gratos, sino únicamente frustraciones. De ahí en adelante su porvenir reduciría a vegetar en el banco como un oscuro funcionario, que terminaría sus días embrutecido por la rutina y el ambiente oficinesco. Nunca llegaría a convertirse en un buen empleado. Quizá lo único capaz de darle cierta emoción a su carrera sería la expectativa siempre latente de perder el puesto. Con razón Dmitri lo arriesgó todo por conseguir la fortuna. Y Pedro. Al pensar en los móviles de ambos hombres comprendió su incapacidad para seguirles los pasos. La sola sospecha de que sus descubrimientos sobre el Merodeador llegasen a oídos de las grandes potencias lo estremecía. Veía la persecución desatada sobre él el día que se le ocurriera hablar de sus hallazgos con la esperanza de obtener dinero. El país burlado no lo dejaría disfrutar de la recompensa. Pondría en su seguimiento una multitud de agentes que no descansarían hasta darle una lección. No. Evidentemente él jamás trataría de obtener una ventaja económica del secreto del Luna VII. Además de la maldición aducida por Celinda sobre los enemigos del engendro, tenía la certeza, como la muchacha, de la imposibilidad de capturarlo.

(Nada ocurre por casualidad. Ni siquiera mi venida a este rancho por tercera vez. Lo que aquí hay es la huella del Oculto. Volví a descubrirla. Como si él la hubiese dejado a propósito para que yo la encontrase. Como si supiese que decidiría venir a pesar de lo ocurrido anoche...)

Se sintió cansado. Con lentos pasos se encaminó a la puerta. Apoyado en el muro, al lado del vano, miró el rastro. Un sopor, producto de sus ininterrumpidas cavilaciones, y activado por la noche en vela y el cansancio de las peripecias sufridas, bruscamente actualizado, le provocó un leve adormecimiento. Permaneció así un rato largo, dejando descansar la mente, percibiendo a medias los ruidos de afuera: cantos de pájaros y el crujir de las ramas impulsadas por el viento.

Pocos tuvieron pruebas incontestables de la existencia del Merodeador. Una evidencia para producir efectos positivos, aún en un caso tan vago como el actual, necesita llegar a conocimiento de alguien capaz de separar lo sobrenatural de lo meramente inexplicable. Nada importaba que Ronaldo hubiese experimentado sus mismas sensaciones; el espíritu del sirviente, atestado de consejas, relegaría la aventura al trasfondo de su conciencia como una nueva manifestación de las potencias satánicas, tal ocurriera con los guindanos. Quienes coligieron la realidad de la historia, apoyados en precarios antecedentes unos —Pedro—, y con mayores bases concretas otros —Dmitri y Celinda—, demostraban con su posterior suerte la evidencia de un plan. Dmitri y Pedro, que en el asunto sólo vieron una posibilidad de enriquecerse, desaparecieron sin poder atestiguar sus descubrimientos. A su vez Celinda, aunque entrevió algo más, se cuidó de mantener la reserva, es decir, a través del destino de los poseedores del secreto resaltaba un hecho: sobrevivió la persona cuyo conocimiento del misterio no implicaba un peligro, pues la muchacha trataba de aparentar ignorancia. ¿Y Salvador? ¿Cuál era su situación? Sin duda había llegado lejos en la resolución

del enigma. No temía por su destino. Jamás comunicaría la historia a nadie, y algo le decía que, mientras fuera discreto, nada debía temer del Merodeador. Y la pasada noche se le había revelado. Aún más: no le inspiró su aparición el terror provocado a Dmitri y Pedro. Tuvo miedo, sí, pero éste se debió en especial a la sorpresa y, en gran parte, al inevitable contagio del pánico de Ronaldo. El plan columbrado adquiría contornos concretos y definidos.

(¿Me estaré volviendo loco? Cuántas coincidencias. Es que yo quiero verlas. ¿O me las estarán haciendo ver? ¿Por qué vine a El Guindo? Por una invitación sin trascendencia. Celinda insistió en que viniera. Pero sus motivos bien pudieron deberse a un mero capricho. Todo lo que ha ocurrido demuestra que Celinda cometió un error en traerme. ¡Cómo estará arrepentida de haberlo hecho! Claro que si lo hizo para sacarme pica con Felipe lo consiguió. Pero ¿valía la pena arriesgarse a tanto? ¿O me creería por completo incapaz de descubrir su pasado? Es posible: la intuición femenina es una de las cualidades difíciles de encontrar en las mujeres. Y ella se tiene por intuitiva... ¡Es intuitiva! Lo ha demostrado en muchas cosas. Pero conmigo se equivocó. No debió invitarme. Menos sabiendo todo cuanto iba a ocurrir aquí. Que haya traído a Felipe es razonable: él se lo pidió; además conocía parte de la historia y, por añadidura, es su amante. Pero a mí... ¿Para qué? ¿Por qué?)

Imposible atribuir su actitud a un mero capricho. La convicción vino en forma súbita, y de inmediato se destacó como la piedra angular de la aventura. Y del plan. Lo acometió una insólita agitación. Empezaba a ver con claridad. Con una diafanidad nebulosa, inquietante, la cual a medida que se conformaba en su mente señalaba el eslabón final de la cadena. Y allí, como último peldaño, trémulo aún, desconcertado an-

te el inminente y oscuro desenlace, estaba él, Salvador, tratando de sopesar la evidencia. Sí: él era la meta del Merodeador. Todos los demás —Pedro, Dmitri, los niños, Celinda— sólo formaban un gradual acaecer de sucesos cuidadosamente estudiados para llegar hasta él.

Se encontró en el centro de la pieza, de pie sobre la huella, respirando corto ante la imprevista conclusión.

(Alguna condición debería tener para servir los designios de esa entelequia. Alguna relacionada con Celinda, por lo menos. Porque ella también es vital dentro de esta máquina. Ni siquiera estoy realmente enamorado. Tampoco la influyo en forma especial. Es cierto que me atrae, que me calienta. Pero nada más. Sería feliz acostándome con ella; penetrando su sexo, que tanto ha gozado y hecho gozar. O teniendo en mi boca sus pechos, que han estado en las de Pedro, Dmitri, Felipe y quizá cuántos otros. No la amo. Pero tampoco sus otros amantes la amaron. En una sola cosa me distingo de ellos: no me preocupa la captura del Merodeador para obtener fortuna u honores. Sólo me preocupa Celinda.)

A veces se arrastra, otras camina. Repite el milagro de la creación, pero se queda a medio camino; es incapaz de construirse una compañera. ¿De dónde vino? ¿Era algo que antes existió, el habitante de un planeta destruido en el vertiginoso pasado? Lluvias eternas, cielos siempre nublados, luz negra. Recordó Salvador su vida anterior, opaca, sin relieve. Y he aquí que, de manera providencial, conocía a Celinda. Todo le había parecido natural, por más que el hallazgo de la muchacha era, dentro de su existencia, un acontecimiento fuera de lo común. Siempre fue tímido con

las mujeres; jamás habría intentado un abordaje callejero, menos con una muchacha como Celinda. Pero ella lo estimuló a seguirla. Y al considerar el posterior curso tomado por sus relaciones —una mera amistad—, el hecho tornábase inexplicable. Celinda carecía de amigos: se aburría rápido de los hombres cuando pasaba el tiempo sin que nada ocurriera. Pero con él procedió en forma distinta: sin caracterizarse por su generosidad, se preocupó de Salvador, haciéndole frecuentar su casa y conocer a su familia.

En el trasunto de sus meditaciones el engendro movíase oscuro, como algo inasible pero real. Sus maniobras para atraerse a la muchacha, a través de Pedro y Dmitri. ¿Y después? Aún necesitaba de alguien más. Y ese alguien estaba lejos de El Guindo, tan distante que la mente del Oculto era incapaz de influirlo. No tenía a su disposición el sistema de radio del Luna VII, mediante el cual transmitió a los técnicos rusos los impulsos mentales suficientes para despistarlos. ¿Y si utilizaba a Celinda? De ese modo el arribo de Salvador a El Guindo, y la manera como fue resolviendo y reconstituyendo la historia, apoyándose en endeblees cuanto antojadizas conjeturas, adquiriría un sentido.

Se explicaba la irracional ocurrencia de la muchacha de invitar a Salvador.

Todo se explicaba.

Por fin Salvador iba por el verdadero camino. El instante del pacto se aproximaba. El llanto de las nubes estaba a punto de desencadenarse y entonces el Elegido, comprendiendo su trascendental misión, llegaría hasta él.

Y ese hombrecillo timorato y disgregado, apoyado por sus potencias, le permitiría penetrar entre los hombres e iniciar su largo imperio.

Cesaba la ebullición mental: ahora dejábase llevar por el instinto, haciendo a un lado los impulsos razonadores, que a nada le conducían. Es decir, ya habían cumplido su parte. Ahora era necesario entregarse al destino: cumplir la última parte del plan.

De espaldas al rancho, Salvador contempló el paisaje. A sus pies la ladera, libre de vegetación por un espacio de una cuadra; allí tupíanse los matorrales, y un trecho más abajo comenzaba un bosque que iba a rematar en la invisible conjunción de dos cerros. El del lado opuesto, con paños de tierra rojiza desprovista de árboles, había recibido al Luna VII, en una planicie situada directamente tras sus faldas. La famosa quebrada: el punto más bajo de la escarpa.

Sin pensarlo más Salvador se lanzó cuesta abajo. En pocos segundos alcanzó al final del claro y, sin vacilar, se internó en la maraña, la cual dejaba huecos suficientes para avanzar con rapidez, sin temor a magulladuras ni arañazos.

El borde del precipicio. Salvador, dejándose llevar por la intuición, caminó por la orilla, recubierta en esa parte de plantas hirsutas y raíces de caprichosas formas; de pronto, entre dos boldos, el muchacho divisó una bajada. Un sendero angosto, disimulado entre la vegetación, cuyo origen se debía al ir y venir de muchas personas. Pronto se encontraba en el fondo de la zanja, en medio de un bosque de canelos y otros árboles. El estrépito del aguacero en la fronda le produjo una enorme satisfacción. Numerosos caminillos corrían en todas direcciones, invisibles para quien observara desde arriba. Muchos se abrían a media pendiente, lejos del fondo (camino natural de los que visitaban la barranca), escondidos detrás de la floresta. El agua oscurecía el panorama, y arremetía contra su rostro e impermeable las veces que emergía de las espesuras. Caminó como una cuadra. De tarde en tarde

la huella se perdía en los lugares despejados; la lluvia había borrado los rastros y sus márgenes, pero reaparecía más allá, delatada su presencia por ramas quebradas y hierbas, cuyo relativamente cercano pisoteo impidiera revivir. Espesáronse el bosque y el rugido de la borrasca. La pared izquierda menos empinada. Los árboles llegaban hasta el canto superior del abismo; el caminillo corría ahora equidistante del fondo y la cima. De pronto se metió entre una doble fila de maquis y boldos: un túnel vegetal.

Un olor a barro hirió el olfato de Salvador. Se detuvo. Al frente, un macizo arbóreo. Una oscuridad material abatióse sobre él. Y un intenso frío.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(TODO PARECE SIMPLE ahora.)

Ronaldo, en el asiento posterior, dormía plácido. Descendió Salvador del *jeep*, una vez que lo hubo medido en el garaje, y remeció al mozo para despertarlo. Saltó el hombre atemorizado. En la semioscuridad pestañeó repetidas veces, mirando en dirección a la oscura silueta.

—Lo encontré dormido cuando volví. No quise despertarlo.

Salió el criado del vehículo, ahogando un bostezo, al mismo tiempo que refunfuñaba un inconexo monólogo sobre lo ocurrido. No se convencía de que hubiese dormido tanto rato, y menos de haber seguido durmiendo mientras hacían el camino de regreso. La lluvia cobraba fuerzas, tornando oscuro el atardecer. Eran las cinco, pero el cielo y los contornos estaban sombríos y melancólicos. Salvador abandonó el garaje antes de que el sirviente concluyese de apearse del *jeep*.

—Fue la noche en vela —decía a sus espaldas Ronaldo—. ¡Por Dios que hace frío! A lo mejor me pesco una pulmonía. ¿Por qué no me despertó antes, don Salvador?

El muchacho nada replicó. Desapareció en el interior de la casa sin volverse. Atrás se quedó Ronaldo, con una estulta expresión, parado en el corredor, ha-

ciendo cómicos cabeceos. Por último, siempre refunfuñando, dirigióse a su dormitorio.

—Estoy entumido. ¡Qué raro se puso el día!

Echó una medrosa mirada al paisaje antes de meterse en su pieza.

Todos dormían en la casa. Pero Salvador, sentado frente a la chimenea, no alcanzó a permanecer mucho rato a solas: Juan llegó a acompañarlo.

—¿No dormiste la siesta? —le preguntó, dejándose caer en un sillón.

Salvador, colocado contra el ventanal, mantenía su rostro en la penumbra.

—¿Cómo no has prendido la luz? —Juan se incorporó.

—Me quedé dormido —replicó Salvador, secamente. Púsose en pie, y antes de que el estudiante accionara el interruptor, partió hacia el dormitorio. Disculpóse desde el umbral—: Perdóname unos minutos. Voy al baño.

—¡Qué frío hace! Ni que estuviese nevando.

Fue lo último que alcanzó a oír Salvador desde el pasillo. Con el rabillo del ojo notó la luz en el salón, en los momentos de entrar en su habitación.

Las seis de la tarde. Gran actividad en la sala de estar: Juan, Felipe y Delia aprestábanse a partir. Ronaldo sacaba las maletas al corredor, frente al cual, en medio del aguacero, aguardaba el *jeep* de Felipe. Don Carlos, flemático, daba consejos a Felipe sobre la manera de conducir en medio de la borrasca.

—Desde Culenar adelante no tendrá problemas, Felipe. Es el tramo que hay de aquí al pueblo el malo.

—¿Y Salvador? —inquirió Delia—. ¿Todavía duerme?

—Ni me sintió cuando entré a sacar la maleta

—explicó Juan—. El pobre no durmió la siesta. No vale la pena despertarlo ahora.

—Hay que despertarlo —conminó don Carlos—. Debe tomar algo caliente. ¿Por qué no va usted, Ronaldo? Ya ha dormido bastante.

Estaban todos en el corredor, empezando las despedidas, cuando hizo su aparición Salvador. Venía encogido, sumido dentro de la chaqueta, sobándose las manos con gran lentitud. Miró el oscuro paisaje, cuyos detalles apenas se columbraban tras los plateados goterones. Trató de pasar desapercibido, allegándose al borde del corredor, un poco separado de los demás. Felipe se le aproximó.

—Bueno, Salvador: gusto de conocerte. Nos veremos en Santiago, ¿no? Llámame. Celinda o Juan puede darte mi teléfono y dirección. —Añadió, riendo—: ¿Sabes qué más? Fuiste el más inteligente al no querer ir anoche a El Guindo.

—Más de lo que crees, Felipe —apoyó Juan, haciendo un visaje a Salvador.

Felipe le estrechó la mano. Palideció el joven millonario: la retiró con brusquedad.

—Estás helado —dijo, tembloroso. Una expresión de miedo reflejóse en su fino rostro.

—Me siento mal —explicó él, inmutable—. Seguro que me voy a pescar una gripe.

Evitó darle la mano a Juan; le palmoteó las espaldas con un cordial gesto. Felipe continuaba mirándolo asustado, sin moverse de su sitio. Delia le sonrió enigmática.

—Hasta luego —le dijo. La muchacha retuvo su mano un breve lapso, mirándolo a los ojos de una extraña manera. Luego sonrió con timidez—. Nos veremos en Santiago.

Felipe los observaba, sorprendido de la insensibilidad de la joven ante la frigidéz de Salvador. Por

suerte don Carlos, que conversaba con su sobrino, de nada se dio cuenta. Antes de la partida, Salvador advirtió, detrás de la ventanilla del vehículo, la azorada expresión de Felipe.

(Imbécil.)

El propio don Carlos manejaba la coctelera. Salvador, frente al fuego, veía las llamas lamer las reseca cortezas, que se retorcían y desprendían nubecillas de chispas.

(El enigma se perpetuará y se hará más insondable. Los rusos retiraron los equipos instalados por Pedro en las casas de sus vecinos. El misterio de los terrores nocturnos pasará a constituir otra de las leyendas que tanto abundan en la zona.)

—Hace frío, ¿no? —comentó don Carlos, luego de alcanzarle un trago—. No es corriente que haga frío cuando llueve.

Unicamente las lámparas de los rincones opuestos a la chimenea estaban encendidas. La luz del hogar iluminaba escasamente las figuras de ambos hombres. Salvador se había instalado fuera del alcance de aquélla, de manera de dejar siempre el rostro en la penumbra.

—¿Cómo está Celinda?

—Va a seguir en cama. Es de esperar que no se me enferme.

Don Carlos removió el fuego y colocó otros dos troncos, que acomodó con cuidado.

(Felipe no va a sacar conclusiones. Pronto se olvidará. Delia nada notó. Sólo ahora las mujeres están de mi parte.)

—Me siento helado, Salvador. ¿No tiene frío usted?

—Sí: hace bastante frío.

—Tomémonos un trago entonces. ¿Quiere oír buena música?

El anciano fue a la radio. Sacó un álbum y lo hojeó, al mismo tiempo que soplaba las hojas para sacudirles el polvo.

—¿Qué prefiere escuchar: Ravel o Bartok?

(“La Condenación de Fausto”). —Y en voz alta, sonriente—: Lo que usted quiera.

La música, en lugar de tranquilizar a don Carlos, lo puso más inquieto. Cogía y dejaba el vaso, se revolvió en el asiento, arreglaba la chimenea y, de cuando en cuando, lanzaba inquietas ojeadas a los cuatro rincones de la sala. Salvador lo contemplaba en silencio. El anciano estuvo a punto de decir algo. Se arrepintió.

Trató de concentrarse en el concierto: vano intento. Comenzó a arriscar la nariz, haciendo cortas inhalaciones, como quien ha notado un olor extraño y trata de buscar su origen.

—No quiero ponerlo nervioso, Salvador —balbuceó—: siento un olor a barro. Se hace más penetrante desde la primera vez que lo noté.

—Qué curioso; no siento nada. —Miró la suela de sus zapatos. Aún quedaban restos de lodo adherido—. ¿Serán mis zapatos? Tal vez no me los limpié bien. Me los voy a cambiar.

Se paró.

—No, no. Debo estar malo de la cabeza. Lo que pasa es que con el viaje de Juan y Felipe a El Guindo anoche, me he vuelto a obsesionar con la historia del Merodeador. Perdóneme, Salvador; pero me voy a acostar. Estoy helado; a mi edad los desarreglos traen consecuencias. Queda en su casa. Le aconsejo acostarse temprano; mañana hay que madrugar, ¿no?

Parecía más viejo de lo que era al dirigirse al corredor.

(Por cierto que estoy en mi casa. Pronto sonará mi hora: la soledad toca a su fin.)

Las nueve de la noche. La radio ya no tocaba. Salvador continuaba frente al fuego, sin dar señales de cambiar de posición. Ronaldo llegó a avisarle la comida. Sólo las llamas permitían distinguir al muchacho, que estaba repantigado en su asiento. Las luces habían sido apagadas.

—No encienda la luz, Ronaldo —conminó Salvador, sin moverse.

Con seguridad el criado percibía los mismos fenómenos que obligaron a don Carlos a emprender la retirada.

—¿Va a comer, señor? —La voz del sirviente se escuchó trémula. No siguió aproximándose; quedóse en la puerta del comedor, cuyas luces formaban un brillante marco a sus espaldas.

—No, gracias. No tengo apetito. Me voy a acostar pronto.

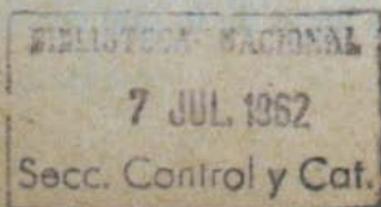
Ronaldo desapareció.

(Otro que no molestará. Acepta estas cosas con el respeto que se merecen.)

Las once de la noche. Todos dormían en la casa. Salvador avanzó por el pasillo. Celinda lo esperaba ahora. Veía sus ojos brillantes de deseo. Un frío letal invadió el pasaje. Y un hedor a cieno impregnó rápidamente el lugar.

La lluvia redoblaba en el techo con pausados chaparrones.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

- GENTE EN LA ISLA,*
por Rubén Azócar.
- CABALLO DE COPAS,*
por Fernando Alegría.
- 100 GOTAS DE SANGRE Y 200 DE SUDOR,*
por Carlos Droguett.
- HISTORIAS DE BANDIDOS,*
por Rafael Maluenda.
- MARTIN RIVAS,*
por Alberto Blest Gana.
- LA QUINTRALA,*
por Magdalena Petit.
- LOS PERROS HAMBRIENTOS,*
por Ciro Alegría.
- LOS HOMBRES OSCUROS,*
por Nicomedes Guzmán.
- LAS TRES CARAS DE UN SELLO,*
por Elisa Serrana.
- Jr. CRONICAS,*
por René Silva Espejo.
- OBRAS COMPLETAS DE MANUEL ROJAS.*
- CASA GRANDE,*
por Luis Orrego Luco.
- PEONIA,*
por Pearl S. Buck.
- LA BRECHA,*
por Mercedes Valdivieso.
- MARIA NADIE,*
por Marta Brunet.
- CHILE, PAIS DE RINCONES,*
por Mariano Latorre.
- LOS PINCHEIRA,*
por Magdalena Petit.
- PASIONES HUMANAS,*
por Frank Yerby.
- EL CASTILLO SOBRE LA ARENA,*
por Jan Valtin.
- LA NOCHE EN EL CAMINO,*
por Luis Durand.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile



FABRICAION CHILENA, PRINTED IN CHILE